



Perdona ¿te conozco?

OLGA SALAR



Perdona i te conozco?



OLGA SALAR

Perdona ¿te conozco?

©1ª Edición. Octubre 2021.

©Olga Salar.

www.olgasalar.com

©Diseño de portada: Maiki Niky Design.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“Todavía estoy esperando ese apasionado beso bajo la lluvia”
(Harry Styles)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Su mundo se acababa de desmoronar frente a ella y la seguridad de la que siempre había disfrutado se esfumaba ante sus ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Desde ese momento ya nada podría volver a ser igual a como lo había sido antes del cataclismo en el que se había visto envuelta.

La peor parte era que Sienna era consciente de que lo mejor que podía hacer, por su propio bien, implicaba alejarse de todo y de todos. Marcharse sin mirar atrás y buscar su propio camino, ya que el futuro que imaginaba para sí misma se había desmoronado unas horas atrás.

Quedarse donde estaba era demasiado doloroso, demasiado sofocante, demasiado todo. Por una vez tenía que dejar de pensar en los demás y centrarse en lo mejor para ella.

En cualquier caso, todos iban a estar bien sin su presencia. Su madre estaba conociendo a un hombre y a Melinda le estaba yendo genial en el bar de sus padres, del que había comenzado a hacerse cargo. Lo había transformado en un bar cafetería, por lo que abría durante prácticamente todo el día. Por otro lado, estaba segura de que su amiga la visitaría donde quiera que fuera. Estaba tan segura de ello como sabía que su madre no lo haría.

Los demás, ni le preocupaban ni les preocupaba, ese había sido su mayor error, uno que debería de haber asumido mucho antes. El problema era que jamás imaginó que algo así fuera a sucederle nunca.

Y, aun así, una parte de ella no podía evitar sentirse culpable por haberse dejado engañar, por no haberse dado cuenta antes de lo que estaba pasando justo frente a sus propias narices. ¿Cuántas personas a su alrededor estaban enteradas de todo y se lo habían ocultado? ¿Cuánta gente se encontraría en esos instantes sintiendo lástima por ella o simplemente hablando de lo que había ocurrido...? La respuesta a sus preguntas era uno de los motivos por los que debía alejarse de Rockport.

Para empezar, debía poner distancia cuanto antes, por ello lo mejor era mudarse de casa de su madre y buscar un trabajo a media jornada que pudiera cubrir los gastos de alquiler y alimentación. Quizás Melinda podía hacerle un hueco entre su plantilla mientras terminaba el semestre en la universidad. Gracias a dios, el precio de la facultad quedaba cubierto por la beca. Después buscaría trabajo apartada de todos ellos.

Desaparecería de Rockport y, para ello Boston, era la mejor opción. Quedaba lejos, pero lo bastante cerca como para tener un ojo sobre su madre. Que volviera a la ciudad en algún momento o no ya era otra cosa, en la que no iba a pensar en esos momentos. Las personas más importantes de su vida la habían traicionado y eso era algo que no sabía si podría superar alguna

vez. Y era más que evidente que nunca lo olvidaría si se quedaba allí, donde en solo unos días todo aquel que todavía no se había enterado del chisme, estaría ya al tanto de lo sucedido.

Capítulo 1

Seis años después...

El día comenzó como cualquier otro desde que había empezado a trabajar en el bufete cinco años atrás. Llegó diez minutos antes de las nueve y saludó a los compañeros, madrugadores como ella, que se encontró de camino a su despacho, y agradeció a Faith el café con leche de soja y caramelo que la esperaba sobre su mesa.

Una vez sentada frente a su escritorio se dedicó a organizar sus tareas pendientes para ese día. Tenía documentación que revisar y, por suerte, no le tocaba ir al juzgado. De hecho, hasta las doce no tenía prevista ninguna reunión con clientes, lo que le otorgaba tiempo para preparar los tres casos de divorcio que tenía sobre la mesa y revisar un par de contratos para uno de sus clientes.

El sonido de su móvil personal la sobresaltó, tan concentrada como estaba con el trabajo; lo sacó del cajón donde lo guardaba normalmente para concentrarse en las largas jornadas que le esperaban habitualmente. Contestó sin dudas al ver que la llamada era desde el teléfono de su madre, por lo que no esperaba que al otro lado de la línea estuviera otra persona. Una con la que no deseaba hablar bajo ningún concepto:

—Te llamo por dos razones —anunció Savannah a toda prisa, consciente de que si no se apresuraba le iban a colgar sin tener tiempo de exponer los motivos de su llamada.

—No quiero escuchar ninguna de ellas. No me vuelvas a molestar o me veré obligada a cambiar de número y no dárselo a mamá —pidió a punto de colgar.

—Es precisamente de ella de quien quiero hablar.

—¿Ahora vas a usarla de excusa?

—Mamá tiene cáncer —Savannah soltó la bomba antes de que su hermana finalizara la llamada.

Durante unos segundos Sienna Hale se quedó quieta y en silencio, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dices? Si esto es tu idea de una broma es de muy mal gusto —la rabia que destilaba su voz no pasó desapercibida para su hermana.

Era consciente de que esa ira era más por el golpe de la noticia que porque realmente creyera que mentiría con algo así.

—No es una broma, mamá tiene cáncer. Se lo diagnosticaron la semana pasada. Creía que te lo había contado hasta que la escuché hablando con Ryan y supe que no lo había hecho.

—¿Por qué me lo ha ocultado? Hablé con ella hace un par de días y ni siquiera me dijo que se

encontraba mal.

—Es evidente que te lo ha ocultado porque vives lejos y no quiere preocuparte.

La rubia suspiró sonoramente antes de anunciar sus intenciones de ir a verla.

—¿De veras vas a regresar, por fin?

—Lo dices como si te importara —ironizó Sienna.

—Eres mi hermana menor, por supuesto que me importa. No te he visto desde la boda de mamá y entonces ni siquiera me permitiste acercarme a ti.

—Eso no va a cambiar. No te quiero cerca.

—¡Somos hermanas! —insistió Savannah.

—Permite que me ría. Al parecer soy tu hermana cuando te conviene y cuando no, lo olvidas. El silencio se alargó unos segundos antes de que Savannah volviera a hablar.

—¿No quieres saber cuál es la otra razón por la que te llamo?

—¿Sinceramente? No. Si es igual que la primera no creo que pueda soportarlo.

—No es tan mala y, en cualquier caso, te la voy a decir igualmente.

—Típico de ti, hacer lo que te venga en gana sin preocuparte por los sentimientos de los demás.

Savannah no replicó. Sabía que era cierto y en esos momentos lo importante era que su hermana le estaba hablando, aunque la conversación estuviera cargada de desdén y de sarcasmo, el caso era que le hablaba. Se había pasado casi seis años sin verla, sin poder descolgar el teléfono y mantener una agradable conversación con Sienna, y lo peor era que no podía engañarse a sí misma condenándola, porque la única que debía de cargar con la culpa por el distanciamiento era ella misma.

—Necesito que seas mi abogada. Voy a divorciarme.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿No has tenido bastante con darme la noticia sobre el estado de salud de mamá? ¿También quieres burlarte de mí?

—No, no lo es. Es la verdad. Voy a divorciarme de Dave.

Sienna suspiró.

—En primer lugar, vete a la mierda, y en segundo lugar no creo que puedas pagar mis honorarios.

—No te preocupes. Puedo hacerlo.

—No sabía que el trabajo de constructor de Dave daba para tanto.

—No voy a pagarte con su dinero, te pagaré con el mío.

—No me digas que no eres una ama de casa al uso. Me sorprendes, jamás creí que fueras capaz de trabajar en algo más que en ti misma —dijo con una risa llena de burla.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿Sobre qué? —inquirió un poco a la defensiva—. ¿No me digas que después de casarte

incluso fuiste a la universidad?

—¡Lo hice! Pero eso tampoco importa. Supongo que, si regresas, lo sabrás, después de todo hay tiempo.

—Sea como fuese no voy a llevar tu divorcio. Si en algún momento creíste que lo haría es que eres más tonta de lo que creía.

—Soy tu hermana.

—Puedes seguir repitiéndolo las veces que quieras, las cosas no van a cambiar solo porque de repente te acuerdes de nuestro parentesco.

—Nunca lo he olvidado.

—¿De verás? ¿Me estás diciendo que lo recordabas mientras te metías en la cama con mi novio? —espetó antes de colgar en teléfono.

A la mierda los casos pendientes de los que tenía que ocuparse, pensó Sienna mientras buscaba en favoritos el número de su mejor amiga.

Melinda contestó antes del tercer tono:

—¿Por qué eres tan madrugadora? —se quejó con la voz completamente despejada, lo que implicaba que ella también se había levantado temprano.

—Buenos días para ti también. ¿Tienes algo que quieras decirme o empiezo yo?

La voz de su amiga sonó completamente seria.

—¿Qué sabes?

—La pregunta sería qué sabes tú y por qué no me has dicho nada.

—No me correspondía a mí contarte nada.

—¿Ni siquiera que mi madre tiene cáncer? ¿De veras no...?

—¿Qué has dicho? —la cortó Melinda—. ¡Oh, dios mío!

El enfado de Sienna bajó unos puntos al comprender que no lo sabía, lo que significaba que sí debía de estar la tanto del divorcio de su hermana.

Durante los siguientes minutos ambas se olvidaron de todo excepto de la noticia sobre la salud de Susan.

—Seguramente no te lo ha dicho porque sabía que me lo ibas a contar.

—¿Crees que mi madre lo sabe y se lo ha callado? —inquirió Melinda.

La madre de Sienna y la suya se habían hecho amigas estando en el instituto y ambas seguían con la misma relación cercana desde entonces. De hecho, era gracias a ellas que sus hijas se habían hecho inseparables.

—Estoy segura. Mi madre jamás se lo ocultaría. —Suspiró agotada antes de volver a hablar—. Voy a regresar a Rockport y necesito tu ayuda.

—Lo que sea.

—Necesitaré un lugar para vivir. No voy a quedarme en casa de mi madre.

—Puedes quedarte conmigo.

—Te lo agradezco, pero no. ¿Grace Miles todavía tiene la inmobiliaria?

—Sí, ¿quieres que hable con ella?

—Sí, por favor. Voy a estar liada aquí tratando de organizar mis casos y convenciendo a mi jefe de que necesito una excedencia. ¿Podrías conseguirme un apartamento lo bastante grande como para que Hermione pueda pasearse por allí sin querer fugarse cada vez que alguien abra la puerta?

—Cariño, siento decirte esto, pero tu gata es una chica mala. Le gusta escaparse de casa, no tiene nada que ver con el tamaño de esta. —A pesar de la situación, Sienna pudo reír por el comentario de su amiga—. Yo me ocuparé de todo. No te preocupes —y añadió con una sonrisa en la voz—: estoy segura de que Grace te va a encontrar la casa perfecta.

—No le digas a nadie que voy a regresar.

—No se lo diré a nadie más que a Grace.

—¡Gracias! Por favor, pídele que guarde el secreto.

—Nada de gracias y no te preocupes, Grace es discreta. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—El que sea necesario.

—Vamos a aprovechar el tiempo perdido y vamos a cuidar mucho de tu madre.

—Gracias, Mel —dijo, consciente de cómo su amiga trataba de subirle el ánimo.

—Lo que necesites.

Capítulo 2

Dos meses después...

Sienna se había pasado el último mes prácticamente viviendo en su oficina, ocupada en cerrar los pendientes y organizar todo el trabajo que tenía acumulado. El resto del tiempo lo dedicó a guardar su vida en cajas y a desmontar el que había sido su hogar hasta ese momento.

Del mismo modo, para no alterar a su madre no le había contado que estaba al tanto de su enfermedad ni que tenía previsto mudarse, lo que la ponía todavía más ansiosa. A pesar de lo que cualquiera pudiera pensar dedicándose a lo que se dedicaba, mentir no era una de sus cualidades.

Gracias a dios contaba con la ayuda de Ryan, el marido de su madre, quien la mantenía al día de todas las pruebas y resultados de las mismas que recibían por parte de los médicos. Una vez que le llamó para contarle que estaba al tanto de todo, se dio cuenta de que él había asumido el mando de la situación, seguramente porque Ryan Mayer estaba acostumbrado por su trabajo de policía a mantener el control, hacía unos meses que se había jubilado, pero seguía conservando esa autoridad que impulsaba a la gente que estaba a su alrededor a dejarse cuidar. Había sido ese halo protector lo que la había tranquilizado seis años antes, cuando hizo las maletas y lo dejó todo para comenzar su vida en Boston. La certeza de que su madre iba a estar bien le permitió centrarse en organizar su propio futuro. Y eso mismo es lo que había hecho Ryan, otra vez: la había tranquilizado haciéndole saber que no iba a tener que volver a hablar con Savannah si no lo deseaba, porque él mismo se ocuparía de darle las noticias pertinentes respecto a la salud de su madre.

—Nunca estuve de acuerdo con que te lo ocultara. Reese y yo tratamos de convencerla para que te llamara, pero ya sabes como es —suspiró resignado—. No quiere preocuparte. Se va a alegrar mucho cuando sepa que regresas.

La mención del nombre de su hijo descolocó a Sienna, hasta donde ella sabía el tipo era militar y estaba destinado en una misión humanitaria en África. No es que lo hubiese conocido personalmente, ya que su trabajo ni siquiera le había permitido asistir a la boda de su padre. Fuere como fuese tenía intención de preguntar al respecto, pero Ryan se puso a hablarle sobre el procedimiento de una de las pruebas que iban a hacerle a su madre y la idea se le fue de la cabeza con la misma rapidez con la que le había llegado.

—¿Qué va a pasar con tu trabajo si te trasladas aquí? —la preocupación teñía su voz.

—Voy a trabajar en un bufete de Lynn un par de días a la semana. Además, abriré mi propio despacho en la ciudad. Ya he conseguido dos clientas —comentó con una sonrisa.

—Puedo adivinar que una es Melinda.

—La otra es Grace Miles.

—¿La dueña de la inmobiliaria?

—Así es. Me voy a ocupar de sus contratos y de cualquier conflicto que pueda llegar a tener con sus clientes.

—Eso es fantástico.

—Sí que lo es.

Sienna había sido afortunada con que su jefe tuviera un viejo amigo de la universidad con un bufete en Lynn a solo cuarenta y siete kilómetros de Rockport, lo que iba a permitirle seguir pagando sus gastos. La idea de montar su propio despacho había sido de Melinda, y también quien le había conseguido su primer cliente. Estaba segura de que Grace Miles solo había aceptado porque eran antiguas compañeras de clase y porque Mel se lo había pedido. Se tragó una carcajada al pensar en que para cuando regresara a casa la próxima semana su amiga ya le hubiera montado una pequeña cartera de clientes

Después de todo, Melinda estaba siendo poco sutil en lo que hacía y a Sienna no se le escapaba que esta pretendía tentarla para que se quedara en Rockport cuando su madre mejorara y la pesadilla hubiese terminado.

—Vas a necesitar ayuda con la mudanza —estaba diciendo Ryan cuando Sienna se centró de nuevo en la conversación.

—No te preocupes por eso. La mayoría de mis muebles y de mis cosas ya van de camino. Yo haré el viaje en coche con Hermione y llevaré lo que se haya quedado aquí.

—Aun así, necesitarás instalarlo todo.

—Melinda se está ocupando de ello. El día que llegue pasaré por su local para recoger las llaves. De veras, no te preocupes.

—No me importa ayudarte.

—Lo sé, pero si lo haces mi madre se enterará y dejará de ser una sorpresa.

—Tienes razón —aceptó el hombre finalmente.

—¿Dónde vas a quedarte?

—En un apartamento en Main Street, justo en el centro.

—Muy buena elección. Reese también vive allí.

—¿De veras? Creía que estaba de servicio en algún despliegue internacional.

—No, hace dos años que dejó el ejercito Ahora trabaja en Rockport.

—Eso es genial. Me alegro de que esté cerca de ti.

—Sí, Sienna, pequeña, tengo que dejarte porque estoy escuchando a tu madre trastear en la cocina y no quiero que me pille contigo al teléfono.

—Por supuesto, Ryan y gracias por todo.

—Nada que agradecer. Te llamaré en cuanto pueda —se despidió antes de colgar.

Sienna se apoyó en el respaldo de la silla de su escritorio y cerró los ojos durante unos segundos. Tenía sueño retrasado, pero no podía permitirse perder el tiempo.

Unos golpes en la puerta la sacaron de los breves segundos de descanso que se había permitido.

Faith, su secretaria, apareció por la puerta con una humeante taza de café en las manos.

—Pensé que era posible que necesitaras una dosis extra de cafeína.

La sonrisa de Sienna le dio la respuesta.

—Gracias, ¿qué voy a hacer sin ti cuando me marche?

Con una expresión indescifrable, la pelirroja tomó asiento frente a ella.

—Puede que no tengas que hacer nada.

—¿Qué sucede? —El comentario la dejó extrañada.

—He escuchado que vas a abrir tu propio despacho —tanteó. Siguió hablando cuando la rubia asintió con la cabeza—, ¿necesitas una asistente con experiencia?

—¿Faith?

—¿Recuerdas que te conté que mi familia es del condado de Essex y que lo dejé todo cuando Ansel fue reclutado por los Red Sox? Ellos pensaron que era una locura que lo abandonara todo solo para estar a su lado. Y lo cierto es que tenían razón.

—¿Está todo bien? —No quiso hacer la pregunta que realmente llenaba su mente por temor a hacerla sentir peor de lo que ya lo hacía.

Faith asintió.

—Voy a dejar a Ansel y no quiero regresar a casa sin un motivo que lo justifique —explicó—. Si vuelvo porque he decidido trabajar contigo no se preocuparán tanto.

—Eres la mejor secretaria que he tenido, por supuesto que puedes venir conmigo, pero no creo que sea buena idea que engañes a tu familia.

—Soy la única secretaria que has tenido y no voy a engañarles, les diré la verdad. Cuando me sienta un poco mejor.

Sienna rio y obvió la parte incómoda de la conversación.

—Es cierto. El problema es que no voy a poder pagarte el mismo salario que...

—Lo sé y no tienes que preocuparte por eso. Puede que Ansel y yo no nos casáramos, pero él siempre se ha hecho cargo de todos los gastos, por lo que yo he ido guardando cada centavo que he ganado.

—¿Necesitas vivir conmigo en Rockport? He alquilado un apartamento.

—No, me quedaré en Newbury hasta que encuentre algo más. Quiero estar una temporada con mis padres y mis hermanos y Rockport está a menos de una hora de distancia.

—¿Estás segura? —Faith sabía que no le estaba preguntando sobre quedarse con ella.

—Sí. Necesito hacer algo con mi vida, no me gusta como es ahora mismo.

Sienna se levantó de su silla y se acercó hasta su amiga para abrazarla. La pelirroja se aferró a ella, permitiéndose dejar salir todo lo que llevaba dentro.

—Egoístamente me alegro de que vengas conmigo —confesó.

—Yo también me alegro de hacerlo. Supongo que el que te fueras me ha dado el último empujón que necesitaba. Eres la única amiga que tengo en Boston, ¿qué iba a hacer sin ti aquí?

Las dos rieron sin dejar de abrazarse y sus risas se convirtieron en carcajadas cuando comentaron que Milo, su todavía jefe, iba a colapsar cuando supiera que las dos lo abandonaban al mismo tiempo.

Capítulo 3

Los compañeros del bufete les habían organizado una cena de despedida. Inicialmente era solo para Sienna, pero tras la noticia de que Faith también se marchaba se había ampliado a las festejadas para incluirla. A pesar de que la fiesta era en su honor ninguna de las dos bebió. Salían de viaje al día siguiente, por lo que no era buena idea pasarse con el alcohol ni trasnochar más de la cuenta. Por todo ello, lo que debería haber sido una velada para dejarse llevar y disfrutar se convirtió en una noche más entre amigos. El problema era lo difícil que había resultado cuadrar agendas, por lo que el día que ha todos les venía bien había coincidido con la víspera del viaje de ambas.

Tras mucho insistir, Faith había aceptado regresar a casa con Sienna. Después de todo, tal y como había dicho su amiga, la distancia entre las dos ciudades era de apenas una hora, por lo que no le suponía ningún problema llevarla hasta allí, sin contar con que le iba a venir bien la compañía, ya que Hermione era bastante silenciosa y se limitaba a dormir en su trasportín sin preocuparse por nada.

Igualmente, Faith ya estaba viviendo con ella, por lo que la logística la acompañaba.

Desde su conversación aquella tarde en su despacho, las dos habían decidido que lo mejor para la pelirroja era que se mudara cuanto antes de la casa que compartía con su ahora ex. Para ello, ambas habían aprovechado el siguiente fin de semana en el que Ansel jugaba fuera de casa para recoger sus cosas y dejar el lujoso apartamento que la pareja había compartido hasta el momento. Y, mientras que Sienna había esperado que el jugador montara en cólera cuando llegara a casa y comprobara que su novia lo había abandonado, la realidad fue otra distinta y Ansel Bramson no dio señales de vida. Actuó como si nada hubiese sucedido.

Por suerte, Faith no pareció dolida o decepcionada. Más bien parecía esperar ese tipo de reacción.

En cualquier caso, Sienna no había querido preguntarle al respecto, consciente de que cuando su amiga se sintiera preparada sería ella misma la que le contaría los motivos que la habían llevado a separarse de él. Aunque no estaba segura, la abogada sospechaba que en parte se debía al hecho de que, a pesar de los años que estaban juntos, su relación no hubiera terminado en boda.

Fuere como fuese, el día de la partida llegó y cada una, por motivos distintos, se emocionó y preocupó a partes iguales. Sus vidas estaban a punto de cambiar y, mientras Sienna lo sentía como una pausa en la vida que había decidido llevar, para Faith era el comienzo de una nueva vida.

Tenía previsto buscar una casa en algún punto entre Rockport y Newbury, comprarse un

coche y permitirse volver a sentir ilusión.

—Estar enamorada es la peor locura —protestó Sienna.

—Eso solo sucede cuando no es la persona correcta.

La rubia bufó.

—Lo de la persona correcta es un invento para justificar que el amor no es ni tan eterno ni tan perfecto como nos venden en las novelas y en el cine.

—Yo creo que lo es. Antes de que todo se fuera a pique, Ansel era la persona que más feliz me hacía sentir.

—Primer error, hay que buscar la felicidad en uno mismo. Los demás terminan por decepcionarte. Siempre.

—La persona adecuada no lo hace.

No insistió, le pareció que era más amable dejarle seguir creyendo que había alguien para ella en alguna parte a dejar que se diera cuenta de que eso era una estupidez inventada por los escritores y los guionistas de Hollywood.

—¿Qué vas a hacer cuando veas a Dave y a Savannah? —preguntó de repente la pelirroja, cambiando de tema.

—Nada. Porque no los voy a ver.

Una cosa era que regresara al pueblo y otra muy distinta que estuviera dispuesta a retomar su relación con ninguno de los dos.

—Pero ella es tu hermana y quiere que seas su abogada.

—Lo que ella quiera y lo que yo quiero nunca ha coincidido —se calló un segundo cuando una idea hizo clic en su mente—. Eso no es completamente cierto —apuntó con una risa que no tenía nada de alegre—, coincidió una vez y todo terminó en desastre.

—Pero es lo mejor para ti. Lo sabes, ¿verdad? Si aceptas llevar su divorcio vas a ahorrarte los comentarios molestos y, peor, los que expresan lástima.

Sienna apartó un segundo la mirada de la carretera para leer la expresión de su amiga.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que si llevas el divorcio de tu hermana la gente no especulará con que todavía estés dolida o que sigas enamorada de tu ex. Al hacerlo, le restas importancia a lo que sucedió. Es como si te posicionaras del lado de Savannah.

—No me posiciono al lado de ninguno de los dos. Para mí ambos son culpables.

—Lo sé, pero pensando egoístamente, que la defiendas ayuda a tu causa. Seguro que el divorcio es el chisme del pueblo. Que seas la abogada de tu hermana te da publicidad de cara a posibles clientes e, incluso, te aporta profesionalidad. —Se encogió de hombros—. Seamos sinceros muy pocas personas llevarían el divorcio de su hermana con su ex.

—Por eso mismo...

—Te hace especial a los ojos de la gente —insistió Faith, muy seria.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás tratando de manipularme? ¿Has hablado con Melinda recientemente?

La vio enrojecer al nivel de su pelo antes de regresar toda su atención a la carretera. Durante los siguientes minutos ninguna de las dos dijo nada.

Fue la pelirroja la que retomó la conversación.

—Creo que tu madre se sentiría mejor si lo hicieras.

Fantástico, había sacado el único punto que podía usar para convencerla de que aceptara ser la abogada del divorcio de su hermana: su madre. Porque, aunque ella había tratado de mantenerse al margen de la disputa entre ambas, lo que no quería decir que no le hubiera dicho a Savannah lo que pensaba de ella al haber engañado a su hermana menor, el hecho era que ambas eran sus hijas y el saberlas tan distanciadas le dolía mucho más de lo que dejaba entrever.

—Lo pensaré —dijo por fin.

—En ese caso deberías pensar también en cómo vas a afrontar la situación cuando te cruces a Dave por el pueblo.

—No hay nada que pensar. Hace mucho tiempo que dejó de ser alguien a quien le dedicaría un solo segundo de mi vida. Y, al parecer, dentro de poco ni si quiera será el esposo de mi hermana.

Capítulo 4

Cuando Sienna detuvo el coche frente al local de Melinda se dio cuenta de que no había pensado en Hermione cuando organizó el pasar por el bar de su amiga a por las llaves de su nueva casa. Era imposible entrar y salir después del tiempo que hacía que no se veían, lo que la obligaba a tener que cargar con Hermione y con el trasportín. Bajo ningún concepto podía dejarla sola dentro del coche, hacía demasiado calor.

Con un suspiro resignado, consciente de que estaba a un paso de convertirse en la loca de los gatos, salió del coche, se colgó el bolso en el hombro y después abrió una de las puertas de atrás para sacar a Hermione, quien ni siquiera se inmutó por el paseo.

Había dejado a Faith en su casa para después conducir hacia la suya.

—¡Allá vamos! —dijo para animarse a sí misma.

Ya desde la entrada, sin siquiera pisar al local, se notaban los cambios que Melinda había hecho. Lo primero que llamó su atención fue el nombre, ahora se llamaba Mel's cuando antes era conocido por Cooper's Drinks. Además, la fachada de caravista y las grandes puertas con cristales ahumados y sus marcos en azul celeste llamaban la atención desde antes de poner un pie en él. Lo que significaba que, vistos los cambios, Sienna no podía hacerse una idea de lo que iba una vez que cruzara el umbral.

No había hecho más que traspasar la puerta cuando un grito hizo que todos mirasen, primero a la camarera y después a ella, ya que la primera estuvo a punto de saltar la barra para alcanzarla. Mucho más veloz de lo que la recordaba, se encontró siendo estrujada por los brazos de su mejor amiga, quien solo hacía un mes que la había visitado en Boston.

—¡Has vuelto! —dijo emocionada.

Sienna rio, divertida por su reacción.

—Creo que has dejado anonadados a tus clientes —bromeó sin dejar de sonreír.

—Tranquila, están acostumbrados. ¡Vamos! ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Dame a Hermione, la dejaré suelta en mi despacho para que beba agua y le pediré a Sully que te haga algo para comer.

—Gracias.

Ambas se encaminaron hasta la barra, pero fueron detenidas por el propio Sully, que salía de la cocina para conseguir su propia dosis de abrazos, y por algunos de los clientes que conocían a Sienna y que quisieron saludarla.

Media hora más tarde se encontraba degustando uno de los famosos bocadillos hechos con

baguettes francesas del cocinero, que él mismo amasaba y horneaba, junto a sus amigos y una cerveza fresquita. Este había anunciado muy serio que la cocina se cerraba durante treinta minutos porque necesitaba saludar a su amiga como se debía. Nadie había protestado.

El local, tal y como había imaginado, era completamente distinto a lo que había sido mientras los padres de Melinda lo regentaron. Las paredes estaban pintadas de color crema, mucho más acordes con la finalidad de transformarlo en cafetería durante el día y en bar por la noche. La barra y los estantes del fondo de esta eran de madera pintada de azul celeste, otorgándole claridad y volviéndolo más alegre y luminoso de lo que era durante la época anterior.

Además, que hubiese contratado a Sully al mando de los fogones era un acierto completo. Su amigo había sido siempre un amante de la cocina y, con eso en mente, se había marchado a París a estudiar. Durante meses estuvo trabajando de casi cualquier cosa para poder pagarse el curso y mantenerse. Una vez que sus profesores vieron sus habilidades, fue recomendado en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, donde comenzó lavando platos y terminó de pinche de uno de los chefs.

Regresó inesperadamente cuando todos creían que se establecería en la capital francesa. Cuando Melinda se quedó con el negocio se ofreció a trabajar para ella, después de todo necesitaba dinero para abrir su propio restaurante más adelante. Los dos sabían que terminaría marchándose y, contra todo pronóstico, Melinda era la primera en apoyar esa idea.

La curiosidad por su aparición parecía haberse mitigado para todo el mundo excepto para el policía que bebía café junto a su compañero en una mesa cercana a la posición de Sienna. El tipo era un descarado, decidió la rubia. No le había quitado ojo de encima y para más desfachatez ni siquiera había tratado de disimularlo. Por lo que ella tampoco se había mostrado avergonzada y le había dado un repaso de pies a cabeza que confirmaban lo que se veía a simple vista, que el tipo era sumamente atractivo. Hombros anchos, cabello oscuro y ojos claros, a pesar de que no podía distinguir el color.

La constante conversación de Melinda la hizo regresar a ella.

—Ni siquiera le he dicho a mi madre que ibas a regresar por temor a que se le escapara y se lo contara a Susan —estaba diciendo.

Sonrió con afecto.

—Gracias. Por cierto, este lugar está genial. No lo había visto desde la boda de mi madre —y añadió con un guiño—: has hecho un gran trabajo.

La morena sonrió agradecida por el halago, pero su sonrisa se quedó congelada unos segundos antes de reaccionar.

—Creo que será mejor que vengas conmigo —dijo de repente Melinda, su expresión muy seria.

Sienna se tensó en su taburete. No necesitaba darse la vuelta para comprender que había

entrado alguien y que su amiga trataba de evitar que lo viera.

—Vamos a mi oficina. Tengo algo que contarte.

Sienna ya se había terminado la comida y la cerveza y tampoco tenía muchas ganas de cruzarse con quien fuese que había entrado.

Melinda salió de la barra y tras acercarse a ella tiró de su mano para hacer que se levantara del taburete y la siguiera.

—Tengo una sorpresa para ti —soltó en cuanto entraron en su despacho y cerró la puerta tras ellas.

—Me encantan las sorpresas.

—Lo sé, por eso no te he dicho nada. ¡Siéntate! —pidió—, me estás poniendo nerviosa.

Sienna rio por su estado. Fuera lo que fuese la sorpresa la tenía realmente emocionada.

—¿Me lo vas a decir?

Melinda asintió, sonriendo.

—¿Te acuerdas del local que hay aquí al lado?

—¿El del señor Smith? ¿El que tus padres usaban de almacén?

—Sí, ese. Ahora es mío. Fue lo primero que compré con mi propio dinero.

—¡Enhorabuena!, eres toda una propietaria.

—Esa no es la sorpresa —protestó muy seria—. La sorpresa es que va a ser tu despacho de abogada.

Definitivamente eso sí que era asombroso, decidió Sienna.

—¿Y las cosas del Mel's? No tienes que hacer eso por mí. Te lo agradezco, pero...

—Está vacío —cortó antes de que siguiera protestando—, además de comprar el local también lo he remodelado y ahora tengo espacio extra. No hay ninguna excusa para que no aceptes mi ayuda. Está reformado para que te instales hoy mismo.

—Te pagaré un alquiler.

—No será verdad. Pagarás los suministros que consumas y cuando tengas los suficientes clientes como para funcionar sin problemas aceptaré un alquiler... de amigas —aclaró, por si le quedaba alguna duda—. Antes de eso no voy a aceptar tu dinero.

—Gracias, Mel. No sé qué haría sin ti.

—La verdad, yo tampoco —rio, encantada que Sienna hubiera aceptado su propuesta. Lo cierto era que había estado nerviosa y preocupada de que no lo hiciera. La rubia era lo más parecido a una hermana que tenía o había tenido nunca y por eso la conocía y sabía lo autosuficiente y terca que podía llegar a ser.

—¿Vas a decirme de quién he huido?

—No has huido, te he traído aquí para hablar de negocios.

—¡Mel!

—Dave Bailey —dijo, por fin.

—Maravilloso. Ahora todos creerán que le evito porque sigo interesada —se lamentó.

—¿Querías verle?

—No —exclamó, ofendida por el pensamiento.

Melinda la miró con las cejas alzadas.

—Entonces ¿qué esperabas que hiciera?

—Supongo que voy a tener que asumir la posibilidad de encontrarme con ellos —reconoció

—. Aun así, espero que tengan la decencia de no tratar de acercarse a mí.

—Estoy segura de que Dave será prudente. Lamentablemente no puedo decir lo mismo de tu hermana.

Capítulo 5

Sienna se había quedado en el despacho de Melinda tiempo después de que aceptara la oferta de su amiga para instalar su despacho en el antiguo almacén del señor Smith. Y aunque se había dicho a sí misma que lo hacía porque era más cómodo para ellas hablar sin el estruendo del bar, lo cierto era que, una pequeña parte de su subconsciente sabía que era una excusa para evitar a cierta persona.

Con el estómago lleno y más optimista de lo que entró, Sienna se dispuso a establecerse en su nuevo apartamento, por lo que desbloqueó su coche y abrió la puerta trasera para colocar el trasportín de Hermione en el asiento trasero.

Estaba abriendo la puerta del conductor e iba a entrar en su vehículo cuando una voz masculina la hizo detenerse en seco.

—No creo que sea buena idea que conduzca, señorita.

—¿Disculpe? —preguntó completamente asombrada por el descaró del policía que no le había quitado la vista de encima en el Mel's.

—La he visto bebiendo —comentó él con seguridad.

—Perdone, agente —empezó, decidida a ponerle en su lugar.

Si se creía que iba a poder intimidarla estaba muy equivocado. Se había bebido una mísera cerveza y había comido mientras lo hacía, no había nada ilegal en ello. El alcohol en su sangre era infinitamente más bajo de la tasa permitida.

—Jefe —corrigió él.

Ella arqueó una ceja. Al parecer el tipo tenía cierto ego y no podía tolerar que lo hubiese tratado como a un policía más.

—Jefe —repitió de mala gana—, solo he bebido media cerveza, y no...

—La cerveza y el cansancio son una mala mezcla —anunció muy serio.

—¡Media! Y no estoy cansada —replicó, completamente desubicada por su actitud prepotente.

—¿De veras? ¿No ha venido conduciendo desde Boston?

—¿Nos conocemos o simplemente me está acosando, jefe? —pronunció su rango con cierta sorna que no se le escapó al moreno.

Él rio como si fuera la cosa más divertida que hubiera escuchado en mucho tiempo y su risa causó estragos en el sorprendido estómago de Sienna. El tipo no solo era mandón, fisgón y atractivo, sino que, además, tenía la risa más sensual que había oído nunca.

«Azules», pensó, sus ojos son azules.

—No la estoy acosando. La he escuchado hablar con Melinda —se justificó.

Arrugó el ceño, incrédula. Estaba casi segura de no haber hablado del tema con ella.

—¿Y qué propone que haga, agente... digo, jefe...? —dijo con intención de molestarlo.

Él no respondió a la provocación, aunque sí lo hizo a su pregunta velada.

—Mayer.

A Sienna le costó unos segundos asimilar su respuesta.

—¡Mierda!

Su risa volvió a envolverla.

—No era así como esperaba que nos conociéramos, pero... —extendió su mano hacia ella—, soy Reese Mayer.

Ella se la estrechó tratando de mostrarse segura.

Debería haberse dado cuenta del parecido que tenía con Ryan, pero había estado tan molesta, primero por su descaro y después por su actitud entrometida, que no había reparado en ello hasta que le dijo su apellido.

—Sienna Hale, pero eso ya lo sabes.

—Así es. Tu madre tiene la casa repleta de fotografías en las que apareces—explicó con una sonrisa.

—¿De verás?

Él asintió.

—Deja que te lleve a casa —ofreció arrebatándole las llaves de las manos.

—¿No estás de servicio?

—Mi turno terminó hace quince minutos —respondió muy serio.

La rubia asintió. No conocía a Reese de nada más que de lo Ryan o su madre habían dicho sobre él, pero a pesar de no conocerle era consciente de que él no iba a aceptar un no por respuesta.

—¡Vamos! —pidió con la intención de que ella se sentara en el asiento del copiloto.

—De acuerdo. Vivo en...

—Sé dónde vives —la cortó, entrando en el coche y poniéndose inmediatamente el cinturón.

—¿De veras que no eres un acosador? —bromeó ella.

—Para nada. Lo sé porque somos vecinos y vi a Melinda y a los de la mudanza meter tus cosas en tu nuevo apartamento —explicó mientras arrancaba el motor y metía la marcha.

—Esto se está poniendo cada vez más extraño.

—Te prometo que ya vivía allí antes de que decidieras mudarte —bromeó.

Sienna tuvo que reconocer que tenía razón. De hecho, Ryan le había contado durante una de sus llamadas que su hijo vivía en la misma calle que ella, lo que no esperaba era que lo hiciera en el mismo edificio.

—Supongo que mi teoría del acoso se ha echado a perder.

Reese rio.

—El edificio es de nueva construcción y está muy bien ubicado. Es lógico que atrajera la atención de Melinda.

—En realidad fue Grace quien me lo buscó.

—Eso también tiene sentido, ya que también yo recurrí a ella cuando llegué a Rockport para que me encontrara una casa.

—Supongo que tenemos más en común de lo esperado —comentó Sienna.

—Así es.

Hicieron el breve trayecto en una conversación cómoda. Y una vez que llegaron a casa, Reese la ayudó a subir las maletas y lo que no dejó en el camión de mudanza, por lo que pudo ocuparse de Hermione sin hacer malabares.

—¿Vas a ir a ver a tu madre? —inquirió una vez que descargó todo y estaba dispuesto a marcharse.

—Sí, quiero que sea una sorpresa.

El sonrió.

—Podemos ir juntos —ofreció—, estoy invitado a cenar esta noche.

—Claro. ¿Conduces tú?

—Por supuesto, pero, Sienna... —se calló unos segundos—, no soy el único invitado a la cena.

La realidad le explotó en la cara.

Reese lo sabía todo. No es que fuera algo extraño, era simplemente que ni siquiera había pensado en ello. No obstante, no era de extrañar que lo supiera, de alguna manera retorcida, no había nadie en Rockport que no estuviera al tanto de lo sucedido.

De repente la idea de que se hubiese mostrado tan preocupado con ella por lástima la golpeó con fuerza. De acuerdo que cuando sucedió le había dolido y de acuerdo que todavía le afectaba, sin embargo, no se trataba de que siguiera enfadada, no, eso hacía tiempo que había pasado. Lo que se sentía era traicionada. Esa era la parte que no lograba superar, que su hermana, la persona que mejor la conocía y en la que siempre se apoyaba, hubiese sido capaz de hacerle algo así.

Trató de alejar ese tipo de pensamientos y volvió a centrarse en Reese.

—¿Por eso te has ofrecido a ir conmigo? ¿Te preocupa que me derrumbe si la veo en casa de mi madre? ¿O lo que te inquieta es que la golpee? Después de todo, eres el jefe de policía —dijo tratando de sonar seria.

Reese disimuló una carcajada con una tos.

—Claro que no. No tienes aspecto de ser de las que golpean —le siguió el juego.

—Las apariencias engañan.

—Aun así, solo me he ofrecido a acompañarte porque no quiero perderme la cara de Susan cuando te vea —dijo con una sonrisa—. Ni el cabreo que se va a pillar con mi padre cuando se entere de que él estaba al tanto de todo.

—Eres cruel —acusó sonriente.

—No voy a negarlo —comentó, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo. Iré contigo.

—¡Estupendo! ¿Puedes estar lista en una hora?

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Puedo. No sé dónde anda mi ropa ahora mismo, pero lo haré.

Reese se alejó riendo para detenerse al otro lado del pasillo.

—Este es mi apartamento. Cualquier cosa que necesites...

—¡Gracias!

—No hay de qué —respondió antes de guiñarle un ojo, abrir su puerta y desaparecer en su propio apartamento.

Capítulo 6

Susan había llorado cuando vio a su hija menor aparecer por la puerta y esta la puso al día de sus planes sobre establecerse en Rockport. La abogada, no obstante, se calló que era una situación temporal hasta que se curara; y siguió llorando cuando supo que el motivo de que su hija lo dejara en Boston había sido la enfermedad que tanto se había esforzado en ocultarle, precisamente para que no tuviera que aparcar su vida para cuidarla.

Y fue precisamente esa reacción la que hizo que Sienna se sintiera fatal por haberse apartado de ella durante tanto tiempo de su madre, hasta el punto de que a esta le preocupara contarle algo tan grave. Susan nunca la había hecho sentirse mal por alejarse de Rockport, ni siquiera cuando era más que evidente en sus llamadas telefónicas lo mucho que la echaba de menos.

Savannah, por su parte y para sorpresa de Sienna, se mantuvo en un discreto segundo plano. Tan solo se acercó a saludarla cuando Reese y ella llegaron, e incluso en ese momento, la rubia no estaba segura de si el motivo de su amabilidad al recibirlos era ella o el propio Reese, quien no parecía compartir esa alegría con su hermana mayor.

Fuere como fuese trató de no otorgarle ningún otro pensamiento, no obstante, la dinámica de la cena se lo impidió. Savannah parecía completamente pendiente de Reese, hasta el punto de que Sienna llegó a cuestionarse si este tenía algo que ver con el inesperado divorcio de su hermana. Sin embargo, el pensamiento dejó de tener sentido cuando las continuas atenciones de Savannah no consiguieron ningún tipo de reacción en el policía. De hecho, incluso parecía cada vez más incómodo por el modo en que ella se preocupaba de que comiera o de que su vaso estuviera siempre lleno.

La situación se volvió tan evidente que su cabeza fue por libre y no pudo evitar elucubrar sobre lo que fuera que estaba sucediendo con ellos. ¿Se trataba de un enamoramiento unilateral o era algo más intenso? Quizás Reese estaba molesto porque Savannah había decidido divorciarse y para él no era más que una aventura pasajera, o tal vez el asunto era completamente diferente y era él quien había estado pidiéndole que se divorciara de su marido y al no hacerlo rompió su relación con ella. Y entonces, consciente de que lo había perdido, Savannah solicitó el divorcio y ahora estaba tratando de recuperarle.

—¿Sienna? —llamó Susan por tercera vez. Parpadeó un par de veces como para salir de su ensimismamiento y se encontró con cuatro pares de ojos mirándola con abierta curiosidad.

Su hija se había quedado pensativa de repente y por mucho que había tratado de captar su atención estaba tan absorta en sus pensamientos que tuvo que ser Reese, sentado entre las dos rubias, quien le tocara el brazo para advertirle

—Lo siento, mamá, ¿qué decías?

—Que me alegra mucho que estés aquí, pero que no deseo que paralicés tu vida por mi culpa.

—No voy a paralizar nada —la tranquilizó—, solo la he movido de lugar —rio para aligerar las preocupaciones de su madre.

—¿Y el trabajo?

—Voy a trabajar, mamá, eso no va a cambiar. Por si no lo sabías, los abogados son necesarios en todas partes.

—En eso tiene razón —apoyó Ryan con una sonrisa.

—No me estáis tomando en serio —protestó Susan.

—De veras, mamá, no tienes que preocuparte por nada —insistió su hija.

—¿Cómo no voy a preocuparme si te has quedado sin sustento?

Su esposo pasó su mano sobre el brazo de Susan y lo acarició, tratando de calmarla.

—No me he quedado sin trabajo, voy a colaborar un par de días a la semana con un bufete de Lynn y voy a montar mi propio despacho aquí, en Rockport. Ya tengo incluso el local y la secretaria que va a ayudarme —y añadió con una sonrisa que pretendía tranquilizar a su progenitora—, tengo incluso clientes.

—Eso es maravilloso. ¿Quiénes son tus clientes y de qué secretaria hablas?

—Mi secretaria será Faith —aclaró—, la conoces. Ya era mi asistente personal en Boston, has hablado con ella muchas veces. Y respecto a mis clientes, por supuesto son Melinda, Grace Miles, de la inmobiliaria, y Savannah; voy a ser su abogada durante su divorcio.

El anuncio no solo pilló desprevenida a su madre, sino a todos los que se encontraban en la mesa. Incluso la interesada parpadeó sorprendida. La última noticia que tenía al respecto era cuando ella se había negado en redondo a ser su representante legal.

—¿Vas a ser la abogada de tu hermana en su divorcio de Dave? —Reese fue el único en atreverse a preguntar.

Sienna asintió.

—¿Por qué?

—Ella me lo pidió —respondió muy seria—, es mi trabajo. A no ser... —miró más allá de Reese para enfrentar la mirada de Savannah—. ¿Has buscado a alguien más?

—No, por supuesto que no. Te dije que quería que lo llevaras tú.

La menor de las Hale cabeceó.

—En ese caso ya tienes representante legal. Si no hay ningún imprevisto, la próxima semana podrás pasarte por mi despacho para que abordemos el tema.

—¿Vas a ser siempre tan formal cuando hables conmigo? —inquirió la interesada en un tono entre curiosidad y molestia.

—Cuando se trata de asuntos legales siempre lo soy.

La tensión entre ambas tenía a los hombres de la familia con los nervios de punta, preocupados porque las cosas entre ambas se salieran de control y terminaran discutiendo. La única que estaba segura de que la sangre no llegaría al río era Susan, quien sabía que sus hijas no iban a traspasar los límites frente a ella. Podía ser que, incluso, tampoco lo hicieran cuando ella no estuviese presente.

Sienna no estaba dolida con su hermana porque le hubiese quitado el novio, lo estaba porque la había decepcionado. Su hermana mayor, la persona que siempre había estado allí para ella la había traicionado de la peor manera, rompiéndole el corazón. Susan estaba segura de que, si Savannah hubiera ido de frente y le hubiese contado la verdad sobre sus sentimientos por Dave, las cosas no habrían sido tan dramáticas como fueron. Por otro lado, la culpabilidad de Savannah y la lejanía de Sienna habían interferido en la relación con su marido hasta el punto de que habían decidido tratar de ser felices cada uno por su lado.

—¿Quién quiere postre? —preguntó Ryan levantándose para ir hasta la cocina y cortar la tensa conversación—. Sienna, cariño, ¿me ayudas? Tu madre ha cocinado, lo justo es que nosotros nos encarguemos del resto.

Era evidente que lo que pretendía con la petición de ayuda a Sienna era cortar de raíz cualquier posible enfrentamiento.

—Por supuesto —contestó esta siguiéndole, al tiempo que esbozaba una sonrisa agradecida.

No había duda de que su madre había sido afortunada. Primero con su padre, quien la había adorado hasta el último momento de su vida, y ahora con Ryan, quien la miraba del mismo modo.

Capítulo 7

De regreso a casa Sienna había estado tentada de preguntarle a Reese directamente por el tipo de relación que mantenía con su hermana. No porque le importase realmente el motivo de la ruptura de su matrimonio, sino por simple curiosidad o eso es lo que quiso creer, poco dispuesta a replantearse los verdaderos motivos de su interés.

Que Savannah hubiese estado pendiente de él en todo momento, junto a la completa indiferencia de Reese rayando en lo grosero y el infantil puchero de su hermana cuando supo que igual que habían aparecido juntos pensaban irse del mismo modo, despertó el interés de Sienna, quien, tiempo después tumbada en su cama, repasaba minuciosamente todo lo sucedido durante la cena.

De hecho, Savannah había estado tan atenta a la explicación sobre cómo se habían conocido Reese y Sienna que esta última se había sentido un poco compensada por todo lo que había sufrido por su culpa y la de Dave.

En cualquier caso, el comportamiento más extraño era el del propio Reese, quien parecía no solo incómodo por las atenciones de Savannah, sino principalmente molesto. Por lo poco que lo conocía podía decir que ese no era su comportamiento habitual. Lo había visto ser amable con su madre e incluso con ella misma desde el instante en que se conocieron y se ofreció a llevarla a casa y también a cargar con sus maletas. Si bien su primera impresión de él había sido que se trataba de una persona autoritaria, poco después había comprendido que también era alguien protector que se interesaba por el bienestar de los demás, el que ese rasgo de su carácter no se diera con Savannah era cuanto menos intrigante.

La vibración del teléfono en su mesilla de noche la sacó de golpe de sus pensamientos. Alargó el brazo y se hizo con él para responder con una sonrisa.

—¿Cómo ha sido reencontrarse con la infame hermana mayor? —preguntó Melinda con sorna en la voz.

—Mejor de lo esperado —confesó—, la verdad es que apenas ha tratado de hablarme. Hubiese estado genial que no se hubiese presentado a la cena.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Sienna se encogió de hombros, como si su amiga fuera capaz de verla.

—¿Qué te sorprende que no tuviera el tacto de quedarse en casa o el que me ignorara?

—¿Las dos?

—Puedo aclararte el segundo punto. Me dejó en paz porque estaba demasiado obsesionada con ganarse la atención de Reese Mayer como para tener tiempo de molestarme.

—¿Cooooóóóóóómo has dicho?

La rubia rio por el modo en que su amiga respondió.

—No estoy segura, pero tengo la sensación de que hay algo entre ellos.

—No lo creo —contestó Melinda, más calmada—. A ver, no dudo de que a tu hermana le guste Reese, hay que ser realistas y el chico es un bombón lo mires por donde lo mires. Lo que dudo es que el interés sea recíproco.

—Lo cierto es que durante la cena se mostró distante —reconoció—, incluso molesto.

—Madre mía, esto se pone interesante.

—Me dejó un poco intrigada su actitud. ¿Suele ser distante con las mujeres?

—No lo sé. ¿Lo fue contigo?

Sienna resopló.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? Eres una mujer, de eso no tengo dudas que te he visto desnuda muchas veces.

La rubia soltó una carcajada.

—Eso ha sonado raro. Cualquiera que te escuche creerá que me paseó habitualmente sin ropa frente a ti.

—Sabes a lo que me refiero. Pero no cambies de tema y contesta ¿fue distante contigo?

—No. Fue muy amable. Se acercó a mí cuando salía del Mel's, se ofreció a conducir y me ayudó con las maletas.

—Espera, ¿no le conociste en casa de tu madre?

—No, ya te he dicho que hablamos después de que te dejara esta tarde.

—¿Lo habías visto alguna vez antes?

—No, acuérdate de que no vino a la boda de nuestros padres porque estaba destinado en África.

—Por eso se me hace extraño que te reconociera.

—Bueno, supongo que me parezco a mi madre —ni siquiera estaba dispuesta mencionar a Savannah—, y también es posible que viera mis fotografías. Ya sabes cómo es mi madre con eso.

Sienna escuchó la risita de su amiga a través de la línea.

—Volviendo al tema, que nos hemos desviado. Su actitud con tu hermana no se corresponde con lo que conozco de él, siempre es amable y educado con todo el mundo.

—No creo poder decir que fuera amable con ella —protestó.

—Ahí voy. Hasta cierto punto es normal que no le guste tu hermana después de lo que te hizo.

—Ni siquiera me conocía hasta esta tarde. No...

—No me refiero a que se esté molesto por ti en concreto, sino a que es el tipo de persona que no tolera ni se fía de la gente intrigante y deshonesto. Es posible que su relación nunca haya sido

buena. O que lo fuese y que con el divorcio haya empeorado. Después de todo, te hicieron pasar un mal rato para acabar separándose igualmente.

—Si tú lo dices... No le conozco lo suficiente como para hacerme una idea de su carácter.

—¿Sabes? Se me acaba de ocurrir que podrías coquetear un poco con él para vengarte de Savannah —dijo con una risita maliciosa.

—A veces dudo que tengas ya veintinueve años cuando parece que tienes, como mucho, diecisiete.

Su amiga bufó indignada.

—La idea es genial por mucho que la critiques. De ese modo matamos tres pájaros de un tiro: molestamos a tu hermana, descubrimos qué hay entre ellos y te llevas un novio impresionante para casa.

—Tu fe en mí me emociona tanto como me pone la carne de gallina tu afán de que actúe como una quinceañera a la que le han robado el novio.

—Te han robado el novio.

—Créeme que lo sé, pero no voy a vengarme de algo que ya ni siquiera me importa.

—Entonces hazlo por ti. Porque te mereces rehacer tu vida de una buena vez.

—No lo niego, pero ¿por qué con Reese?

—Porque es guapo, tiene un buen trabajo y vive en Rockport. Si os enamoráis te quedarás aquí y no volverás a dejarme —confesó Melinda sin esconderse en falsedades.

—¿No puedes simplemente disfrutar del tiempo que vaya a estar por aquí y dejar que el destino haga el resto?

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? Si no es con Reese será con otro, pero voy a hacer de celestina hasta estar segura de que no tienes intención de dejarme sola en Rockport nunca más.

Sienna rio divertida.

—Buena suerte con eso, si antes era exigente con los hombres, con la edad me he perfeccionado, por lo que una cara y un cuerpo atractivos no sirven de nada si no hay algo profundo debajo.

—¿Cómo de profundo y cómo de debajo estamos hablando?

La rubia soltó un grito irritado al caer en lo que Melinda estaba tratando de insinuar.

Capítulo 8

Sienna debía de reconocer, al menos ante sí misma, que, si bien era un desastre en cuanto al amor se trataba, era afortunada en la misma medida en la amistad. Desde el mismo instante en que le contó sus planes de regresar a Rockport a Melinda, esta no había hecho otra cosa que ayudarla, hasta el punto de dejarle totalmente gratis un local para que instalara su despacho o mover cielo y tierra para que Grace le encontrara el mejor apartamento para ella y Hermione. Igualmente, no podía olvidar que, además de Melinda, también tenía a Faith a su lado, quien la había apoyado prácticamente desde aquel primer día de trabajo en el que entró en el bufete y se la presentaron como su secretaria. Y ahora, a ellas dos se les había unido Grace, quien era tan atenta y amable como la recordaba.

Si bien durante la secundaria había sido más amiga de Melinda que de ella, igualmente habían tenido constante contacto y Grace siempre había sido un amor de persona. Ahora que Sienna había regresado a la ciudad, habían retomado el contacto y, junto a Melinda y Faith, estaba ayudándola, incansable, para que pudiera abrir cuanto antes el despacho. No solo la había contratado como su abogada, sino que estaba echando una mano con la decoración y limpieza, aportando su excelente visión en diseño de interiores.

—Sienna, deberías poner tu mesa aquí. Ya sabes, por el feng shui —apuntó Grace señalando una zona especialmente iluminada.

—Me parece bien. No entiendo mucho de eso, pero si va a traerme suerte, bienvenida sea.

—Paz —apuntó Grace—, te traerá paz y armonía.

—Eso también lo necesitas —zanjó Melinda muy seria—. Casi tanto como la suerte.

Faith se echó a reír, aunque trató de disimularlo tosiendo.

A la pelirroja siempre le había gustado Melinda, no solo porque era agradable y divertida sino también porque era una persona franca y sin dobleces.

Sienna, por su parte, fulminó a su amiga y casera con la mirada, al tiempo que esta se encogía de hombros, despreocupada.

—Vamos a ponerla donde dice Grace —pidió la rubia tratando de obviar el tema.

—Espera ¿nosotras? —se escandalizó Melinda—, ¿por qué no le pedimos ayuda a Reese? Pesa demasiado.

—Somos cuatro mujeres adultas y podemos hacerlo solas. —Sienna estaba comenzando a molestarse con la morena.

—Él te dijo que le llamaras cuando le necesitaras —apuntó esta muy seria, sin ganas de rendirse con el tema.

—Lo sé, pero no lo hago ahora mismo. Podemos mover el escritorio si todas colaboramos.

—Cuenta conmigo —intervino Faith—, aunque no me negaría a aceptar la ayuda de Reese. No solo es un placer verlo tensar sus músculos mientras monta los muebles o, en este caso, los mueve. Que esté por aquí sin hacer nada también será agradable.

—¡Estáis las tres muy mal!

Sienna se llevó las manos a las sienes para masajearse las. Primero había sido Melinda quien insistía para que le pidiera ayuda a Reese, quien previamente se la había ofrecido, pero después de que este pasara su día libre montando los muebles que Sienna había comprado para su despacho de abogada, ahora todas querían que se les uniera y no precisamente para trabajar. Cualquier excusa era buena para ellas. Y lo entendía, por supuesto que lo hacía, Reese había estado tan impresionante que incluso ella, que trataba de no mirarle en mangas de camisa, había tenido que claudicar y disfrutar del espectáculo.

—Estoy de acuerdo contigo en que podemos ocuparnos de mover los muebles. Sin embargo, creo que deberías invitar a Reese a cenar como agradecimiento por haber tenido que pasar su día libre ayudándonos —comentó Grace, quien hasta el momento había sido la más centrada de las tres.

—Deberíamos ir todas —protestó Faith—, también hemos colaborado.

—¡No! —dijeron Melinda y Grace casi al mismo tiempo.

La pelirroja las miró confundida para acto seguido sonreír con suspicacia.

—Es cierto. Sería un detalle que le invitaras a cenar como agradecimiento —apoyó Melinda—, después de todo lleva ayudándote desde el día que llegaste y tú ni siquiera le has invitado a una cerveza.

Su objetivo era que su mejor amiga se sintiera culpable y no pudiera esquivar la invitación y, dada su expresión compungida, era evidente que lo estaba logrando.

—Podemos ir todos juntos —Faith se ganó una mirada furibunda de Grace y de Melinda por su insistencia.

—No —zanjó la morena—. Nosotras saldremos esta noche que Reese trabaja y mañana le invitas a cenar a un buen restaurante.

—¿Sabes su horario? —A Sienna le sorprendió que su amiga lo tuviera todo tan controlado.

La vio encogerse de hombros para restarle importancia.

—Es posible que le preguntara ayer cuando estuvo por aquí.

—¿Es posible?

—Lo hice. ¿Tienes algún problema con que me interese por sus cosas? —Había ocasiones en las que un ataque era la mejor defensa y esa era una de ellas.

—Ninguno. Ya eres una adulta, puedes hacer lo que quieras.

—Pues quiero salir a cenar y a bailar con mis amigas.

—¡Hagámoslo! —palmeó Faith—. Me quedaré en tu apartamento, así no tengo que conducir de vuelta tan tarde —dijo mirando a su jefa.

—¡No! —volvieron a oponerse Grace y Melinda.

—¿Por qué no te quedas conmigo? —ofreció Grace—, así nos conocemos mejor.

—O conmigo —se unió Melinda—, después de todo a mí ya me conocías de antes.

Sienna no dijo nada, la situación ya era bastante extraña sin que interviniera, por lo que se limitó a observarlas discutir entre ellas, hasta que no pudo evitar murmurar, más para sí misma que para que ellas la escucharan:

—Estáis raras. Muy raras, más de lo normal.

Capítulo 9

Melinda había dejado a Sully de encargado del bar esa noche para ocuparse ella misma de reservar en el restaurante en el que iban a cenar. Había escogido el Reed's Grill, no solo porque la comida era excelente, sino porque quería aprovechar la ocasión para coincidir con cierto médico que cenaba allí cada noche. De hecho, era a él a quien debía de agradecerle el éxito del Mel's porque, de no haber sido por aquella ocasión en la que el doctor Oliver Reed se presentó en el bar buscando un café a primera hora de la mañana tras una larga guardia en el hospital, cuando este estaba cerrado y casualmente Melinda estaba allí esperando a los repartidores de suministros, jamás se hubiese planteado reconvertirlo en bar cafetería y no tendría el éxito del que ahora disfrutaba su negocio, tanto en horario matinal como nocturno.

Fuere como fuese, la comida de Katie Reed era espectacular y si a ello se le añadía que su hijo cenaba cada noche que sus locos turnos en el hospital se lo permitían con sus padres en el restaurante familiar, la elección de Melinda era inevitable.

—Este sitio está genial —comentó Faith mientras seguían a la camarera hasta su mesa. El aroma a chuletas ala brasa, a especias y a salsa envolvía a los comensales en cuanto ponían un pie en el comedor.

—Pues espera a paladear sus chuletas de cerdo —comentó Grace salivando al recordar lo deliciosas que estaban—, son lo mejor que he probado nunca.

—¿Siguen haciéndolas? —inquirió Sienna. Una de las cosas que más había extrañado de Rockport había sido las chuletas de la señora Reed y sus deliciosas patatas asadas.

—Cada vez están mejores —siguió Grace.

Una vez frente a su mesa, se acomodaron y se pusieron a leer la carta. Cada una estaba centrada en lo que iba a escoger para cenar cuando que Sienna habló con sorpresa y desconcierto en la voz:

—¿Quién es el chico guapo que está sentado con los señores Reed en la mesa familiar? ¿Oliver tenía un hermano?

—¡No! Es Oliver —contestó Melinda más seca de lo habitual.

—¿Cómo? ¿Ese es Oliver Reed? ¿El Oliver Reed que conocemos de toda la vida?

Grace rio por lo bajo y Faith, que no sabía por dónde iban los tiros, se limitó a mirar al chico guapo y a corroborar que era muy atractivo, ganándose con ello una mirada fulminante de la morena.

—El mismo —volvió a responder Melinda—. No sé porqué pareces tan sorprendida.

—¿No lo sabes? Porque para mí es más que evidente lo bien que le sentó Boston —comentó.

Oliver se había ido a Boston para estudiar medicina y la última vez que Sienna y él habían coincidido había sido cinco años antes de que ella misma se marchara, y en ese entonces, el chico que ella recordaba, con gafas, el pelo más largo de lo habitual cubriendo sus ojos, ropas anchas y acné, no tenía nada que ver con el atractivo tipo que tenía en frente, todo fibra y músculos, y con un rostro pulcro de granos y gafas.

—Siempre fue guapo —protestó Melinda.

—Pues lo ocultaba muy bien —esta vez fue Grace la que habló.

—No sé cómo sería antes, pero no hay duda de que es muy atractivo. Casi tanto como Reese —opinó Faith.

Tanto Melinda como Grace la miraron con más intensidad de la habitual y tras un breve cruce de miradas de ambas, la castaña se levantó de repente y le pidió a Faith que la acompañara al aseo. La pelirroja parecía confusa, aun así, no se negó a acompañar a Grace.

—¿Vas a contarme qué sucede o me vas a obligar a adivinarlo? —preguntó Sienna a su mejor amiga, en cuanto se quedaron solas.

—No sé de qué hablas.

—¿En serio? Yo te hacía más lista.

Melinda asintió muy seria. Estaba casi segura de que ella y Grace habían sido muy discretas respecto al tema de Reese, por lo que fuera lo que fuese de lo que Sienna hablaba, el policía no podía ser el tema principal.

—¿Tienes algún tipo de interés en Oliver? No sé ¿os habéis hecho amigos o algo así? Tengo la sensación de que no te ha hecho mucha gracia que a Faith le haya resultado atractivo.

—Me gusta Oliver Reed.

—¿Te gusta? ¿Como amigo, compañero, médico?

—Me gusta como pareja.

No apartó la mirada de su amiga tratando de calibrar su reacción más allá de su respuesta.

—Eso es genial. Él solía estar loco por ti en el instituto, y eso que era mayor que nosotras.

Los hombros de Melinda se hundieron de repente.

—Ya no estamos en el instituto, por si no te has dado cuenta. No tengo ninguna posibilidad con él.

—¿Cómo lo sabes? ¡Oh, dios mío! ¿Te has declarado y te ha rechazado? —aventuró Sienna, molesta con su viejo compañero por haber sido capaz de rechazar a alguien tan maravilloso como su mejor amiga.

—¡Claro que no! No necesito declararme para saber que no está interesado en mí.

La rubia bufó, incrédula.

—¡Por supuesto! Olvidaba que entre tus muchas cualidades estaba la de ser capaz de leer mentes.

—Creo que está tonteando con una de las enfermeras del hospital.

—Tontear no es salir. ¿Y cómo lo sabes, si puede saberse?

La vio encogerse de hombros.

—Todas las mañanas cuando viene al Mel's a desayunar se las pasa mandando mensajes desde su teléfono. Y si no está escribiendo, está pendiente de él.

—Una gran pista, sí, señor —se burló la rubia.

—Piénsalo, cuando alguien se pasa el día colgado del teléfono es porque está mandándole mensajes a un interés amoroso o, en su defecto, esperando recibirlos.

—Claro, porque el hecho de que sea médico y trabaje en un hospital no supone que se vea obligado a estar pendiente de las llamadas que pueda recibir.

Melinda no dijo nada durante unos segundos.

—Supongo que no lo había visto de ese modo —concedió por fin.

—Eres demasiado dramática. Suerte que me tienes cerca —se jactó, sonriente.

—Me alegra mucho tenerte cerca. Si por mí fuese, no te volverías a marchar.

—Bueno, aún falta mucho para eso. No pensemos en ello.

Melinda asintió y ambas evitaron el tema, e iban a seguir hablando de asuntos más triviales cuando Grace y Faith regresaron de su visita al baño de mujeres. No se había dado cuenta de lo mucho que habían tardado hasta que ambas regresaron a la mesa.

—¿Sabes algo, Sienna? —preguntó Faith antes incluso de tomar asiento—, Reese no es tan guapo como he dicho antes. En realidad, creo que Oliver es mucho más atractivo e interesante.

La rubia miró a su secretaria con una expresión de confusión en el rostro. No llegaba a comprender el comentario ni el hecho de que, sin conocer de nada a Oliver, con quien no había cruzado siquiera una sola mirada, estuviera considerándolo más interesante que Reese con quien sí que había hablado. ¿Sería por que consideraba que el trabajo de médico era mejor que el de policía? Faith nunca le había parecido una chica prejuiciosa, pero su comentario la había descolocado. Iba a preguntar por los motivos; no obstante, no pudo seguir porque la misma camarera que las había llevado a la mesa se acercó para tomarles nota al ver que de nuevo estaban las cuatro sentadas.

Ninguna dudó en su elección y las chuletas a la barbacoa fue el plato que triunfó en la mesa de las amigas.

Capítulo 10

Grace Miles era una romántica empedernida, quizás por eso seguía sola a su edad. Al menos eso era lo siempre que le decía su madre y, con el tiempo, esta había comenzado a creérselo. Por ese motivo había aceptado ayudar a su amiga Melinda, embarcándose en otro de sus absurdos planes, aunque en esta ocasión, si era sincera consigo misma, la idea de trabajar por la felicidad de otra persona la ponía de un humor excelente.

—Eres muy guapa —comentó Faith detrás de ella mientras se retocaba el carmín en el cuarto de baño del Grill—. Y lo serías más si te dejaras el cabello suelto.

Grace miró su reflejo en el espejo y el moño suelto que portaba y se planteó la posibilidad de quitar las horquillas y mostrarle a su amiga porque no podía liberar al indomable.

—No creo que sea buena idea.

La pelirroja frunció el ceño.

—¿Por qué?

Con un suspiró comenzó a sacar una a una las horquillas hasta que el último mechón quedó suelto sobre sus hombros, dejando libre una mata ondulada de cabello de espeso castaño brillante que llegaba más allá de la mitad de su espalda.

—Estoy celosa —apuntó Faith—, tu pelo es increíble.

Grace rio, divertida.

—El tuyo es precioso y el color es divino.

—Por su culpa tengo pecas —se quejó.

—Te sientan bien.

La secretaria sonrió consciente de su amabilidad.

—Gracias y siento haber sido tan obtusa como para no darme cuenta de lo que pasaba.

La vio volver a colocar las horquillas en su sitio y estuvo tentada de tirarlas por el retrete para impedirsele.

—No tienes que preocuparte por nada de eso. Solo de sanar tu corazón —habló con amabilidad y quizás... ¿comprensión?

—Tengo la sensación de que me entiendes mejor que nadie.

El viejo dolor se aferró a su estómago, provocándole molestos pinchazos.

—Algo así.

—¿Quieres contármelo?

Grace lo pensó unos segundos antes de responder. En teoría el recuerdo era eso, un mero recuerdo que ya no dolía. En la práctica las cosas no eran tan sencillas. Durante años se había visto a sí misma casada con él, con hijos y envejeciendo juntos; que su novio la dejara cuando

estaban planeando la boda fue un golpe del que no se había repuesto por completo. Tres años no eran nada en comparación al resto de su vida.

—Iba a casarme con alguien, pero... me dejó unos meses antes de la boda. Por suerte no habíamos repartido las invitaciones —trató de bromear, aunque le salió una risa forzada y falsa.

—En mi caso fui yo la que se marchó.

—Ojalá hubiese sido yo y no él quien decidió finalizar lo nuestro.

—¿Por qué? ¿Crees que hubiese sido más fácil? Porque puedo prometerte que no lo es.

—Lo hubiese sido en mi caso —explicó—. Estoy segura de que la gente hubiese sido menos... entrometida y cruel de lo que lo fue.

—La gente es imbécil.

Grace rio medio escandalizada por el comentario, medio agradecida por él.

—No seré yo quien lo rebata.

Las dos siguieron riendo unos minutos por tonterías, hasta que la castaña se hizo el ánimo de regresar a la mesa con sus amigas. Después de todo, el motivo por el que se había llevado a Faith estaba resuelto. Ahora podían seguir en marcha con el plan sin temor a que este se fuera a pique por falta de coordinación entre ellas.

Sin dejar de sonreír, salieron del cuarto de baño y se dispusieron a cruzar el comedor hasta que Grace se detuvo abruptamente, ganándose la mirada confundida de su amiga quien caminaba a su lado.

—¿Qué sucede?

—No puedo pasar por ahí. Demos la vuelta, por favor.

Grace no había señalado a ninguna parte, de hecho, estaba estática, no obstante, Faith tenía una ligera idea de dónde era por ahí, ya que en la única mesa ocupada por la que debían pasar para regresar junto a sus amigas sin bordear el comedor había una pareja recién llegada leyendo la carta.

—¿Es él? —preguntó la pelirroja.

Grace asintió.

—¿Cuál de los dos es?

—El moreno.

La pareja se tomó de la mano y Faith ahogó un gemido de sorpresa. No era lo que había esperado cuando Grace le contó su historia.

—¡Oh, dios mío! ¿Te dejó porque descubrió que era gay?

—Así es.

—Ahora comprendo tu comentario sobre la gente. Imagino que fue duro que todo el mundo especulara sobre vosotros.

—Fue horrible.

—De acuerdo. ¡Vámonos de aquí!

Faith la tomó de la mano y ambas volvieron al cuarto de baño.

—Estoy siendo patética. Lo sé —dijo mientras se apoyaba en la puerta cerrada del aseo.

—No es cierto. Es normal.

—No lo es. Han pasado tres años, y todavía me da miedo encontrarme con él o que nos vean cerca. No creo que pueda soportar de nuevo ser el tema de conversación de Rockport. Si vuelvo a escuchar que no era lo suficientemente mujer para retenerlo y que por eso me dejó por un hombre, creo que gritaré como una loca y romperé todo lo que me encuentre en el camino.

La gente había sido muy dura con respecto a la ruptura, no obstante, nadie había sido tan hiriente como su propia madre.

—No volverá a pasar. Daremos la vuelta para regresar a nuestra mesa y yo prometo no volver a meter la pata con Reese.

—¿Estás tratando de que me olvide de lo que hay ahí fuera?

—Es posible. ¿Funciona?

—Lo hace. Gracias, Faith.

—Lo que necesites.

Capítulo 11

Sienna podía ser muchas cosas, pero no era una tonta y, por encima de todo, conocía a la perfección a Melinda como para creer que su encuentro en el restaurante con Reese era pura casualidad.

Al parecer el policía y sus compañeros estaban celebrando la jubilación de uno de ellos y el lugar escogido para ello había sido el mismo restaurante al que Melinda las había llevado. Entendía que el grill era uno de los mejores de la ciudad, pero era demasiada casualidad que todos hubieran terminado en el mismo restaurante.

Por su parte Reese fue tan educado como siempre, se acercó a saludarlas y se interesó en el hecho de que estuvieran celebrando que el despacho de Sienna ya estaba terminado y oficialmente en activo. Después de unos minutos de agradable charla regresó junto a sus compañeros, quienes durante todo el tiempo que su jefe estuvo hablando con ellas, se dedicaron a observarles con curiosidad y cierta envidia.

Sienna reconoció a varios de ellos de su época estudiantil, aunque eran mayores, habían asistido al mismo instituto. Los otros dos eran completos desconocidos. Por otro lado, el que se jubilaba era el padre de una de sus antiguas compañeras de la escuela y juraría que también había sido amigo de su padre.

—Dime que no estamos aquí porque ellos lo están —pidió Sienna mirando a Melinda con seriedad.

—Por supuesto que no. Hemos venido por Oliver, ya te he dicho que me gusta.

La rubia no dudaba de que uno de los motivos fuera el médico, sin embargo, no descartaba que hubiera un interés oculto en emparejarla con alguno de los policías de la mesa cercana para asegurarse que Sienna no quisiera regresar a Boston cuando su madre mejorara.

—Este pueblo está muy bien dotado en cuanto a hombres —comentó Faith sacándola de sus pensamientos. La risita de su secretaria mostraba que el vino había comenzado a hacer efecto en ella.

—Si no supiera que no eres así pensaría que eres una devora hombres como comentario, —expresó Melinda muy seria—. Nunca te había visto tan interesada en el sexo masculino.

La pelirroja se encogió de hombros.

—Supongo que ando buscando a alguien que me ilusione para que me ayude a olvidar a aquellos que no me hacen bien.

Tras semejante declaración ninguna de las tres amigas se atrevió a comentar nada.

La propia Sienna ya había notado su extraña actitud, primero con Reese y después con Oliver, no obstante, en ningún momento pensó que tuviera que ver con Ansel. Después de todo,

Faith se había mostrado tan decidida a dejarle, parecía tan confiada en que era lo mejor para ella, que el que les hubiera confesado que aún le quería la dejaba con la sensación de que no había sido una buena amiga, ya que de haberlo sido se habría dado cuenta de lo difícil que estaba siendo para ella pasar página.

—¿Qué tal si pedimos otra botella de vino? —Grace rompió el incómodo silencio.

—¿No íbamos a salir a bailar? —preguntó Sienna al ver que las otras no hacían ningún intento de dejar el restaurante. De hecho, la idea de pedir una botella más de vino había sido bien recibida y, visto lo visto, era más que evidente que estaban tratando de alargar el postre.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó Melinda—, la noche es joven y nosotras también.

Decidida a no ser la nota discordante dejó de insistir con el tema. Hasta cierto punto podía comprender que la morena quisiera aprovechar la situación para estar cerca de Oliver, quien seguía sentado junto a sus padres y en ningún momento había mirado en su dirección, aunque era evidente que sabía de su presencia en el restaurante. Lo que no llegaba a entender era por qué Mel no se levantaba e iba a saludarle. Después de todo, tal y como le había contado esta durante la cena, habían retomado su amistad y él era un cliente asiduo en su cafetería.

—¿Dónde vamos a ir después? —preguntó Grace mirando fijamente a Melinda.

Ella se encogió de hombros y se quedó pensativa durante unos segundos antes de ponerse de pie, para, inesperadamente, acercarse a la mesa en la que Reese y sus compañeros cenaban entre risas y escandalosos brindis.

Los hombres la recibieron con abierta alegría, era evidente que los conocía y no solo porque Rockport era una ciudad pequeña, sino porque como asiduos clientes al Mel's los tenía a todos fichados. Lamentablemente, estaban lo bastante lejos como para que Sienna no pudiera escuchar de qué hablaban y es que la reacción de su amiga era cuanto menos confusa. En lugar de acercarse al médico había optado por los policías.

La morena regresó unos minutos después sin pararse a saludar a los Reed, pero con la noticia de que se marchaban a por unas copas al pub irlandés.

La miradita que compartieron Melinda y Grace la dejó con la mosca detrás de la oreja, pero no se atrevió a preguntar nada por temor a la respuesta que recibiría.

El pub irlandés era de nueva generación, es decir, que lo habían abierto después de que Sienna se mudara a Boston, por lo que nunca antes había estado allí. La música celta y las paredes verdes, así como el mobiliario de madera y la cantidad de cervezas diferentes de que disponían, lo convertían en un lugar agradable donde pasar el rato. Por suerte, encontraron una mesa libre cerca de la barra y, antes de que Sienna se diera cuenta, le habían puesto en la mano una Guinness muy fría. La conversación era agradable, las bromas de sus amigas divertidas y una cosa fue llevando a la otra, de una Guinness pasaron a ser dos, tres y cuando se dio cuenta estaba

un poco más que mareada.

Entre que no acostumbraba a tomar alcohol y que había bebido vino durante la cena y después las cervezas, se había embriagado hasta ese punto en el que se dejaban atrás las inhibiciones y nada de lo que sucedía alrededor tenía importancia.

—¿No íbamos a bailar? —preguntó mirando a Melinda como si su mejor amiga la hubiese traicionado profundamente.

La morena le señaló la improvisada pista de baile en la que otros se movían al ritmo de la música. La banda que tocaba música celta los animaba a que se unieran a ellos.

Sienna entrecerró los ojos.

—No sé bailar eso.

—No tiene mucha dificultad —se unió Grace a la conversación—, mira la chica de azul, solo se mueve de izquierda a derecha.

La rubia trató de encontrar a la bailarina a la que su amiga se refería, pero no logró dar con ella.

—¡Da igual! —decidió—, vamos a bailar.

Faith, que estaba peor que ella fue, la primera en levantarse, decidida a quemar la pista.

Las otras dos, que eran las más sobrias, se les unieron y durante más de media hora se dejaron llevar por la música, por el ambiente y por la maravillosa noche de chicas que estaban disfrutando.

De hecho, Sienna estaba bailando cuando sin querer chocó con una persona a su lado y estaba a punto de caer cuando unos brazos fuertes la sujetaron y la pegaron a su pecho para evitar que fuera a parar al suelo.

—¿Estás bien?

—Oh, eres tú. ¿Qué haces aquí?

Al notar que estaba un poco ebria, Reese se echó a reír.

—He venido a verte —bromeó sonriente.

—¡Qué amable!

Reese rio divertido y la sujetó más fuerte. Sienna no intentó liberarse de su agarre en ningún momento.

Capítulo 12

Sienna se levantó a la mañana siguiente con una resaca que le retorcía el estómago y le estrujaba el cerebro, pero el malestar con que se despertó desapareció durante los segundos en los que asimilaba que había un cuerpo masculino dormitando en el sofá de su salón.

Su primera reacción fue asustarse hasta que le puso rostro a la maraña de cabello negro que descansaba en su sofá. Recordaba haber visto a Reese en el Grill, y casi estaba segura de que coincidió de nuevo con él en el pub irlandés, no obstante, no tenía certeza absoluta de lo sucedido después de que llegaron al pub.

Trató de acordarse lo que había sucedido la noche anterior, ya que si lograba recordarlo llegaría a comprender cómo había terminado Reese durmiendo en su casa, a solo unos metros de su dormitorio con la esquiwa de Hermione tumbada a sus pies. Antes de que su cerebro hiciera cortocircuito se metió de nuevo en su cuarto y regresó con una manta en la mano y su teléfono en la otra. Lo cubrió con ella con cuidado de no despertarlo, molestando con ello a su gata, quien le lanzó una mirada ofendida, pero no se movió, y se encaminó hasta la cocina, consciente de que necesitaba analgésicos para su dolor de cabeza y cafeína para espabilarse. Con esa idea en mente abandonó el salón con mucho cuidado de no despertarlo. Después de todo si había tenido que lidiar con ella ebria debía de estar agotado.

Escapó de puntillas y una vez en la cocina cerró la puerta tras ella. Más tranquila buscó en el cajón de los medicamentos un paracetamol y conectó la cafetera para prepararse un café bien cargado. Era consciente de que si quería asentar su estómago un poco debería comer algo, por lo que decidió prepararse también una tostada, aunque fuese con un poco de aceite y sal.

Una vez que lo tuvo todo dispuesto se sentó a la mesa y, sin añadir azúcar al café, el alcohol ingerido la noche anterior se había llevado de un golpe todas las calorías extras que se permitía a la semana, se lo tomó junto con la pastilla. La tostada fue lo que más le costó comer, pero finalmente lo logró, consiguiendo con ello sentirse un poco mejor. Aprovechó esos momentos para tratar de discernir qué sucedió la noche anterior. Su mente no estaba por la labor de colaborar por lo que optó por recurrir a los testigos.

No fueron necesarios más que dos tonos para que Melinda respondiera. Su amiga sonó completamente normal, por lo que supuso que la morena no había bebido tanto como ella.

—¿Me llamas para contarme tu noche sexy?

—Muy graciosa —protestó—, te llamo para que me cuentes qué demonios hice para que Reese esté durmiendo en mi sofá con Hermione.

—¡Espera! ¿Qué? ¿Has dicho sofá? ¿Con Hermione?

—¡Sí! Eso he dicho.

—¡Madre mía, Sienna! ¿Por qué no aprovechaste la oportunidad? Tienes en tu apartamento a un tipo *sexy*, decente e interesante y lo mandas a dormir al sofá. Si hasta tu gato ha resultado ser más lista que tú.

—Estás comenzando a divagar. Parece que tú también bebiste ayer, ¿no?

—¿Sabes? Me rindo contigo.

—No comprendo tu actitud —se quejó—, y no me siento preparada ahora mismo para lidiar con ella. Límitate a contarme qué pasó ayer.

Melinda suspiró exasperada.

—Te lo resumo en una frase: bebiste demasiado.

—Eso lo había deducido yo sola.

—Nos encontramos con Reese en el pub irlandés y te colgaste de él el resto de la noche.

No, no podía ser cierto, pensó Sienna mientras se llevaba la mano libre que no sujetaba su móvil contra la oreja, a la boca. Si emborracharse ya era malo emborracharse y molestar a Reese era muchísimo peor.

—Por suerte a él no pareció molestarle que te mostraras tan... sociable por lo que se ocupó de ti, hasta el punto de que te cargó a casa cuando te desmayaste. Imagino que se quedó contigo, preocupado porque te sucediera algo mientras dormías.

—Qué vergüenza.

—Es policía. Seguro que ha visto borracheras peores a la tuya.

—No voy a poder mirarlo a la cara de nuevo —siguió quejándose—, y mi madre... y su padre. Tampoco podré mirarlos a ellos si se enteran de lo sucedido.

—No creo que sea el tipo de persona que va chivándose de los asuntos de los demás.

—Aun así... qué vergüenza.

—Eso ya lo has dicho. Ahora no te queda de otra que disculparte y prepararle un buen desayuno para tratar de compensarlo por hacer que duerma en tu incómodo sofá.

—Yo no...

—Llámame cuando se marche. Así al menos tendrás material interesante para compartir —dijo antes de soltar una risita y colgar.

Molesta y avergonzada consigo misma, se encaminó hasta su dormitorio para darse una ducha, cambiarse y ocuparse, tal y como le había dicho Melinda, de hacer el desayuno de Reese.

Se detuvo al pasar por el salón unos segundos para observarle de lejos. Definitivamente había tenido una noche agitada, decidió. El pobre había tenido que cargarla hasta su casa e incluso se había preocupado por no dejarla sola, quedándose a dormir en el sofá. Debía de estar realmente agotado para no despertarse. ¿No se suponía que los policías tenían el sueño ligero y cualquier ruido los alertaba? Escondió una sonrisa y se reprimió mentalmente por ver tantas películas de espías. Era evidente que por muy guapo que fuera Reese no era James Bond.

Media hora después volvió a pasar por el salón camino a la cocina donde se dispuso a preparar panqueques. Como si el aroma de la masa lo hubiese despertado, Reese hizo acto de presencia.

—Buenos días —saludó todavía con la voz ronca por el sueño.

Sienna no se extrañó al ver que una pelirroja de andar elegante le seguía de cerca.

—En primer lugar, deja que me disculpe por...

—Café, por favor —la cortó con una expresión infantil—. Y algo para ella —señaló a la gatita.

—Sí, lo siento —dijo corriendo para servirle una taza, y rellenar el cuenco de pienso de Hermione.

—Gracias —dijo él, un segundo antes de llevársela a los labios—, ahora sí. No hay nada por lo que debas disculparte —dijo con una sonrisa.

—Según Melinda me colgué de ti toda la noche y te hice cargarme a casa.

—No es cierto. Bailamos y nos tomamos un par de cervezas juntos —explicó—, después comenzaste a sentirte mal y me ofrecí a acompañarte porque somos vecinos y casi familia.

—Tengo la sensación de que estás suavizando mucho lo que sucedió.

Él rio como si se sintiera pillado.

—Si te hace sentir mejor prometo olvidarlo todo si compartes conmigo esos panqueques tan apetitosos.

Sin saber muy bien porqué Sienna se sonrojó.

—En realidad son todos para ti —confesó—, ahora mismo soy incapaz de meter nada en mi estómago.

Lo vio fruncir el ceño.

—Deberías comer algo. Te sentirás mejor si lo haces.

—Me he comido una tostada. Créeme, tengo más que suficiente por el resto de la mañana.

—Está bien, pero al menos hazme compañía mientras disfruto de tu hospitalidad.

—No tengo problema en ello, pero puede que a ella no le parezca buena idea —señaló a Hermione que se paseaba posesiva por entre las piernas de Reese.

—Créeme, tengo amor para las dos.

La rubia rio y tomó asiento frente a él en la mesa de la cocina, no sin antes abrir la nevera y sacar el sirope de arce y unos arándanos frescos.

—Si me vas a alimentar de este modo cada vez que te embriagues cuenta conmigo para que me ocupe de ti —bromeó con una sonrisa.

—Me alegra que al menos te sientas compensado —bromeó ella, sintiéndose un poco menos avergonzada.

—No tenías que cocinar para eso. Estaba todo bien entre nosotros.

—Gracias.

—A ti por los panqueques —dijo cubriéndose la boca para que no se vieran sus mejillas llenas.

Capítulo 13

Reese y Sienna seguían hablando en la cocina cuando el timbre de la puerta sonó. Fuera quien fuese la persona que los interrumpía, debía de tratarse de alguien de confianza para que el portero lo dejara pasar sin avisar.

—Seguro que es Melinda que viene a ver qué he preparado para desayunar —comentó la rubia mientras se ponía de pie para ir a abrir.

—Pues se va a enfadar cuando vea que me he comido todos los panqueques.

—No te preocupes. Puedo hacer más.

La respuesta de Reese fue una sonrisa deslumbrante que se quedó incrustada en la retina de Sienna mientras se encaminaba hacia el recibidor.

Definitivamente era más guapo que Oliver y sin duda más amable y encantador. Su antiguo amigo ni siquiera se había acercado a saludarlas a su mesa la noche anterior.

Sus pensamientos sobre las cualidades de su invitado se esfumaron de golpe cuando, tras abrir, se topó con la inesperada presencia de su hermana.

Savannah tenía una expresión que le mostraba a las claras que se había arrepentido de presentarse en su casa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un tono seco.

—Yo solo he venido porque me dijeron que ya habías abierto tu bufete, pero he pasado por allí y estaba cerrado.

—Es sábado.

—Lo sé.

—Los sábados no trabajo o lo hago desde casa.

—Entiendo.

—En cualquier caso, ¿qué necesitabas con tanta urgencia? ¿Para qué te has pasado por allí?

—El abogado de Dave se ha puesto en contacto conmigo. No estoy muy de acuerdo con la repartición del patrimonio que me ha presentado.

Sienna se apartó de la puerta.

—No entiendo por qué te lo ha enviado a ti. Tendría que haber contactado con tu abogada.

—Supongo que aún no es oficial que lo eres tú.

Savannah la vio fruncir el ceño.

—Pasa —ofreció, sin abandonar el tono seco con que le estaba hablando desde que había llegado.

La hermana mayor escondió una sonrisa. No era mucho, pero Sienna acababa de permitirle el

acceso a su casa. De cualquier forma, la sonrisa se congeló en su rostro cuando vio a Reese despeinado y con la ropa arrugada como si la hubiese estado usando durante mucho tiempo.

—No eres Melinda —comentó él, paseando la mirada de una hermana a otra.

—¿Melinda?

—Creímos que eras ella —explicó Sienna.

—Tengo que irme ya —se despidió Reese—. Come algo, ¿sí? —le pidió, mirándola con fijeza, acto seguido se agachó frente a ella y añadió con un guiño de diversión mientras acariciaba la cabeza de la gatita—: adiós, preciosa.

—Está loca por ti.

Él rio por el comentario.

—Suelo tener ese efecto en las damas. —Entonces recordó algo—. No te olvides de comer algo.

—No creo que pueda.

—Inténtalo. Pasaré a verte más tarde.

—De acuerdo y gracias por lo de anoche y por lo de esta mañana. Por todo en realidad.

—Nos vemos. Adiós, Savannah —Sienna le acompañó a la puerta dejando a su hermana en medio del comedor, confusa y molesta a partes iguales.

Era evidente que entre ellos pasaba algo que la recién llegada no sabía.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Sienna en cuanto Reese se dio la vuelta, ya en el pasillo para despedirse.

—Acabas de hacerlo.

—Hablo en serio.

Él asintió con gesto grave.

—Puedes.

—¿Hay algo entre mi hermana y tú?

—No. No hay nada.

A su favor, Sienna tuvo que reconocer que no titubeó ni un segundo.

—De acuerdo, deja que reformule mi pregunta. ¿Ha habido o hay algo entre mi hermana y tú?

Él se rio y le dio un golpecito afectuoso en la nariz.

—No vayas de abogada conmigo —protestó sin un ápice de molestia en su voz.

—No voy de abogada. Lo soy.

Reese puso los ojos en blanco.

—Lo sé y me has entendido perfectamente. Aun así, la respuesta sigue siendo no. No hay ni ha habido nada entre Savannah y yo, y antes de que lo preguntes, no, tampoco lo habrá en el futuro.

Ella sonrió con picardía.

—Me has calado.

—Es mi trabajo calar a las personas —le guiñó un ojo y se encaminó hasta su apartamento.

—¿Tienes facturas para demostrar lo que has pagado tú? —preguntó Sienna, en plan profesional.

—Las tengo. Así como puedo acreditar los pagos que he recibido por mi trabajo.

—Los necesitaré todos, al igual que los recibos que tengas y los datos de contacto del abogado de Dave. ¿Es de Rockport?

—Sí. No sé si lo recuerdes porque es mayor que tú por un par de años. Se llama Owen Pierce.

—¿Pierce como...?

—Sí, son primos. Creo.

Sienna cabeceó.

—No, no lo recuerdo.

—Es posible que lo hagas cuando le veas.

Sienna se encogió de hombros, consciente de que era probable que sucediera. Había pasado tantos años en Boston que la mitad de los habitantes de Rockport se le habían despintado, sobre todo aquellos a los que solo conocía de vista.

—¿En qué trabajas? —preguntó, tratando de sonar profesional. Después de todo, era cierto que necesitaba conocer los detalles de los ingresos de su cliente para poder exigir una liquidación justa de los bienes gananciales del matrimonio.

—Soy escritora.

—¿De veras? ¿Y qué escribes?

—Novela romántica.

Sienna frunció el ceño, confundida. Era una ávida consumidora del género y en ningún momento se había topado con una novela de Savannah Hale.

—¿Publicas con tu nombre?

—No. Uso un seudónimo.

—¿Cuál?

—Samay Gastrell.

—¿Cómo has dicho?

—Samay Gastrell, ese es el seudónimo que uso cuando escribo.

—Escribes novela histórica —musitó.

—Así es. ¿No me digas que me has leído?

—Lo he hecho, pero solo porque no sabía que eras tú quien se escondía tras el llamativo nombre.

—¿Por lo menos te gustó?

—No estuvo mal del todo.

Savannah estalló en carcajadas, feliz por primera vez desde que se había reencontrado con su hermana.

—Me alegra que te gustara.

—No he dicho...

—¿Puedo preguntarte qué tipo de relación tienes con Reese? —se arriesgó Savannah.

—Por supuesto que puedes. Lo que sucede es que no te voy a contestar.

Capítulo 14

Puede que fuera sábado, pero para Grace era un día de trabajo como cualquier otro, de hecho, era más ajetreado porque siempre lo reservaba para aquellos clientes que no podían visitar casas entre semana, bien porque no podían pedir un permiso en el trabajo, bien porque así podían contar con la compañía que deseaban, como era precisamente el caso. Fuera como fuese, ese día era tan intenso que tenían que ver todos los intereses del cliente en una jornada.

Con esa necesidad, Josephine Kane le había pedido no sin cierta timidez, si podía concertar una cita el sábado para que su hermano pudiera acompañarla en su búsqueda de apartamento. La actitud de la chica, que no tendría más de veinte años y que, según le había confesado a Grace, estaba alquilando su primer piso porque había decidido estudiar en la misma universidad que su hermano mayor, le había parecido tan tierna a Grace que no había protestado porque el dichoso familiar no pudiera acompañarla por la mañana, lo que las había obligado a verse a las cinco, justo la hora en que, habitualmente, daba por finalizada su jornada laboral.

Se encontró con Josephine en la cafetería de Melinda. Grace había quedado antes con ella para mostrarle las fotos de dos apartamentos más que acababan de entrar en su lista de disponibles, de ese modo aprovecharían el tiempo mientras llegaba el otro para poder ir directamente a visitar los que le gustaban.

—Siento mucho molestarte tan tarde, pero su opinión es importante para mí —explicó.

—No te preocupes por eso. En realidad, te envidio, siempre quise tener un hermano mayor —confesó, alguien que la defendiera de los comentarios hirientes de su madre, alguien a quien contarle sus sueños y preocupaciones.

—La verdad es que mi relación con él no es tan estrecha como pueda parecer. Él... es mi medio hermano, ya sabes, misma madre y distinto padre. Cuando sus padres se divorciaron mi madre se mudó, conoció a un hombre, se casó y nació yo. Solo lo veía a en vacaciones, pero siempre fue amable y estuvo pendiente de mí. Creo que la diferencia de edad y la distancia no ayudó a que nuestra relación fuera más estrecha.

—Pero ahora estás aquí.

Josephine asintió.

—Quiero establecer un vínculo fraternal con él. Además, también voy a estudiar derecho, y él es muy buen abogado —dijo como si estuviera orgullosa—, estoy segura de que me vendrá bien tenerlo cerca por si necesito ayuda —sonrió un poco avergonzada.

—¿Sabes? Tengo una amiga que también es abogada. Hasta hace poco trabajaba en un bufete muy importante de Boston, estoy segura de que ella también puede echarte una mano si necesitas

ayuda con la universidad. Estudió en la misma facultad a la que asistirás.

—Gracias, eres muy amable.

—No es nada. Y de corazón espero que las cosas vayan bien con tu hermano.

La sonrisa tímida de Josephine se ensanchó. Grace era una persona que se encariñaba fácilmente con las personas, pero el que la chica fuera tan tierna aceleró el proceso. Después de todo, ella sabía de primera mano lo que era ansiar la complicidad y el compañerismo con alguien.

Salió de sus pensamientos para prestar atención a lo que su joven clienta estaba diciéndole.

—Él es más cercano a su primo porque se criaron juntos, pero, aun así, voy a intentar recuperar el tiempo perdido.

—Estoy segura de que lo lograrás.

No siguieron con el tema porque en ese momento apareció Melinda con sus cafés y dos porciones de tarta, una de chocolate con nueces y otra de zanahoria, que compartieron mientras revisaban las distintas propuestas de Grace.

—Los pasteles son un detalle de Sully —explicó Melinda.

Grace sonrió conmovida.

—Dale las gracias de mi parte.

Su amiga asintió y se marchó de nuevo a ocuparse de la barra.

A pesar de las opciones extra que había llevado, Josephine se mantuvo en su elección anterior y por tanto ese fue el primer apartamento que iban a ver.

La tarde transcurría de maravilla hasta que el esperado hermano de Josephine apareció en el Mel's.

—Hola, Grace. Hace mucho tiempo que no te veía —saludó Owen Pierce.

La castaña se maldijo por no haberle preguntado antes a su clienta por el nombre de su hermano, de haberlo hecho se habría ahorrado la incómoda situación en la que estaban.

—Hola, Owen.

—¿Se conocen?

—Casi todo el mundo en Rockport...

—Es la ex de Jude.

Grace se calló en mitad de la frase. ¿No podía haberse ahorrado la información o pretendía humillarla deliberadamente?

—¿Tu primo? —inquirió Josephine—, ¿no era...? —la muchacha se calló al darse cuenta de la situación y Grace no tuvo las fuerzas para decir nada. Tan solo pudo tratar de acallar lo mucho que necesitaba gritar a Owen, y no solo por la situación que tenían delante, sino porque él era el principal culpable de que Jude se hubiera separado de ella. Fue Owen quien le hizo ver a su primo que estaba perdiendo el tiempo tratando de vivir una vida al lado de Grace, una vida que

no era la que él realmente deseaba, que se debía más a la lástima que le inspiraba su novia que al amor que no sentía por ella.

Y lo peor de toda esa situación resultó que fue el propio Jude el que la puso al corriente de la conversación íntegra, sin omitir detalles que la destrozaron, casi tanto como el que la abandonaran de ese modo.

Durante un tiempo en lugar de sentir rencor por el que había sido su novio, volcó toda la frustración, la humillación y el dolor por la ruptura en Owen, a quien odió como nunca había detestado a nadie. Y ahora, tres años después, cuando todavía seguía reconstruyendo su vida pedazo a pedazo, se topaba con él y con su poco tacto, removiendo en ella cosas que deseaba olvidar.

—Jo, ¿ya has escogido algún apartamento en especial? —estaba preguntándole a su hermana. Se había sentado a la mesa sin siquiera una ínfima partícula de culpabilidad.

Después de todo para él todo estaba bien, se había limitado a apoyar a su primo. No le importaba que con ello se hubiera llevado la vida soñada de Grace.

Decidida a no demostrarle que aún dolía, trató de centrarse en la conversación, no obstante, en su cabeza bullían un montón de pensamientos que la hacían perder la concentración, lo que era el colmo, que ella misma pusiera en tela de juicio frente a Owen su propia profesionalidad.

—¿Nos ponemos en marcha? —preguntó este—, estoy seguro de que Grace solo ha aceptado mostrarnos el apartamento hoy como un favor.

—Trabajo los sábados, aunque no hasta tan tarde —explicó no queriendo que pensara que lo estaba haciendo por él, después de todo ni siquiera sabía que era el hermano al que tanto admiraba Josephine.

—Lo siento, Grace —se disculpó la chica—, seguro que estás deseando llegar a casa con tu esposo.

El comentario no fue malintencionado, pero dolió igual que si lo hubiese sido.

—No estoy casada.

Josephine enrojeció tanto que a la castaña le preocupó haber sonado más brusca de lo que pretendía.

—Lo siento. Yo...

—Está bien. Es lógico que lo pensaras, ya tengo una edad —bromeó.

—Eres más joven que yo —intervino Owen—, y yo tampoco estoy casado. La edad es una gilipollez.

—Eso deberías decírselo a mi madre —trató de bromear.

Owen le sostuvo la mirada más tiempo del necesario, antes de darse la vuelta y encaminarse a la salida.

Capítulo 15

La semana había comenzado mucho mejor de lo que Sienna esperaba. Fuera por curiosidad o por auténtica necesidad, el caso es que su despacho fue visitado por muchas personas. Algunas se limitaban a saludarla y a pedirle su tarjeta de negocios. Después de todo, nunca se sabía cuándo podías necesitar a un abogado. No obstante, y a pesar de lo concurrida que estuvo su oficina, en ningún momento se imaginó que Dave Bailey se atrevería a pasarse por allí.

Como si el destino quisiera burlarse de ella, apareció justamente en el momento en el que Faith salió a comprar algo para el almuerzo, por lo que estaba sola.

—Hola, Sienna. Ha pasado mucho tiempo.

—Nunca es mucho tiempo —respondió a la defensiva.

Dave sonrió con tristeza.

—Lo lamento, pero tenía que venir a verte. Nunca me dejaste disculparme por lo que sucedió.

Aprovechó que bajó la cabeza mientras hablaba para observarle. No había cambiado mucho. Su cabello rubio oscuro no tenía canas y si no fuera por algunas arrugas de expresión seguiría siendo el mismo Dave que ella recordaba: delgado pero fuerte, amable y cercano. Lástima para él que ella no fuese la misma Sienna que había conocido.

—No necesitaba tus disculpas entonces y mucho menos las necesito ahora —le espetó con voz neutra.

—Puede que tú no lo hagas, pero yo sí —la expresión de su rostro mientras la miraba expresaba abierta culpabilidad.

—Entonces ¿es por puro egoísmo? Eso tiene más sentido para mí.

Lo vio apartar la mirada, visiblemente avergonzado.

—No tengo todo el día, Dave —se quejó con la intención de darle a entender que tenía previsto escucharle.

—Siento mucho todo lo que pasó, Sienna. Lamento haber sido un cobarde, siento no haber sido honesto contigo y sobre todas las cosas me odio por haberte lastimado hasta el punto de hacer que te fueras de aquí, de obligarte a que te alejaras de tu familia.

—Esa parte no es culpa tuya. Me alejé por otras razones. Savannah, la gente que chismorreaba sobre nosotros... No me gusta que nadie me vea como víctima y mucho menos que me tengan lástima.

—Siempre fuiste una guerrera. —Había afecto en su voz—. En cualquier caso, quiero que sepas que me arrepiento del modo en el que hice las cosas. No del hecho en sí, porque a pesar de en lo que ha terminado todo, yo realmente quiero a Savannah.

—Eso no es algo que me interese. Por favor, ahórratelo.

—Lo siento.

—Suficientes disculpas por un día, Dave. Si no te importa... tengo trabajo pendiente.

—Sí, por supuesto. Lamento haberte hecho perder el tiempo.

Sienna le miró con el ceño fruncido. ¿No acababa de decir que ya estaba bien de disculpas?

Todavía estaban frente a frente cuando la puerta se abrió. Sienna no apartó la mirada, creyendo que era Faith, que regresaba con la comida, no obstante, un carraspeo masculino la sacó del desafío de miradas que estaba compartiendo con su pronto ex cuñado.

—Hola, Reese —lo saludó con una sonrisa alegre.

La aparición de su vecino borró al instante su mal humor y la incomodidad del reencuentro con Dave. Ella ni siquiera estaba siendo consciente del modo en que la tensión anterior había desaparecido de sus hombros.

—¿Estás ocupada? Puedo volver más tarde —ofreció.

—No, Dave ya se marchaba.

—Es cierto, ya me iba. Hola, Reese.

—Bailey —saludó este, cortante.

A Sienna no se le escapó la tirantez entre los dos hombres, por lo que no pudo dejar de abordar el tema cuando ambos se quedaron solos.

—Llámame intensa, pero si no hay ni ha habido nada entre tú y mi hermana, ¿por qué esa animadversión clara entre tú y mi futuro ex cuñado?

—No me gustan las personas que mienten y traicionan.

—¿Te refieres a lo que pasó conmigo?, ¿o hay algo más que no sepa?

La idea de que Dave hubiese engañado también a su hermana pasó como un cometa por su cabeza: rápido, brillante y dejando a su paso un reguero de problemas en los que no había pensado siquiera.

Después de todo, Savannah no le había dado el motivo por el que habían decidido divorciarse. No era que eso le importara, la breve justificación de incompatibilidad era más que suficiente. No obstante, el comentario de Reese había abierto una incógnita en la que no había reparado antes.

—Lo que te hicieron es más que suficiente para que no me agraden. Se supone que las personas que te quieren no te lastiman.

—No, no lo hacen.

Inexplicablemente, Sienna se sintió tranquila con la respuesta. Puede que su relación con su hermana fuera complicada, pero, aun así, no le deseaba ningún mal.

—Hablas en plural —comentó al darse cuenta del detalle.

Reese no lo negó, aunque tampoco dio explicaciones al respecto.

De repente, fue consciente de que el hecho de que no le gustara su hermana por su traición la hizo sentirse un poco mejor de lo que debería, aun así, no la invadió ni un ápice de culpabilidad. Quizás, no era tan buena persona como creía.

Siguieron hablando unos minutos más y fue así como supo que llevaba el uniforme porque estaba de servicio y que tan solo había parado para comerse una de las fabulosas baguettes de Sully, lo que le hizo pasarse por allí para asegurarse de que le estaba yendo bien antes de seguir con su turno.

Continuaban con su charla cuando Faith apareció cargada con bolsas y al verlos hablando se quedó estática en la puerta, como si dudara de entrar. Su rostro reflejaba preocupación, lo que desconcertó a Sienna. Había estado segura de que Reese le caía bien de modo que no comprendía su claro malestar.

—¡Oh! Siento mucho interrumpir. De verdad, no sabía que estarías... ocupada.

De acuerdo, decidió la rubia, esto se estaba volviendo cada vez más extraño. Intercambió una mirada desconcertada con Reese, quien parecía igual de atónito que ella con la actitud de la pelirroja.

—No te preocupes, Faith, ya me iba. He de comer algo antes de regresar a mi turno, solo he pasado a saludar.

—No se lo digas a Mel, por favor.

—¿Decirle qué?

—Que has venido por aquí y que yo he aparecido de improviso.

—Estás muy rara. ¿Te encuentras bien? —Sienna se acercó a su amiga y posó su mano sobre su frente para asegurarse de que no tenía fiebre.

Reese por su parte se limitó a asentir a Faith al tiempo en que le ofrecía un guiño cómplice.

—Nos vemos después —se despidió sin dejar de sonreír.

—¿Vas a explicarme qué sucede? —inquirió Sienna en cuanto se quedaron solas.

—Nada. Solo que tengo hambre y mi cabeza deja de funcionar cuando es así. Ya lo sabes.

La abogada asintió poco convencida de que le estuviera diciendo toda la verdad.

—El comentario sobre Melinda ha sido raro.

—No quiero que se moleste por haber comprado la comida en otra parte.

—¿Y qué tiene que ver eso con Reese? —insistió.

—Estoy hambrienta. ¿Por qué no limpias esa mesa mientras yo voy abriendo los paquetes?

Sienna se rindió, después de todo ella también necesitaba alimentarse.

—Yo también tengo hambre. ¿Qué has traído?

—Comida china.

—¡Buena elección!

Capítulo 16

A pesar de que habían quedado temprano para salir a correr antes de que Melinda tuviera que abrir la cafetería y Sienna el despacho, las dos amigas habían acabado sentadas en el Mel's con una taza de café humeante delante y una variedad demasiado amplia de donas.

—No puedo creer que Dave haya tenido el descaro de ir a verte —comentó Melinda con molestia mientras escogía una dona de chocolate especialmente calórica.

—En parte me alegra que lo hiciera. Encontrármelo por la calle o en algún lugar concurrido por primera vez hubiese sido peor.

La morena la miró consciente de que tenía razón.

—Además, verlo me sirvió para darme cuenta de que lo he superado.

—Por supuesto que lo has superado. ¡Es tu cuñado! —pronunció la última frase en un tono escandalizado que hizo reír a Sienna—. Tengo demasiada buena imaginación —se quejó con una expresión de repugnancia.

Sienna sonrió y le dio un golpecito amable en la cabeza para que dejara de pensar lo que, sin duda, estaba pensando.

—No me refería a él, sino a lo que sucedió. A su deslealtad.

—¿No eres un poco parcial al perdonar a Dave, pero no hacer lo mismo con Savannah?

—Siendo sincera, Dave era el menos importante de los dos. —Se encogió de hombros—. Sí, lo quería, pero no era mi familia. Savannah es mi hermana, imagino que lo que ella hizo me dolió más porque era más allegada a mí de lo que lo era él.

—Supongo que tiene sentido. Después de todo, Dave no era el adecuado para ti.

—Por supuesto que lo tiene. Por cierto...

—¡Oh, no! Estás usando ese tono —se lamentó Melinda.

—¿Qué tono?

—El tono que usas cuando estás a punto de lanzar una bomba.

—Yo no tengo esa clase de tono —se quejó.

—Por supuesto que lo tienes y acabas de usarlo. ¡Suéltalo! Estoy preparada.

Sienna sonrió al ver las expresiones de su amiga. Melinda era una reina del drama fantástica. Estaba segura de que, si se hubiese mudado a Nueva York, sería una de las grandes damas de Broadway.

En cualquier caso, el tema que tenía intención de sacar le iba a dar la razón a su mejor amiga.

—¿Es posible que Savannah tenga un interés romántico en Reese? Por casualidad ¿has visto algo que te haya hecho creerlo?

Durante largos segundos Melinda se mantuvo en silencio, solo observándola con algo

parecido al pánico. Sienna se planteó si le preocupaba que estuviera tratando de tomarle el pelo o si había algo más.

—¡Lo sabía! —estalló finalmente—. Sabía que ibas a soltar una bomba.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No tengo mucha relación con Savannah desde que te marchaste. No sabría decirte nada que tenga que ver con ella, no obstante, sí que puedo afirmar que a Reese no le interesa.

—¡Lo sé!

—¿Lo sabes?

La rubia asintió.

—Sí, le pregunté.

—¿Le preguntaste?

—¿Vas a repetir todas mis palabras?

—¿Voy a...? —se echó a reír al ver la expresión molesta de Sienna—. No. Es solo que me asombra que lo hicieras. No sueles ser tan directa con los hombres.

—Era eso o preguntarle a Savannah. Supongo que me entiendes.

—¿Y por qué la cuestión, en primer lugar?

Sienna aprovechó para contarle las sensaciones que había tenido cada vez que habían estado los tres juntos. El modo en que su hermana se había comportado con él durante la cena con sus padres y lo descolocada que se quedó al verlo en su casa el día que durmió en su sofá.

—Sí que suena sospechoso —concedió Melinda—. Deja que indague un poco a ver qué descubro y te cuento.

—No seas indiscreta.

—Soy camarera, querida. La gente me cuenta su vida sin que me moleste en preguntar. Déjalo todo en mis manos —pidió eligiendo una nueva dona.

—Solo te ruego que no seas muy evidente.

—¿Sabes? Sería una idea maravillosa que comenzaras una relación con Reese. La mejor venganza posible.

Sienna sonrió.

—Eres terrible. Además, no estamos seguras de que Savannah realmente se sienta atraída por Reese, y me conoces como para saber que bajo ningún concepto saldría con un hombre solo para molestarla a ella.

—Es cierto, te conozco. Y no te olvides que tu hermana también tiene ojos, no puede no estar medianamente interesada en semejante hombre.

—Me has entendido perfectamente.

—Lo he hecho, pero sigo pensando que Reese sería perfecto para ti. No sé cómo todavía no le has invitado a cenar —y añadió muy seria—: eres una desagradecida.

Sienna había preparado lasaña para cenar y había hecho una fuente grande con la intención de compartirla con Reese. Después de todo, Melinda tenía razón y no le había agradecido adecuadamente su ayuda. A pesar de que vivía en frente de su casa encontró más apropiado enviarle un mensaje de texto para invitarle que presentarse en su casa sin avisar.

La respuesta le llegó menos de cinco minutos después. En ella le reconocía el detalle y aceptaba, solo si a ella no le importaba cenar en la sala de interrogatorios de la comisaria.

La rubia soltó una carcajada llena de diversión. No había duda de que iba a vivir una nueva experiencia. Como abogada no era la primera vez que pisaba una comisaría, no obstante, sí que sería la primera vez en la que cenaría allí. Sus visitas anteriores se limitaban a ir sacar a su cliente de la cárcel y marcharse por donde había venido.

Respondió al mensaje y se puso manos a la obra de empacar la comida que iba a llevarse. Además de la lasaña preparó una ensalada verde y pan de ajo. Como previsión empaquetó también platos y cubiertos. Estaba segura de que allí debía de haber vasos de plástico y seguramente también algo que beber, por lo que no cogió nada de eso. No era muy adecuado llevar la botella de vino que había comprado para la ocasión, podía guardarla para otro momento más propicio.

Antes de marcharse, le llenó los cuencos de agua y de comida a Hermione.

La comisaria estaba lo bastante cerca como para no ser necesario coger el coche. Solo dos calles de distancia, iba a ser más complicado aparcarlo que llegar hasta allí con sus propios pies. Con esa idea en mente decidió que un paseo no iba a hacerle daño.

Tal y como había previsto, tardó solo unos minutos en plantarse frente a sus puertas. Sin pensarlo más de la cuenta las cruzó y se encontró con que todo estaba tranquilo. Nada que ver con las comisarias de Boston que se había visto obligada a visitar por motivos laborales.

El hombre de la puerta le ofreció una sonrisa amable y le preguntó si deseaba algo. Por su aspecto se dio cuenta que era uno de los más veteranos, ya que aparentaba más de cincuenta. Lo recordaba vagamente de la noche en el Grill.

Correspondiendo a su sonrisa, Sienna le dijo que había ido para ver a Reese y, acto seguido, lo vio descolgar el teléfono y hablar con él.

Un minuto después el jefe salía a recibirla:

—Buenas noches —saludó, quitándole las bolsas de las manos—. Has sido rápida.

—Vivimos cerca.

—Si hubiese sabido que ibas a venir tan cargada no te habría pedido que vinieras. Hubiera tenido paciencia y me habría esperado para comerla mañana.

—Recalentada no está tan buena.

—Lo cierto es que huele de maravilla.

Con amabilidad la escoltó dentro hasta detenerse frente a una puerta cerrada que Sienna supuso que era la famosa sala de interrogatorios. Reese hizo un gesto para que abriera, ya que él tenía las manos ocupadas con las bolsas, y ella correspondió con el silencioso pedido.

La sala era la típica de cualquier comisaria: un espejo grande en frente de la mesa con solo dos sillas; espejo que no era tal, ya que desde el otro lado se veía la sala al completo, y paredes desnudas. En una esquina un dispensador de agua con vasos de plástico encima de él.

Sienna se dispuso a sacar de la bolsa lo que había llevado:

—Huele delicioso —repitió con los ojos brillantes por el hambre.

—No solo huele. Espera a probarlo —comentó con orgullo.

Se sentaron a cenar uno frente al otro y, desde el primer bocado, Reese no dejó de hablar maravillas de la lasaña de Sienna. La velada transcurría relajada, charlando de casi cualquier cosa. De hecho, la abogada aprovechó para informarle de que la cena era una muestra de agradecimiento por toda su ayuda.

—Y no me refiero a lo del viernes. Hablo de tu ayuda con el despacho y de todo lo demás.

—No tendrías que haberte molestado. Lo hice encantado.

—Yo también —siguió contándole—. Las chicas dijeron que debía invitarte a cenar a un restaurante, pero me pareció que tenía más mérito si yo misma cocinaba para ti.

—Totalmente de acuerdo. Si esta es tu forma de agradecer mi ayuda, voy a estar siempre a tu entera disposición —bromeó.

—De hecho, todavía te debo una cena.

Él la miró con una ceja arqueada.

—La noche del viernes —dijo todavía avergonzada por lo sucedido—. Cuidaste de mí.

Reese sonrió e iba a decir que ya le había pagado con los deliciosos panqueques, pero la puerta de la sala se abrió y, de nuevo, entró uno de sus compañeros aparentemente para beber agua.

Desde que habían comenzado a cenar ya habían pasado por allí tres agentes, este era el cuarto. Cuando les había preguntado por qué no usaban el surtidor de fuera alegaron que estaba roto. Una completa mentira ya que el mismo Reese lo había usado esa noche.

—Qué chica tan guapa —dijo el policía que la había recibido al llegar. Era evidente que se había acercado a la sala solo para cotillear, como habían hecho el resto de sus compañeros—. ¿Es tu hermanita? —preguntó de repente dirigiéndose a Reese.

—No somos hermanos —respondió este tajante.

Sienna no entendió el motivo. Si fue por el hecho de que sus compañeros quisieran curiosarse o por la pregunta en sí, el caso es que se mostró cortante. En cualquier caso, a ella no le había parecido tan ofensiva.

—No lo somos —intervino tratando de aligerar el ambiente—. Somos vecinos, nuestros padres están casados y se puede decir que somos amigos. —Intentó ponerle humor a la situación—. Pero nada de eso no convierte en hermanos.

—Supongo que tienes razón. Lo siento.

—No hay problema. ¿Verdad, Reese? —la sonrisa de Sienna era tan tensa como la expresión del jefe de policía.

—Claro que no.

Capítulo 17

Las chicas se habían reunido esa tarde en el Mel's, lo que acaparaba la atención de todos los parroquianos. Por mucho que Sully les lanzara miradas furiosas a los tipos, ninguno parecía tomárselo muy en serio. Después de todo Sully, con sus ojos profundamente azules y su cabello dorado, raramente lograría asustar a nadie. Ni siquiera sus hombros anchos y sus brazos fuertes, de amasar y batir desviaban la atención de su rostro.

Era tan bonito que, durante su adolescencia, antes de que este saliera del armario con sus amigas, Melinda había estado medio enamorada de él. Aunque quién no lo estaba. Sully era perfecto, tanto por fuera como por dentro: dulce, amable y con un toque mordaz muy *sexy* cuando se enfadaba.

—Sully es genial —comentó Faith con ojos soñadores.

Grace la miró con lástima antes de responder.

—Lo siento, no eres su tipo.

—Eres malísima con tu elección de hombres —se rio Melinda.

—Lo que tratan de decir es que Sully es gay —explicó Sienna.

—¡Oh! Supongo que sí que es cierto que soy un desastre con los hombres.

—No lo eres —intervino Grace, pasándole una mano cálida por la espalda para reconfortarla—. Al menos no eres peor que yo.

—¡Grace! —amonestó Melinda.

Ella era la única que estaba al tanto de la baja autoestima de la castaña, y no iba a permitir que siguiera flagelándose por algo que ni siquiera era su culpa.

—Lo soy, Mel. No podemos negar ese hecho.

—¿Lo has vuelto a ver? —preguntó Faith, olvidándose de sus propios problemas.

—¿De qué habla? ¿A quién has visto hace poco? —Melinda estaba decidida a saber qué era lo que tenía a Grace tan decaída durante la última semana.

—El viernes pasado vimos a Jude con su novio en el Grill cuando fuimos al baño.

—¡Mierda! Por eso tardasteis tanto en volver —maldijo Sienna—. ¿Estás bien?

Grace asintió.

—Eso no es lo peor —confesó—. El sábado...

—¿Esto es por Owen? ¿Has estado como una mierda esta semana por él? —Melinda había visto al abogado el sábado cuando se había reunido con Grace y con Josephine, pero no le había dado mayor importancia. Después de todo, Owen solo era el primo de Jude, él no tenía nada que ver con el compromiso fallido entre ambos.

—¿Quién es Owen? —preguntó Faith.

—El primo de Jude. Y no, no es por él. Al menos no lo es del todo.

—¿Fue grosero contigo? —el tono irritado de Sienna no pasó desapercibido para Grace, quien comenzó a sentirse mejor al verse arropada por sus amigas. Hasta el regreso de Sienna solo había contado con Melinda, sin embargo, en esos instantes se sentía afortunada por contar con Sienna, Faith e, incluso, Sully—. Ahora mismo ni siquiera le pongo rostro, pero sé que es el abogado de Dave porque Savannah me lo dijo.

Grace negó con suavidad.

—A parte del poco tacto del que siempre hace gala fue bastante amable. No se trata de eso.

—¿Entonces? —se notaba la tensión que Melinda estaba tratando de retener.

—Fue él quien aconsejó a Jude que me dejara.

Las expresiones de asombro se plasmaron en los distintos rostros que la miraban a la espera de que se explicase.

Con la clara intención de librarse de los pensamientos que durante tanto tiempo le habían hecho daño, se dispuso a relatarles, no solo lo que sabía por boca de Jude, sino también los comentarios hirientes que su madre y sus amigas del club de lectura habían hecho sobre ella.

—Tu madre es una maldita arpía —sentenció Melinda.

—Lo es —secundó Faith—. Ya me cae mal y ni siquiera la conozco.

—No quiero ejercer de abogado del diablo, pero... —se calló al ver los tres pares de ojos fijos en ella—, no iba a defender a tu madre. No hay defensa posible para ella. No obstante, en lo que respecta al tal Owen, aunque no lo conozco, puedo entender lo que hizo.

—Aunque no nos guste, tiene razón —apoyó Melinda con desgana.

No era que tuviera muchas ganas de defenderle, después de todo, consciente o inconscientemente, había lastimado a su amiga, pero la verdad solo tenía un camino.

—No creo que quisiera hacerte daño cuando le dijo a Jude que cortara contigo. Creo que en esos momentos estaba más preocupado porque su primo estuviera negando quién era que preocupándose por cómo te sentirías tú. En mi opinión, no fuiste más que algo así como un daño colateral.

—¿Daño colateral? —preguntó Faith—. Eso suena fatal.

Melinda se encogió de hombros antes de continuar.

—Puede, pero es lo que fue. Si hubiese sido a la inversa, si fueras tú la que iba a casarse con alguien a quien no quisieras, yo también habría tratado de convencerte de que no lo hicieras. Nadie puede ser feliz viviendo una mentira.

—Supongo que tienes razón, pero aún me pone los pelos de punta.

—Como ya he dicho, no le conozco, o eso creo, pero si antes tenía ganas de patearle el trasero, ahora tengo más —comentó Sienna—. No porque lo que hizo estuviera mal, sino porque no te tuvo en cuenta. Como sea, ahora estoy más motivada para sacarle hasta el último céntimo

que le pertenece a Savannah. Ya os contaré, he de reunirme con él en algún momento de la próxima semana.

Las chicas apoyaron el que Sienna quisiera ganarle.

—¿Por qué estáis todas tan serias? —protestó Sully mientras se acercaba a su mesa con una fuente gigante de patatas fritas con distintos tipos de salsa.

—Owen Pierce tiene la culpa —dijo Grace medio en broma medio en serio.

Sully se rio, echando la cabeza para atrás.

—¿No me digas que por fin se te ha declarado?

Las cuatro mujeres le miraron con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa y la impresión.

—¿Qué? —preguntó él tomando asiento junto a Melinda en el banco—. Ese tipo es infinitamente más guapo e interesante que Jude y lo que es mejor, camina por la acerca correcta para ser perfecto para nuestra Grace.

—Me habías asustado, tonto —protestó la aludida.

—¿Por qué? ¿Porque he dicho que le gustas? Supongo que eso responde a mi pregunta y que todavía no te lo ha dicho.

Grace lo miró desconcertada y Sully se encogió de hombros.

—Es cierto. Le gustas desde que eras la novia de su primo. ¿Nadie se había dado cuenta antes de que yo lo dijera?

—¿En qué te basas para decirlo? —investigó Sienna.

—En nada. Él mismo me lo contó.

—Sully, deja de bromear con algo tan serio —protestó Melinda.

—No estoy bromeando, es la verdad. Hará como cuatro años, poco antes de que me mudara a París. Estábamos en la fiesta de aniversario de la alcaldesa Halse, ¿os acordáis de que se acercaban las elecciones y los de su partido organizaron una celebración magnífica para conmemorar sus dos mandatos? —miró alternativamente de Melinda a Grace, ya que ellas eran las únicas de la mesa que estaban en Rockport por aquel entonces.

—Me acuerdo. Fue una noche espectacular.

Como Grace no estaba muy segura de que le fallara la voz solo se limitó a asentir.

—Owen bebió más de la cuenta, fue un escándalo porque él siempre ha sido un tipo serio y formal. Demasiado, si queréis mi opinión.

—Ve al grano —instigó Faith, sonando más brusca de lo habitual.

—El caso es que terminé sentado a su lado en una de las barras que montaron en el parque Franklin. Estaba deprimido porque había decidido marcharme, pero al mismo tiempo era una locura porque después de comprar el billete me quedaría prácticamente sin ahorros y...

—¡Al grano!

Sully le lanzó una mirada fulminante a la pelirroja, pero hizo caso.

—Me lo contó entonces. No estoy seguro de que recuerde siquiera que estuvo conmigo, y mucho menos que me lo hubiera contado, pero así fue.

—¿Por qué nunca nos lo dijiste?

—No me pareció importante. Grace estaba saliendo con Jude.

—¿Y después? —preguntó Grace, todavía asimilando lo que acababan de contarle.

—Después estaba en París y tenía otras preocupaciones.

—¡Oh, dios mío! —le gustaba o le había gustado a Owen, asimiló Grace.

—Es guapo —apuntó Melinda— y tiene un buen trabajo.

Sully asintió.

—Es un gran partido —corroboró el rubio.

—Dejad de decir eso. Es una completa locura.

—Una locura es que dejes pasar la oportunidad —zanjó Sully muy serio—. Os veo luego. He de regresar a mis dominios. ¡Coméoslo todo!

Ninguna volvió a sacar el tema. Después de todo, ¿qué iban a decir?

Por mucho que Grace se había dicho a sí misma que era una locura, la idea de que Owen todavía sintiera algo por ella le aceleraba el pulso más de lo que estaba dispuesta a admitir. De hecho, se había dormido tarde dándole vueltas a lo que Sully les había contado, por lo que cuando un ruido molesto la obligó a abrir los ojos, maldijo las horas de sueño que Owen Pierce le había robado aun sin saberlo.

Buscó en la mesilla de noche su teléfono para silenciarlo y fue entonces cuando se dio cuenta de que no era su alarma, a la que todavía le quedaban quince minutos antes de que sonara, sino que era una llamada de su madre, la única persona que no tenía respeto por el descanso ajeno; decidió que por una vez iba a ser una mala hija y que lo dejaría sonar hasta que su progenitora se cansara de llamar.

Capítulo 18

Sienna había decidido pasar el día entero con su madre, ya que, a pesar de que se había mudado para estar cerca de ella, el trabajo la tenía tan ocupada que apenas podía pasarse a verla unas pocas horas entre semana. Fue por ello por lo que ese sábado, aprovechando que Susan se encontraba recuperada de su última sesión de quimioterapia, organizó una salida de chicas en la que la mimaría y la agasajaría como se merecía.

Su primer destino fue la mejor tienda de ropa de la ciudad. Las dos disfrutaron probándose modelitos y Sienna consintió a su progenitora con los que más le gustaron, café y pastel a media mañana y, para finalizar, un almuerzo especial en el Mel's, en el que Sully demostró porqué había sido uno de los mejores estudiantes de cocina de su promoción. Inicialmente, Sienna había pensado llevarla a un restaurante tailandés, porque su madre adoraba el curri. No obstante, había tenido el mal tino de comentárselo a Melinda mientras el chef andaba cerca y se había opuesto enérgicamente a que hiciera eso; en esos instantes, con el estómago lleno, agradecía no haber querido herir los sentimientos de su amigo y haber aceptado su oferta de cocinar para ellas.

—Jared Sullivan, esta es sin duda, la mejor comida que he probado nunca —halagó Susan sin dejar de sonreír.

—Gracias, señora Mayer.

—Es la verdad. Estoy deseando que abras tu propio restaurante.

—Yo también —dijo él con ojos soñadores.

—Pues yo no —protestó Melinda—, quiero que se quede aquí conmigo un poco más. No tengáis tanta prisa en quitármelo.

Susan rio y abrazó a la que había sido siempre la mejor amiga de su hija y, para más datos, la hija de una de su amiga más cercana. Incluso en la distancia, Melinda se había mantenido al lado de Sienna, visitándola asiduamente y dándole el apoyo que necesitó. Susan siempre se había sentido mal consigo misma por no haber podido hacerlo ella misma. Porque, aunque despreciaba la actitud de su hija mayor, abierta y públicamente, el caso era que esta seguía siendo eso, su hija, y no podía dejarla del todo de lado. Si bien estuvo varios meses casi sin hablarle cuando sucedió el conflicto y Sienna se marchó de casa, finalmente tuvo que terminar aceptando que no podía abandonar a la única hija que le quedaba cerca. ¿Qué clase de madre era si no tenía la capacidad de perdonar los errores de su familia?

—Eres una mujer maravillosa, Mel. Tengo muchas ganas de que encuentres a la persona que sepa hacerte feliz —dijo con afecto.

—Sienna tampoco tiene novio —apuntó la morena, queriendo apartar el foco de atención de su nula vida amorosa. No es que ella no quisiera una pareja, es que la persona elegida por ella no

parecía estar pensar lo mismo.

Susan rio, divertida.

—Es cierto. Sienna también necesita un novio. Los tres lo hacéis —aclaró paseando la mirada por los tres chicos.

—Yo no me opongo a ello —confesó Sully.

Las otras dos se hicieron las desentendidas.

—Espero que lo hayas pasado bien —estaba diciendo Sienna mientras acompañaba a su madre a casa—. Después de todo, has tenido que dejar a Ryan solo para venir conmigo.

—No te preocupes por él. Iba a hacer una barbacoa e invitó a Reese y a Savannah, no ha estado solo.

—¡Oh!

Susan no se dio cuenta de la reacción de su hija menor que, desde ese instante, se quedó en silencio mientras caminaba junto a su madre hacia la entrada de la casa.

Las tres personas que se encontraban en el salón cuando ellas llegaron se quedaron en silencio al verlas. Ryan fue el primero en reaccionar, levantándose para saludarlas y expresar lo guapas y relajadas que se veían después de su paso por el spa. Sin perder la sonrisa besó a ambas en la mejilla y tomó la mano de su esposa para acompañarla hasta el sofá, preocupado porque se hubiera cansado excesivamente.

—Estoy perfectamente. De hecho, me ha gustado eso de dejarme mimar.

—Entonces volveremos a hacer lo mismo otro día —anunció Sienna, no muy segura de si debía unirse al grupo o marcharse a su casa.

De repente tenía la sensación de que estaba de más.

—Eso sería maravilloso.

—En ese caso te prometo que lo repetiremos. Ahora tengo que irme. —Hizo un gesto con la mano a modo de despedida sin dirigirse a nadie en particular.

Se dio la vuelta sin dar opción a nadie a hablar y salió de la casa lo más rápido que pudo sin echar a correr. De repente se sentía tonta y ridícula. Fuera lo que fuese lo que Reese le había dicho sobre su relación con Savannah, no parecía muy creíble cuando habían pasado el día juntos y no había duda de que ambos lo habían disfrutado, dado lo cerca que estaban el uno del otro en el sofá de su madre. No obstante, la peor parte para Sienna fue darse cuenta de que estaba molesta por ello. Objetivamente no había ninguna razón lógica para que estuviera dolida. Tanto Reese como Savannah eran adultos y podían hacer lo que quisieran con su vida. Ninguno de los dos le debía ninguna clase de explicación y era estúpido siquiera que ella la necesitara.

Llevaba varios metros recorridos cuando sintió una mano en su brazo tirar de ella y detener sus pasos. Se dio la vuelta asustada de que alguien estuviera tratando de robarle el bolso, pero en

lugar de un atracador se topó con los ojos azules de Reese, que la observaban con cierta cautela.

—¿Por qué te has ido tan de repente? —preguntó soltándola.

—Estoy cansada. Ha sido un día largo. —Esperaba que su excusa no sonara tan pobre en sus oídos como sonaba en los suyos.

—En ese caso, deja que te lleve a casa. Por lo que veo has venido andando.

—Sí, mi madre se ha empeñado en pasear.

Reese sonrió con afecto.

—Susan cree que está subiendo de peso por lo que ha comenzado a obligar a mi padre a salir a andar todas las tardes. Supongo que hoy has sido la sustituta.

—No está subiendo de peso, son las pastillas.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es cuando toma una decisión.

—En cualquier caso, andar es bueno. No le hará daño y a mí tampoco —dijo, haciendo el amago de marcharse, cuando él volvió a retenerla.

—¿No estabas cansada?

—No está lejos.

—¡Vamos! —No le dio opción a que se negara. Con suma delicadeza posó una mano en su cintura y la instó a caminar. Sienna reprimió un estremecimiento cuando sus dedos rozaron su piel expuesta. La camiseta que llevaba era lo bastante corta como para llegar a ras de sus pantalones de vestir. Tanto que cualquier movimiento podía hacer que esta se subiera.

—Supongo que les habrás avisado que te marchabas —comentó con intención de olvidarse del cálido contacto.

—Lo he hecho.

—¿Y les ha parecido bien que los dejes colgados?

—Mi padre es muy comprensivo y tu madre parecía encantada con que me fuera —se quedó pensativo unos segundos por su propio comentario, para finalmente volver a su expresión habitual.

—¿Y Savannah? ¿Qué le ha parecido a ella?

—No me he fijado en su reacción.

—No, por supuesto que no lo has hecho —su tono estaba impregnado de sarcasmo. Fue una suerte para Sienna que Reese no se hubiese dado cuenta.

Capítulo 19

Esa noche, después de haber estado conduciendo hasta Lynn ida y vuelta e ir de aquí para allá durante todo el día, Sienna estaba tan cansada que cuando llegó a casa no se molestó en cocinar.

De hecho, tenía pensado prepararse un sándwich de pollo cuando llamaron a la puerta de su apartamento. Como si hubiera adivinado quien era, Hermione se levantó de un elegante salto del sofá en el que dormitaba y se arrastró entre las piernas de Sienna como instándola a que se diera prisa.

El corazón de la abogada se aceleró sin motivo, ya que estaba segura de que su inesperado visitante debía de ser su vecino. Más que nada porque él era el único que podía hacer moverse a Hermione con tanta rapidez y porque, si hubiese sido otra persona, el portero se lo habría notificado.

Se recolocó los mechones de cabello que se le habían escapado de la coleta que se había hecho al llegar a casa y abrió la puerta. Tal y como había imaginado, la persona con la que se encontró fue Reese.

—¿Vengo en mal momento? —preguntó al ver su cara de cansancio.

—Para nada. Pasa, por favor.

—Gracias.

Todavía no había cruzado el umbral cuando Hermione ya estaba restregándose contra sus tobillos.

—Hola, preciosa —se agachó para acariciarla. La coqueta pelirroja siguió restregándose contra él cuando Reese centró su atención en su anfitriona.

—Te invitaría a cenar, pero estoy tan cansada que no sé si voy a tener fuerzas para hacerme el sándwich de pollo que tenía en mente.

Él sonrió comprensivo mientras la seguía hasta la cocina.

—¿Quieres una cerveza? —ofreció puesto que era lo máximo para lo que tenía fuerzas.

—No, gracias.

—Te prometo que puedo con una cerveza —bromeó—. No te prometo nada más.

Debió de verla realmente mal porque de repente pasó al otro lado de la barra del desayuno donde ella se encontraba y asiéndola del brazo la llevó hasta las sillas que rodeaban la mesa.

—Te ves fatal, siéntate y yo prepararé algo rico.

—No tienes porqué hacerlo.

—Lo sé. Quiero ser un buen vecino —juguetó.

Al parecer su instinto de policía lo empujaba a cuidar de ella, pensó Sienna con un calorcillo agradable en el estómago. Hacía mucho que nadie se preocupaba por ella y le gustaba la idea de

que fuera Reese quien lo hiciera.

—Sé que debería impedírtelo, pero desde que me fui de casa que echo de menos que alguien cocine para mí.

—En ese caso... permíteme asaltar tu nevera para ver qué puedo preparar.

—Está a tu entera disposición. Puedes usar lo que sea que encuentres en ella —ofreció más que encantada.

Tomándole la palabra abrió los cajones y revisó lo que allí había.

No es que estuviera exactamente vacía, aunque tampoco estaba llena. Sienna había estado más ocupada de lo normal esa semana y ni siquiera había tenido tiempo para salir a hacer la compra, por lo que los productos frescos escaseaban.

—Ahora vuelvo —anunció Reese cerrando la puerta de la nevera—. No te muevas de aquí. Dejaré la puerta del apartamento abierta un segundo.

—Hermione —dijo.

Normalmente su gata era una pasiva, pero cuando él estaba cerca parecía que su poca actividad habitual se multiplicaba exponencialmente a lo cerca que estuviera Reese de ella.

—Me la llevo —anunció agachándose para cogerla en brazos—. No te muevas de ahí —insistió.

—A sus órdenes, jefe.

Lo vio reírse y salir a toda prisa. Regresó cinco minutos después con Hermione todavía en brazos y una enorme bolsa de la compra de la que sacó un cuenco grande de algún tipo de sopa y una variedad interesante de verduras: patatas, espinacas, pimientos, calabacín...

—Caldo de pollo y tortilla de verduras ¿Qué te parece el menú?

Sienna gimió, salivando. Puede que estuviera tan cansada que se hubiera planteado ayunar, sin embargo, eso no significaba que no estuviera hambrienta.

—Suenan de maravilla.

Definitivamente la cena preparada por Reese no solo sonaba y olía bien, además, estaba exquisita. La sopa le supo deliciosa y había calentado el estómago vacío de Sienna, y la tortilla de verduras era sabrosa y rica.

—¿Tienes algún tipo de política sobre asistencia jurídica gratuita? —preguntó este mientras cenaban juntos en la mesa de su cocina.

Hasta el momento habían estado hablando de cosas sin importancia, pero a juzgar por la inesperada seriedad de su rostro, el tema era importante para él.

Fue entonces cuando recordó que Reese había ido hasta su casa por algo, pero que con el lío de la cena ni siquiera le había preguntado al respecto.

Sienna lo miró socarrona. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, no quería que siguiera frunciendo de ese modo el ceño.

—Sí, ¿no puedes pagar un abogado?

—Yo sí, pero alguien que conozco no.

De acuerdo, sí que era algo serio, decidió.

—Sí, además trabajar *pro bono* y colaboro con una ONG, también acepto a algunos clientes que me vienen recomendados y que no pueden pagarme.

—¿Por qué no me sorprende?

—No me des tanto mérito. Casi todos los abogados que conozco han hecho lo mismo al menos una vez.

—No es mi experiencia.

Ella se encogió de hombros. Simplemente no había conocido a las personas correctas.

—¿Quién necesita justicia gratuita?

Reese le contó que había una joven de diecisiete años que necesitaba un cambio de tutela. La conocía porque era una habitual de la comisaría. Al menos una vez a la semana recibían un aviso para que fueran hasta su casa. Su madre tenía problemas con el alcohol y con los hombres, y cuando las cosas no le salían con ellos como ella esperaba pagaba sus borracheras y su frustración en su hija.

A él le preocupaba que las cosas se complicaran y que alguno de los tipos que su madre llevaba a casa terminaran haciéndole daño a la joven. Beth tenía la posibilidad de mudarse con una tía abuela, que estaba dispuesta a recibirla, pero su madre no lo permitía porque eso significaría perder la ayuda económica que recibía.

—Si las cosas están así no creo que un juez se oponga. Más cuando tiene una persona que está dispuesta a hacerse cargo de ella.

—¿Entonces?

—Me ocuparé.

La sonrisa de Reese fue tan asombrosa que el corazón de Sienna se aceleró. El hombre que tenía delante no solo era atractivo e interesante, también era amable, empático y cocinaba de maravilla.

—Gracias.

—Gracias a ti por la cena. De no haber sido por ti me habría ido a la cama con el estómago vacío.

—¿Por qué no te das una ducha mientras yo recojo todo?

—No puedes recoger. ¡Has cocinado!

—Estás agotada. ¡Ve a la ducha!

Sienna no tenía ganas de discutir por lo que obedeció. Se metió en su dormitorio sacó un pijama del armario y entró en el cuarto de baño.

Una vez debajo del chorro de la ducha se dio cuenta que estaba desnuda a solo dos puertas

cerradas de Reese. La idea le calentó las mejillas. ¿Qué narices le estaba sucediendo? Él solo era un buen amigo. Puede que hiciera poco que se conocían, pero se había portado maravillosamente con ella. No podía empezar a divagar sobre el profundo azul de sus ojos o recordar los fornidos músculos de sus brazos y como se habían tensado mientras batía los huevos para la tortilla.

Capítulo 20

Sienna se había dado cuenta de que estaba comenzando a obsesionarse con Reese, tanto que estaba atenta a cada movimiento que escuchaba del apartamento de enfrente. De algún modo se había vuelto sensible al ruido que hacía la puerta de su vecino cuando se abría o se cerraba.

Al igual que su dueña, Hermione también parecía saber cuando el jefe de policía salía o entraba de su casa porque era en esos momentos donde maullaba y rascaba la puerta, como si quisiera llamar su atención.

Ese inesperado interés tenía a Sienna con la cabeza echando humo. No podía negar que siempre le había parecido un tipo atractivo, interesante, amable y *sexy* y... No obstante, eso no justificaba su pasatiempo. Usaba ese término porque obsesión le parecía un poco siniestro y ella no se consideraba una acosadora sino alguien... ¿curiosa?

Todo había cambiado desde el día que cocinó para ella. De algún modo fue extraño y morboso que él estuviera en su cocina mientras ella se encontraba desnuda en la ducha.

Fuere como fuese, desde ese instante se encontró a sí misma mirando por todas partes por si se encontraba con él de un modo casual. La suerte, en este caso la mala, hizo que ni siquiera se cruzara con él en el ascensor o el rellano.

La idea de sacar la basura cuando le escuchara frente a su apartamento la tentó, pero por su propia salud mental optó por descartarla. Una cosa era fantasear, donde no hacía daño a nadie, y algo muy distinto era llevar sus pensamientos a la acción.

—Creo que me pasa algo con Reese —comentó esa tarde después de trabajar cuando se juntó con sus amigas para ayudar a Melinda a hacer una buena limpieza de armario.

Inicialmente habían quedado solo ellas dos, pero al final se reunieron las cuatro y habían hecho una fiesta a lo *Sexo en Nueva York*, con *champagne* y carteles de *Take* y *Toss*.

Después de haber formado dos buenos montones de para guardar y para beneficencia, Melinda se probó su as en la manga: un vestido negro de tirantes, ceñido al cuerpo y largo medio con una abertura hasta un poco más arriba de la rodilla.

Tanto Faith como Grace se quedaron con el cartelito de *Take* en la mano, inmóviles y mirándola para que se explicara.

—Eso, que me pasa algo.

—Algo no es nada —protestó Melinda subiéndose el vestido para moverse mejor y haciéndose sitio en la cama junto a ellas.

—Ahora mismo no tengo una respuesta mejor. Tengo pensamientos...

Grace se aclaró la garganta, pero no dijo nada.

—Algo como ¿algo bueno o algo malo? —inquirió esta, evitando la pregunta que en realidad

pasaba por su mente.

—Algo bueno, supongo. Me pone nerviosa, pero a la vez... ¿contenta?

—¿Seguro que no buscas otra palabra que también empieza por c?

—¡Melinda! —protestó Faith riendo.

Sienna la miró mal, pero ni afirmó ni negó nada.

—El sábado como que me cabreó que estuviera con mi hermana, pero después me preparó a la cena y me mandó a la ducha y...

—Espera, ¿qué? —Melinda quería más detalles y, por el modo en que la miraban las otras, también los esperaban.

—El sábado pasé el día con mi madre así que Ryan invitó a Reese y a Savannah a comer. Cuando llegamos mi madre y yo, seguían allí y ellos... estaban sentados más juntos de lo necesario.

—¿Cómo de objetivo es ese comentario? —en esa ocasión fue Grace quien tomó la iniciativa de interrogarla.

Melinda le levantó el pulgar para hacerle saber que le había gustado la pregunta.

—He dicho que me pasa algo, no que esté obsesionada y no sea capaz de discernir lo que sucede a mi alrededor.

—Nadie cree que estés obsesionada —trató de apaciguarla Faith—, solo queremos ayudarte a descubrir qué significa ese «algo».

—A mí me interesa más la parte de la ducha —anunció Melinda.

Su amiga la miró mal, pero respondió igualmente.

—No sé, creo que es posible que me guste un poco.

La morena disimuló una sonrisa y Grace le guiñó el ojo sin que Sienna ni Faith la vieran.

—¿Y cuál es el problema si te gusta? Está soltero y tú también —apuntó Melinda muy seria.

—El problema es que no estoy segura de que sea eso. Tal vez me cae bien y solo estoy confundiendo las cosas o peor...

—¿Peor? —Grace no era capaz de adivinar por dónde discurrían los pensamientos de su amiga.

—Y si solo me gusta porque tengo la sospecha de que Sienna está enamorada de él. Y si no es más que una treta de mi subconsciente para que me venga por lo que pasó o si, ya sabéis... es solo un encaprichamiento sexual.

—¡Madre mía! Qué pensamientos más retorcidos tienes —se rio Melinda—. Lo que has dicho es lo más absurdo que he escuchado nunca.

—Tú no eres así —la defendió Faith.

—Entonces ¿me gusta?

—Es posible. Pero si no estás segura hay una manera inequívoca de asegurarte de ello —dejó

caer Melinda sin llegar a dar la respuesta completa.

—No te hagas la interesante y di cuál es. —Sienna no tenía mucha paciencia en ese momento.

Estaba siendo bastante vergonzoso hablar de sus sentimientos frente a sus amigas. Después de todo, no llevaba tiempo suficiente en Rockport como para haber caído ya bajo los encantos de su jefe de policía. ¡Si apenas le conocía! Con todo lo que estaba sucediendo con su madre debería estar centrada en eso y no tan pendiente de un hombre al que prácticamente acababan de presentarle.

—¡Bésale! Si lo disfrutas es que te gusta. Además, con ello puedes descartar el encaprichamiento sexual.

—No es una mala idea —secundó Faith.

—Perfecto, pero ¿habéis reparado en el pequeño detalle de que, tal vez, yo no le guste a él?

—¿Por qué no ibas a gustarle? Eres muy guapa e inteligente.

—Gracias, Grace, pero eso no me asegura nada.

—Arriésgate —la instó Melinda—, si quieres te puedo prestar este vestido. ¿Todas habéis mostrado el *Take*? Porque me da igual si no lo habéis hecho. ¡Me lo quedo!

Las otras dos asintieron mientras Sienna seguía perdida en sus pensamientos.

—El vestido es genial, pero no creo que sea mágico, o le gusta o no le gusta —apuntó Faith ganándose una mala mirada de Grace y de Melinda—. ¿Qué? Es mi amiga, no quiero que haga el ridículo.

—Gracias, Faith.

—Quiero decir que antes de lanzarte deberías... no sé, seducirle, coquetear... No has sido más que amistosa con él. No hay muchas posibilidades de que Reese haya podido pensar que te gusta porque nunca lo has tratado como algo más que un buen amigo.

Grace miró a Melinda asintiendo.

—Ahí tiene algo de razón. Deberías darle alguna pista para ver cómo reacciona a tus avances. Si te sigue el juego es que él también siente algo...

—¿Y darle celos? Eso siempre funciona en las películas.

—Faith, estás comenzando a desfasar, la idea anterior tenía más sentido —se quejó la morena.

—¿Y qué pasa si es verdad y a Savannah también le gusta?

—Si él no siente nada por ella, hay poco que puedas hacer tú —Grace parecía ser la única que comprendía que, a pesar de lo que había sucedido entre ella y su hermana, Sienna no deseaba hacerle daño. Al menos no de un modo consciente.

—A ella no le importó acostarse con tu novio, no seas tonta y vive tu vida. —Melinda todavía le guardaba rencor a la hermana de su mejor amiga. Quizás, porque había sido ella la que

se encargó de apoyar a Sienna cuando todo pasó. La que la vio destrozada y sintiéndose traicionada.

—Supongo que tienes razón —concedió sin estar muy convencida.

—¿Eso significa que comienza el plan acoso y derribo? —preguntó Melinda con un brillo diabólico en la mirada.

—Ahora sí que tengo miedo —bromeó la rubia—. Mucho miedo.

Las otras dos se guardaron sus opiniones no queriendo enfadar a la morena.

Capítulo 21

Grace no estaba segura de si debía estar agradecida por su destino o lamentarse por él. Fuere como fuese, su suerte había cambiado. Si bien a pesar de vivir en la misma ciudad había pasado mucho tiempo sin que se topara casualmente con Owen Pierce, desde que Sully le había contado la loca historia sobre su borrachera compartida, parecía que la vida se había empeñado en ponérselo delante, por lo que se lo encontraba en todas partes. La primera vez había sido en la librería a la que Grace solía acudir casi cada semana para abastecerse de libros que leer en sus ratos libres. La segunda ocasión en que habían coincidido había sido en el gimnasio, ese al que Grace iba un par de veces al mes y solo para engañar un poco a su conciencia. La tercera, y en la que se encontraba en esos momentos, era el supermercado a solo dos calles de su casa, un lugar que visitaba casi cada día y en el que nunca antes lo había visto. Grace se encontraba concentrada mirando los tipos de té y, tras notar que alguien más alto que ella se situaba a su espalda, se había dado la vuelta con incomodidad para toparse con los acerados ojos de Owen.

—Hola, Grace. ¡Qué agradable sorpresa!

—Owen.

Ella no sabía qué más decir. De hecho, estaba segura de que se había sonrojado. Aun así, no estaba dispuesta a marcharse sin elegir un té que sustituyera de una vez por todas su adicción al café. Después de todo, era más sano ¿no?

—Si estás indecisa te recomiendo el té matcha. Es ideal con leche de soja.

La sorpresa de que le hablara con tanta amabilidad hizo que casi tirara la caja que había cogido para disimular que estaba ocupada leyendo el modo de empleo.

—No lo he probado nunca —respondió con sinceridad.

—Pues deberías. Tiene muchas propiedades beneficiosas para el organismo.

Un momento, se dijo Grace, ¿estaba tratando de comenzar una conversación con ella? Eso era nuevo, y sin duda, interesante. Normalmente la evitaba o era brutalmente sincero, lo que casi era peor que lo anterior.

—Pero por lo que veo no va en sobrecito. De hecho, ni siquiera son hierbas para la tetera.

Él rio y su risa fue ronca y sexy. La castaña nunca había creído lo que leía en las novelas, que una risa podía ser sexy y poner la piel de gallina a alguien solo por escucharla.

—Perdona. No me reía de ti. ¡Lo prometo!

—Debo parecerme una ignorante —comentó sonrojada—, lo cierto es que lo mío es el café. Es solo que... lo estoy dejando.

—¿Y cómo lo llevas?

—Siendo sincera, no muy bien, aunque estoy segura de que ya te has dado cuenta.

Owen le ofreció una sonrisa amable antes de inclinarse hacia el estante y coger una caja del té del que hablaban. Después miró el carro vacío de Grace y se decidió.

—¡Vamos! —él mismo llevaba una cesta que estaba prácticamente vacía, aunque al menos llevaba algo.

—¿A dónde? —preguntó confusa.

—Vivo a dos calles. Deja que te muestre los placeres del té matcha. Te enseñaré a prepararlo y el café pasará a la historia.

—No tienes por que molestarte.

—No es una molestia. A no ser que tengas algo importante que hacer o comprar.

—He venido por el té —mintió. No es que no tuviera en mente pasarse por el pasillo de las infusiones, la mentira consistía en que este no iba a ser la compra principal que la había llevado hasta allí.

—En ese caso, vamos a la caja. En mi casa tengo todo lo que necesitamos para prepararlo.

Grace asintió y se preguntó si estaba bien de la cabeza. Tan solo unos días antes había odiado a ese tipo con todas sus fuerzas y ahora estaba dispuesta a ir a su casa y comportarse con él como si fueran los mejores amigos.

Sin duda no estaba en sus cabales. ¿La presión de su madre y sus malas experiencias románticas la habían convertido en una persona ridícula que se derretía con un poco de amabilidad?

—¿Va todo bien?

—Sí. Todo perfecto.

Owen sonrió sin creerla.

—¿Qué?

—No has dejado de fruncir el ceño desde que hemos comenzado a hablar.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, has de reconocer que es un poco raro.

—¿Raro?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo y nunca hemos sido muy cercanos. Es raro siquiera que me hables.

—En el pasado no quería encariñarme contigo, por eso te evitaba.

—¿Disculpa? —preguntó, deteniéndose en medio del pasillo del supermercado por el que caminaban directos a la caja.

—Sabía lo que Jude realmente sentía por ti. Si me hubiera permitido ser tu amigo no lo habría soportado. Puede que no lo creas, pero tengo conciencia —explicó muy serio.

—Sé que fuiste tú quien le dijo a Jude que me dejara.

—Fue lo mejor que pudo pasarte. Te mereces un matrimonio con alguien que te quiera por

quien eres, no porque le sirves para ocultar lo que realmente el otro es.

Ahí estaba, pensó Grace, el Owen directo y sin filtros. El que decía lo que pensaba sin detenerse a valorar si lastimaba a alguien al hacerlo. Exactamente el tipo de persona que ella detestaba y, al mismo tiempo que lo hacía, no podía evitar pensar que Owen era mejor que Jude; que cualquier persona que fuera sincera con sus sentimientos era mejor que su exnovio, que había estado engañándola solo porque tenía miedo de decirle a su padre quién era en realidad.

Que era mejor que la persona que la había lanzado a los leones y se había lavado las manos después.

—Puede que tengas razón. En realidad, sé que la tienes, pero eso no significa que lo que hiciste no me destrozara.

Owen cambió su expresión de inescrutable a molesta.

—Yo no te hice nada, fue Jude quien estuvo engañándote durante años.

No podía rebatirle eso y tampoco quería hacerlo. Que se hubieran detenido en medio del pasillo estaba captando la atención de otras personas que, sin duda, sabían sobre su pasado compartido y estarían especulando sobre lo que los había llevado a discutir en supermercado lleno de gente.

—¡No, por favor, otra vez no! —musitó Grace completamente tensa.

Como si su comentario lo hubiese sacado de su estupor, Owen miró a su alrededor y comprendió lo que sucedía.

Sorprendiendo a unos y a otra, soltó con mucha convicción:

—Vamos, querida, vayamos a casa para que pueda prepararte el té que te prometí —y asió la mano de Grace con firmeza.

Consciente de que no iba a poder llevar su cesta, el carro de la compra de Grace y a la propia Grace, hizo lo más fácil, puso la cesta dentro del carro y arrastró a la castaña sin soltar su mano.

—Creo que esto quizás es un poco peor a que nos estuvieran mirando por discutir tan públicamente —musitó ella sin soltarse.

—No estoy de acuerdo contigo.

—Volveré a ser el hazmerreír cuando sepan que ni siquiera estamos saliendo.

—Entonces saldremos —zanjó él, como si su comentario no tuviera la mayor importancia.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado. Desde este instante considérame tu novio —y añadió muy serio —: siéntete libre de informar a tu madre.

Grace abrió la boca para hablar, pero ni siquiera sabía qué decir, por lo que la volvió a cerrar mientras trataba de ordenar en su cabeza lo que acababa de suceder.

Capítulo 22

Sienna no tenía muy claro cómo coquetear con Reese. No era que no supiera coquetear con un hombre, era más bien que las siguientes ocasiones en las que estuvo cerca de él, después de que sus amigas le aconsejaran que lo hiciera, fueron en casa de sus padres, donde no parecía el lugar más adecuado para hacerlo, o en el Mel's, rodeados de sus amigos. Ninguna de esas ocasiones era propicia para hacer algo que de algún modo iba a cambiar la dinámica que su relación había seguido hasta el momento.

Tal vez era la hora de seguir los consejos de sus entrometidas amigas y, usando la excusa del agradecimiento por toda la ayuda que le había brindado, invitarle a cenar a un restaurante. Sería una cita sin que él fuera consciente de ello.

Una vez que estuviesen a solas, podía hacer su movimiento y tratar de demostrarle, con sutilezas, que estaba interesada en algo más allá de su amistad.

—Hermione —llamó a la gata, que dormitada pegada a su cadera—. ¿Crees que voy a hacer el ridículo?

El animal no movió un solo músculo y Sienna rio por su propia estupidez.

¿De verdad estaba tan mal que esperaba que su gata hiciera algún movimiento que la animara a actuar?

El timbre de la puerta la hizo dar un salto en el sofá en el que estaba sentada, molestando con ello al animal, quien se estiró con pereza y comenzó a acicalarse sin molestarse en mirarla.

—No es Reese ¿verdad? Si fuera él estarías lloriqueando para que abriera la puerta —comentó muy convencida.

La pelirroja la miró unos segundos antes de continuar con su limpieza.

Sintiéndose ignorada, se dirigió hacia la puerta cuando notó un roce en sus tobillos y al bajar la mirada se topó con el interés de la gata.

—Así que sí que es él —musito para sí misma.

Estaba tan nerviosa que cuando le abrió no se le ocurrió nada más que decir que un saludo ridículo:

—Hola, Reese, ¿sucede algo?

—Nada. ¿Tiene que ocurrir algo malo para que pase a ver a mis preciosas vecinas? —preguntó agachándose para saludar a una impaciente Hermione.

—Por supuesto que no. Pasa, por favor.

Reese acabó de entrar y siguió a Sienna al comedor sin soltar a una más que encantada gatita.

—He venido porque quería invitarte a cenar el sábado, si estás libre —y añadió—: quería agradecerte todo el interés que te has tomado en el caso de Bethany. Estoy seguro de que el juez

va a fallar a favor de la emancipación.

—No tienes que agradecerme nada. Es una muchacha encantadora, lo hago con mucho gusto.

—Lo sé, pero, aun así, quiero invitarte. Además, me apetece cenar contigo y el sábado tengo el día libre por lo que si a ti te viene bien para mí es perfecto.

¿Eso era un coqueteo de su parte? Se preguntó Sienna, nerviosa; ¿o simplemente estaba tratando de ser amable y agradecido como había dicho?

—Me encantaría cenar contigo.

—Estupendo. En ese caso concertamos el viernes.

—Genial.

—No hagas planes —le advirtió con una sonrisa encantadora—. Te prometo comida deliciosa y una compañía interesante —bromeó.

—Suená bien.

—De verdad espero que esto sea una emergencia —se quejó Faith al tiempo que entraba en el despacho que la dueña tenía en el Mel's—. Hoy he hecho más kilómetros que nunca. Podrías haberlo pensado antes de que regresara a casa después del trabajo.

—Deberías mudarte a Rockport —aconsejó Melinda—. Grace estará encantada de encontrarte un lugar.

—Por supuesto que sí y hablando de emergencias, creo que me he metido en un lío.

—¡Espera! —protestó Sienna—. He sido yo la que ha convocado al equipo de emergencias. Después te toca a ti.

—De acuerdo, pero que alguna diga algo ya, por dios —la paciencia no era una virtud de la que Melinda pudiera jactarse.

—Reese me ha invitado a cenar el sábado.

—Eso es maravilloso —aplaudió la pelirroja.

—Ahora tú —pidió Melinda señalando a Grace.

—El otro día tuve un encuentro con Owen en el supermercado y ahora todo el mundo cree que somos pareja. —Hizo una pausa dramática antes de seguir—. Tengo la sensación de que lo cree incluso él mismo.

Un sonido de sorpresa colectivo se impuso en el despacho.

—De acuerdo —comenzó Sienna—. Tengo que concedértelo. Has ganado, así que empiezas tú.

—Gracias.

—No sé ¿es raro que haya comenzado a enviarme mensajes? ¿Y que esta mañana haya pasado por mi oficina con una taza de té y un croissant?

—¿Té? —preguntó Melinda.

—Le dije que estaba dejando el café.

—Si tenías alguna duda de que le gustabas ya puedes deshacerte de ella —zanjó Faith muy seria.

—Sería bueno que comenzaras por el principio —Sienna se convirtió en la voz del sentido común.

Grace comenzó a relatar cómo, después de su conversación con Sully, se había dedicado a verlo por todas partes y cómo cuando se encontraron en el supermercado terminaron hablando y medio discutiendo en el pasillo de los lácteos.

Para evitar que la gente volviera a hablar de ella, Owen había actuado como si fuesen pareja e, incluso, le había dicho que informara a su madre. Después de eso la había llevado a su casa y, tal y como había prometido, le enseñó a preparar té matcha.

Tras eso había comenzado a enviarle mensajes y a tener detalles con ella, como enviarle un set para preparar el té, y Grace estaba tan confundida que no sabía si lo que pretendía era protegerla de las habladurías o en realidad se trataba de algo más personal.

Después de soltar todas sus dudas y preocupaciones esperó a que sus amigas le dieran su opinión sobre lo que debía hacer.

—No va a servir de nada, ¿lo sabes? —comentó Sienna—. Sea lo que sea que te digamos, nosotras no somos él, por lo que no sabemos qué es lo que piensa... Lo conocí el otro día cuando nos reunimos por el divorcio de nuestros clientes y me parece una persona madura y centrada. No creo que esté jugando, aunque lo mejor es ir directamente a él y preguntárselo.

—Tiene razón —apoyó Melinda—, deberías preguntarle directamente por qué se está comportando como lo hace.

—¿Y cómo se supone que lo haga? ¿Le lanzo la pregunta a bocajarro? Sabéis que no voy a atreverme a algo así.

—Llévale el desayuno a su despacho, tal y como él ha hecho contigo, y en ese momento no solo valora su reacción, también plantéale directamente la pregunta —Sienna parecía mucho más valiente que ella.

—¿Y si solo hago el ridículo?

—No te olvides de lo que dijo Sully —le recordó Faith—. Le gustas. No hay ridículo que valga si está enamorado de ti.

—¿Y si ya lo ha superado?

—¿Y si no lo ha hecho? —rebatí Melinda—. No lo sabrás si no le preguntas.

Grace suspiró y asintió con vehemencia.

—De acuerdo, lo haré. Le llevaré el desayuno y le preguntaré qué espera de nosotros.

—¡Listo! —zanjó Melinda—, siguiente asunto de la noche.

—¿Qué me pongo para salir con Reese? ¿Me arreglo mucho o poco? ¿Le pido que me recoja

o le espero en el restaurante?

—Vivís en la misma planta —se quejó Grace—. Lo lógico es que vaya a recogerte y a dejarte.

—De acuerdo, ¿tonto discretamente o me lanzo a por él?

—Ni una cosa ni otra —protestó Faith—. Que se dé cuenta, pero sin llegar a asustarlo.

La rubia estuvo de acuerdo con la respuesta.

—Y lo más importante ¿le beso cuando me deje en casa o espero a que lo haga él?

La respuesta de sus amigas fue la misma y al unísono:

—Bésale tú.

Capítulo 23

Esa mañana la oficina estaba más tranquila de lo habitual por lo que, cuando la puerta se abrió, tanto Faith como Sienna levantaron a toda prisa la cabeza de sus quehaceres, ansiosas por recibir un nuevo cliente.

—Buenos días —saludó un tipo alto, musculoso y con el cabello negro y largo recogido en una coleta.

Sus ojos color miel parecían amables e incluso un poco incómodos.

—Hola —saludó Sienna levantándose para recibirle.

—Soy Jace Allen —comentó con amabilidad—. Acabo de mudarme justo en frente de vosotras —se presentó. Y si antes les había parecido guapo, ahora era espectacular.

Tenía esa clase de sonrisas que convertían a un tipo atractivo en uno irresistible.

—Encantada, Jace, soy Sienna y, como pone en la puerta, soy abogada. —Estrechó su mano—. Ella es Faith, mi secretaria.

Le ofreció su mano a la pelirroja, quien no pudo evitar preguntar:

—¿A qué te dedicas tú?

—Soy fisioterapeuta y estoy abriendo una clínica. —Señaló hacia el edificio frente a ellas.

—Interesante. Y ¿qué te trae por Rockport? Tú no eres de por aquí, ¿verdad? —siguió Faith, decidida a descubrir sus secretos.

—No, nací en Pensilvania, pero lo cierto es que ni siquiera recuerdo haber vivido allí. Mi padre era militar por lo que nos mudábamos constantemente. No creo que haya un lugar en concreto al que pueda identificar como hogar. Y estoy aquí porque Reese me lo recomendó como un sitio tranquilo y agradable para vivir. —Se encogió de hombros—. Ahora mismo es lo que estoy buscando.

Faith iba a preguntarle algo, pero Sienna se le adelantó. Al parecer la mención del moreno captó su interés.

—¿Eres amigo de Reese?

—No, en realidad es amigo de mi padre. Estuvo bajo sus órdenes en el ejército.

—Entiendo.

—Para él Reese es como otro hijo, así que podría considerarlo un hermano adoptivo —rio.

—¿Dónde vivías antes de mudarte a Rockport? —la pelirroja preguntó con una expresión cavilosa.

—Boston y antes de eso, Nueva York.

—Quizás es por eso por lo que tu cara me resulta familiar. Nosotras también venimos de Boston, aunque esta es la ciudad natal de Sienna.

La rubia notó cómo Jace se tensaba.

—Es posible que nos hayamos visto por Boston —sonrió, pero esa sonrisa no era tan sincera como las anteriores, parecía forzada—, o tal vez me viste en la prensa. Antes trabajaba con atletas famosos o con famosos en general.

—¡Oh! —La desilusión y algo más se plasmó en la cara de Faith captando de inmediato el interés de Jace.

—¿Sucede algo?

—Supongo que el que me suenes es por Ansel.

—¿Ansel? ¿Ansel Bramson?

La vio asentir.

—Fue mi paciente hace un tiempo, cuando se lesionó el codo de lanzar.

—Fue mi novio.

—¡Oh! —Fue el momento de Jace para asombrarse—. No sé qué decir al respecto.

—No digas nada. Fui yo quien lo dejó. No estaba funcionando.

—Sí, te entiendo mejor de lo que crees.

Sienna los observaba hablar en silencio. Daba la sensación de que los dos habían conectado de inmediato y, aun así, Jace parecía demasiado renuente a dejarse ver por completo. Era como si se debatiera entre ser amistoso o ser precavido.

—Jace Allen, ¿has comido? —preguntó sorprendiendo a Faith por su ataque directo.

Él sonrió.

—No, todavía no.

—En ese caso deja que te invitemos a disfrutar de los mejores bocadillos que has probado nunca.

Parecía incrédulo, por lo que Sienna continuó.

—Los hace un graduado de la prestigiosa escuela *Le Cordon Bleu* de París y él mismo amasa y hornea las baguettes con las que los prepara.

—Eso está comenzando a sonar mejor —concedió—. Pero tenéis que dejar que os invite, ya que me hacéis el favor de mostrarme tan tentador plato.

—Estoy dentro —anunció Faith sin protestar y logrando que tanto Sienna como Jace se echaran a reír.

—Jace es guapísimo —comentó Faith mirándole mientras este hablaba con Reese, con quien se habían topado en el Mel's.

—No tienes nada que hacer con él. Así que olvídalo —apuntó Sully sin mucho tacto, ganándose que tanto Melinda como Sienna le lanzaran una mirada fulminante.

Al ver la reacción de estas levantó las manos mostrando las palmas.

—Solo lo digo porque es gay —se defendió—. Faith es preciosa y podría conseguir a cualquier tipo, siempre y cuando tenga interés en las vaginas.

—¿Disculpa? —la pelirroja estaba casi convencida de que había escuchado mal.

Sully la entendió sin necesidad de decir más porque respondió muy serio.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes? —había asombro e incredulidad en la voz de Melinda.

—Mi *gaydar* ha comenzado a sonar sin descanso desde el momento en el que ha puesto un pie en el Mel's.

—Si ni siquiera has hablado con él —no es que fuera increíble, era que Faith lo encontraba desconcertante.

—No me hace falta hablar con él para saberlo.

Sully vio cómo sus amigas se callaban de golpe e imaginó el motivo.

Estuvo seguro de ello cuando una voz desconocida a su espalda habló. Se dio la vuelta para encararlo.

—Hola, me han dicho que si quiero comer algo bueno debo pedírtelo a ti.

Reese, a su lado, parecía divertido por el modo en que su amigo se estaba presentando.

—Así es —extendió su mano que el recién llegado estrecho—. Soy Jared Sullivan, pero todos me llaman Sully.

—Un placer, Jared, soy Jace Allen.

Tras eso, Faith decidió que no iba a atreverse nunca más a poner en duda el famoso *gaydar* de Sully, era más que evidente que era infalible.

Reese también se lanzó al recordarle a Sienna que no hiciera planes para el dentro de dos días porque tenían una cita para cenar.

Las chicas compartieron una mirada y una sonrisa cómplice que decía más que las palabras que, en ese momento, no podían pronunciar.

Capítulo 24

Grace había decidido ser valiente, por lo que esa mañana se levantó un poco más temprano para tener tiempo de organizarse la mañana y poder pasarse por el Mel's, en cuanto abrieran para llevarse un par de los deliciosos pasteles de nata de Sully y dos té sin tener que mover sus citas previas. Por suerte ese día tendría ayuda en el despacho, por lo que podía ausentarse un par de horas.

La noche anterior tuvo que hacer trabajo de investigación porque ni siquiera sabía dónde estaba ubicada Owen su oficina. Detalle que no decía mucho a favor de una prestigiosa agente inmobiliaria como ella. Como fuera, en esos momentos tenía cada paso detallado y solo debía seguirlos.

Más nerviosa de lo que quería reconocer entró en el Mel's. Por suerte había muy poca gente. Una mesa ocupada al fondo y Oliver Reed, que estaba sentado en la barra hablando con Melinda con la sonrisa más amplia que Grace le había visto nunca. Sully salió de la cocina en cuanto la vio.

—Justo a tiempo —informó sonriente—. Acabo de sacar los pasteles del horno.

—¿Cómo sabías...?

—Me lo comentó Faith. Te esperaba ayer, pero supongo que hoy también es un buen día. Si tienes suerte, tendrás el fin de semana ocupado —bromeó con picardía.

—¿Gracias?

—De nada. Te he preparado *Mushipan* de Matcha. —Sonrió con orgullo—. Estoy seguro de que lo vas a sorprender.

—Gracias —dijo con sinceridad. Era evidente que su amiga le había contado hasta el más mínimo detalle.

Melinda se alejó de Oliver para preparar lo que parecían dos té verdes. Grace estaba completamente alucinada, ni siquiera había tenido que decirles lo que quería y sus amigos ya se lo estaban preparando. En menos de cinco minutos tenía un paquete cuidadosamente preparado con los pasteles y una cestita de papel con las bebidas.

Iba a sacar la cartera para pagar las consumiciones cuando Sully le lanzó una mala mirada:

—Ni se te ocurra. Es mi pequeña contribución a tu próxima felicidad —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo—. Solo vuelve para decirme lo buenísimos que estaban. Es mi primera vez con este tipo de dulces.

—Digo lo mismo —corroboró Melinda—, pero a cambio tienes que contárnoslo todo con detalles.

—Como si no lo hiciera siempre —se rio con timidez.

—Como sea —zanjó Sully haciendo un gesto con la mano.

Grace pilló la indirecta y, tras coger el desayuno, se puso en movimiento.

Cuando llegó al despacho de Owen se dio de frente contra un muro con el que no había contado: la secretaria de este. La mujer, de unos treinta años, parecía estar acostumbrada a tratar con visitas inesperadas, porque lo primero que miró con una expresión de desagrado fue el desayuno que Grace sostenía en las manos. Después cambió su atención a ella, repasando de arriba abajo el traje sastre que portaba, sus zapatos y por último el bolso.

Tras estudiarla como si fuera un extraño virus en su microscopio, se decidió a hablarle:

—Señorita ¿tiene cita con el señor Pierce?

—Lo cierto es que no —confesó apenada.

—En ese caso, lo siento, pero no va a poder atenderla.

—¿Puedo esperar a que termine con lo que esté haciendo? —ofreció casi preocupada por la reacción de la mujer—. Será solo un minuto.

—El señor Pierce tiene todos los minutos ocupados del día ocupados, señorita...

—Miles —respondió al sutil comentario—. En ese caso, ¿puedo dejarle algo para que se lo dé cuando esté libre?

La morena, malhumorada, asintió molesta.

Grace sonrió tímida.

—¿Puede prestarme un papel y un bolígrafo? —su voz sonaba temblorosa, la secretaria de Owen daba demasiado pavor para ser alguien tan joven.

El sonido de su propio teléfono la hizo dar un salto sobre sus pies.

Con una sonrisa que pretendía ser una disculpa, dejó los té y los pasteles sobre la mesa de la asistente y buscó en el interior de su bolso el teléfono:

—Grace Miles —dijo al descolgar.

La tímida voz de Bethany se escuchó al otro lado de la línea. Había contratado a la jovencita a petición de Sienna, la situación de la chica era demasiado precaria y cualquier ayuda que recibiera era más que bienvenida. Trabajando con Grace, Beth se encargaba de archivar los documentos y de mantener la oficina recogida. Normalmente trabajaba solo dos horas tres días a la semana, pero con las vacaciones estaba yendo un par de horas al día, a la chica le venía bien el dinero extra y a Grace la compañía.

Incluso Sully había comenzado a llamarla los días que tenía libres en la inmobiliaria para que le ayudara en la cocina. Tanto Melinda como Sienna o la propia Grace sabían que en realidad no necesitaba a nadie, pero se hacían las desentendidas para no avergonzarlo. Sully era un encanto por mucho que tratara de esconderlo.

—Hola, Grace, ha venido tu madre a verte y me ha... pedido —la castaña sabía que su madre no pedía, exigía, pero no la cortó—, que te llamara para pedirte que vengas inmediatamente. Está

sentada en tu despacho y no creo que vaya a moverse de allí hasta que regreses.

La castaña se presionó la sien con su mano libre.

—Dile que estoy ocupada ahora mismo y que no iré hasta dentro de un buen rato.

—De acuerdo. ¿Dónde le digo que estás? Por si me pregunta. —Se notaba que la pobre chica estaba asustada de las reacciones de su madre y ¿quién podía culparla? Si hasta ella misma, que tenía diez años más, lo estaba.

—Dile que he ido a ver a mi novio y que no sé cuándo voy a poder pasar por la oficina.

—¡Oh! De acuerdo.

Colgó y se dio la vuelta para enfrentar la ira de la secretaria, sin embargo, la malhumorada mujer con la que había estado hablando antes había desaparecido dando paso a una sonriente.

—Señorita, Miles. Mis disculpas por no haberla reconocido —se excusó.

¿Qué estaba pasando?, se preguntó. Hizo memoria de su conversación minutos antes y no lograba comprender el cambio de actitud de la mujer. ¡Un momento! Enrojeció hasta la raíz del pelo cuando recordó que le había dicho a Beth que le dijera a su madre que estaba visitando a su novio. La asistente debía de creer que realmente era la novia de su jefe.

—No, por favor. No se preocupe. Solo dígame a Owen que he pasado por aquí y le he traído el desayuno. —Empujó el paquete con los pasteles un poco hacia delante. Después sacó uno de los tés e hizo el amago de marcharse.

Estaba en esas cuando la puerta del lateral se abrió y un sonriente Owen salió por ella. Su primera reacción fue de confusión, paseando la mirada de una a otra.

—Gillian, ¿por qué no me has avisado que Grace estaba aquí?

—Yo...

—Acabo de llegar —cortó esta—. Ni siquiera he tenido tiempo de presentarme adecuadamente —la excusó.

No dejó de mirar a Owen, pero pudo sentir la intensidad de la mirada de la mujer sobre ella.

—He traído el desayuno —anunció con una sonrisa avergonzada—. Si no estás muy ocupado...

Se calló cuando él dio los cinco pasos que los separaban y asió la bolsa con los pasteles y la cesta con el té. Grace tomó el que estaba suelto y le siguió hasta su despacho. Este era tan masculino y elegante como el propietario. Por su trabajo, Grace estaba muy al tanto de las tendencias de decoración, por lo que fue capaz de valorar la estética del despacho.

La zona de sillones, donde seguramente trataría con los clientes más nerviosos, su escritorio: imponente y elegante; la zona de reuniones, con una mesa amplia y cómodas sillas... y todo ello con la luz adecuada y esos pequeños detalles que marcan la diferencia.

La risa de Owen la sacó de su observación del lugar. Él sostenía los pastelitos de té matcha que Sully había preparado expresamente para la ocasión.

—Si saben tan bien como se ven estarán deliciosos —apuntó él sin dejar de sonreír.

Grace cayó en la cuenta de que desde que había vuelto a toparse con él lo había visto sonreír en más ocasiones de las que lo había hecho desde que se conocían.

—Todo lo que prepara Sully está delicioso, así que puedes apostar a que te encantará.

Él la miró con intensidad, como si estuviera tratando de adivinar lo que pensaba o el motivo de su visita.

—¿Sucede algo?

—Nada, es solo que me sorprende que hayas venido a verme. Normalmente soy yo el que te busca.

—O eso. Bueno... quería... preguntarte algo.

Owen se reclinó en su silla y esperó a que continuara.

—Yo... tú... Verás... ¿Por qué estás haciendo esto? —se decidió por fin. No era exactamente lo que quería descubrir, pero era lo máximo a lo que sea atrevía.

—¿Te refieres a nuestra relación?

Ella asintió, temerosa de que le fallara la voz.

—Soy un hombre que aprovecha las oportunidades —comentó—. Me gustas desde hace mucho tiempo y cuando pasó el incidente en el supermercado supe que había llegado el momento de hacer algo al respecto.

—¿Disculpa?

—No es necesario que disimules. Estoy seguro de que Sully os contó sobre mis sentimientos por ti hace mucho.

Se encogió de hombros, como si ya no tuviera importancia.

—En realidad hace solo un poco más de una semana que lo sé.

—Interesante.

—Entonces ¿esto es real? ¿Somos pareja?

Owen trató de ocultar su carcajada, pero no tuvo mucho éxito. La expresión avergonzada de Grace le hizo sentirse culpable por lo que se recompuso con rapidez.

—Sí, somos novios. Creía que lo había dejado claro cuando te pedí que se lo contaras a tu madre.

—En realidad nunca me lo pediste.

La confusión nubló por unos segundos la mirada de Owen, hasta que comprendió a qué se refería.

—Tienes razón, eso fue muy descortés de mi parte, pero tienes que reconocer que la ocasión lo ameritaba.

—Supongo.

—¿Me darías la oportunidad de demostrarte lo perfecto que soy para ti? Te prometo que no

soy el tipo insensible que siempre has creído que era.

—Yo no...

—Para que una relación funcione lo primero que hay que eliminar son las mentiras —apuntó él con un toque de humor en su voz.

—Supongo que tienes razón.

—¿Respecto a las mentiras o a que soy un insensible?

—¿Ambos? —Grace no le estaba mirando a los ojos cuando respondió y Owen pensó que era la mujer más encantadora que había conocido nunca y el hecho de que le diera una oportunidad para conocerse lo hacía inmensamente feliz.

—Prometo darte tiempo para que me conozcas. Solo te pido que olvides todo lo anterior. Déjame comenzar de cero.

—De acuerdo, pero no me ocultes nada. Ni siquiera para protegerme.

—Tengo una política de cero mentiras en las relaciones —anunció muy serio—. Creo que ya te lo había dicho.

Ella sonrió.

—Me gusta mucho esa política.

Capítulo 25

Sienna había estado nerviosa durante todo el día. Tanto que cualquiera diría que la de esa noche era su primera cita. Lo que realmente la hacía importante era, no solo el que efectivamente, era la primera vez que quedaba con Reese, sino principalmente que había decidido dejar de ser amistosa y hacerle saber, sin ser demasiado audaz, que estaba interesada en llevar su relación más allá de esta.

Con esa idea en ment, había rechazado el vestido negro que le ofreció Melinda y había desempolvado del armario el suyo propio. La idea era verse guapa sin mostrar mucha piel o insinuar demasiado y, para esos efectos, su elección era más adecuada.

Su vestido también era negro, pero ahí terminaban las similitudes. Recto, de manga corta y cortado unos centímetros por encima de la rodilla, con una falda que caía suelta sobre su figura. Lo había combinado con unos botines, bolso y un abrigo, todo del mismo color. Pendientes largos dorados, el cabello con ondas sueltas y un maquillaje suave.

Ni siquiera fue necesario que Reese llamara a la puerta para que la pelirroja, que era su rival, se levantara del sofá a toda prisa y se pusiera a maullar a la entrada. Sienna todavía se sorprendía cuando la veía actuar de ese modo, pareciendo más un perrito faldero que la gata altiva y malhumorada que era habitualmente.

Se tomó unos segundos para no parecer desesperada y, tras ellos, se dirigió a abrir. Lo primero que captó al hacerlo fue el delicioso aroma de la colonia o de la loción para después del afeitado de Reese; lo segundo, lo increíblemente guapo que estaba.

—Hola, por favor, pasa mientras cojo mis cosas.

—¡Estás preciosa!

—Gracias, tú también estás guapo.

Lo vio sonreír y después agacharse para saludar a Hermione, momento en que ella aprovechó para ir a por su bolso y el abrigo.

—Ya estoy lista —anunció unos segundos más tarde—. ¿Qué? —preguntó, al verle esconder una sonrisa.

—Nada.

Sienna le miró con una expresión interrogante. Era evidente que se reía por algo y no iba a dejarlo pasar hasta que se lo dijera.

—Vamos a juego —se señaló y después a ella. Fue cuando se dio cuenta que se refería a que los dos iban vestidos de negro.

El jersey negro, los pantalones y la chaqueta de Reese, así como sus zapatos eran de ese color.

Le ofreció una sonrisa cómplice y salió de su piso con él siguiéndola.

A pesar de que el día no era muy bueno, decidieron ir paseando hasta el restaurante, principalmente porque al vivir en el centro estaban prácticamente a solo unas calles de todo. Así, charlando y paseando, llegaron hasta el local que Reese había escogido para esa noche.

—Comida mexicana. ¡Me encanta! —aplaudió Sienna cuando se detuvieron en la puerta del restaurante.

—Lo sé —dijo sonriente—. He pedido consejo a una experta. —Sienna le miró confundida—. Me lo ha dicho Melinda.

Una sonrisa encantada sustituyó a la confusión. Ese era un punto importante, se dijo, había tratado de averiguar sus gustos, lo que significaba que estaba interesado en que la velada fuera bien. Ahora le tocaba a ella mover ficha y ser un poco más coqueta de lo que era habitualmente.

Una vez dentro del local el aroma a especias y la colorida decoración la hicieron sentirse más tranquila. La música latina que sonaba de fondo también logró que se olvidara por unos minutos de sus preocupaciones y se dedicara a disfrutar de la velada.

En un momento dado, mientras esperaban a que les tomaran nota, la música animada dio paso a una canción más lenta. Una voz femenina cantaba con pasión sobre algo que Sienna no podía comprender; aun así, le gustó la melodía. Concentrada como estaba escuchando se topó con una inesperada pregunta de su acompañante:

—¿Crees en el amor a primera vista? —inquirió este, sorprendiéndola.

—¿De eso habla la canción?

Él asintió sin dejar de mirarla.

—¿Hablas español?

—Un poco, pero deja de esquivar mi pregunta y contesta, ¿crees en el amor a primera vista? —volvió a preguntar.

Sienna lo pensó unos segundos antes de responder con sinceridad.

—Creo en la atracción a primera vista —confesó—. Amor son palabras mayores. ¿Crees tú en el amor a primera vista?

—Completamente.

Ella le miró entre sorprendida y incrédula.

—Pareces muy convencido —lo pinchó—. No me digas que te has enamorado a primera vista de alguien.

—En parte —contestó enigmático.

Sienna no iba a permitir una respuesta tan escueta por lo que insistió en que le contara la historia completa.

—Cuando la vi ya la conocía —explicó—. Al menos de oídas. Sabía mucho sobre ella porque gente que la conocía muy bien me lo había contado, y también la había visto en vídeos y

fotografías, de modo que no era una completa desconocida para mí. Aun así, estoy seguro de que fue amor a primera vista.

—¿Por qué?

—Porque el corazón me dio un vuelco para después acelerarse como loco, y después de eso ya no pude dejar de pensar en ella.

La abogada no pudo evitar reír. Reese la miró con intensidad como si fuera a leer en su cara los motivos de su risa.

—Lo siento. Es que ha sonado completamente a novela romántica.

—¿Estás insinuando que soy un romántico? —bromeó.

Ella entrecerró los ojos y escondió la sonrisa que aún brillaba en sus labios.

—Es posible que lo haya hecho —aceptó divertida—, pero cuéntame más de ella. ¿Acabó bien? ¿La conquistaste?

—No estoy seguro de qué responder a eso —confesó con una intensa mirada.

Un camarero distinto al que los había acompañado hasta la mesa y ofrecido las cartas, se acercó a ellos para tomarles nota del pedido.

Ninguno de los dos tuvo muchas dudas y optaron por las enchiladas, y *michelada*^[1] para beber.

Tal y como había sucedido prácticamente desde aquel primer encuentro, la conversación fluyó natural entre ellos, tanto que Sienna se olvidó de su intención de coquetear con él, algo que ya hacía sin casi darse cuenta de ello.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes a alguien en tu vida? —inquirió Reese cuando ambos retomaron la conversación anterior.

—Hay mucha gente en mi vida ahora mismo. Están mi madre, las chicas y Sully; tú...

—Sabes a lo que me refiero.

—Si preguntas por hombres, no. Ningún hombre en mi vida. —Hizo una pausa cuando una idea pasó por su mente—. Bueno, miento, sí que los hay. Tengo a Sully, a Ryan y a ti.

Su respuesta pareció agradaarle porque le ofreció una de sus sonrisas más esquivas, esas capaces de robar el aliento sin necesidad de palabras.

—¿Y tú? ¿Hay alguna mujer en tu vida?

—No. Solo tú.

—Me gusta eso —contestó ella con una sonrisa encantada—. Puede que no lo sepas porque nunca te lo he dicho, pero soy una acaparadora. Ya es bastante malo para mí tener que compartirte con Hermione, ¿una mujer más? Me opongo. —Aunque lo hizo parecer una broma, no lo era en absoluto.

Al menos no del todo. No es que no fuera a permitirle a Reese tener amigas si finalmente

lograba conquistarlo, era más bien que no iba a consentir que la chica del amor a primera vista estuviera cerca. De hecho, había estado tan celosa que ni siquiera había tratado de indagar nada más de ella.

—Me gustan las acaparadoras —le siguió el juego.

—En ese caso, yo soy tú chica.

Tras la cena dieron un paseo y acabaron en un pub donde se tomaron una copa mientras sonaba una suave melodía como acompañamiento. Tuvieron suerte y encontraron una mesa vacía. Con lo que no tuvieron tanta suerte fue en pasar desapercibidos, después de todo Reese era el jefe de policía y ella la hija que había regresado a casa convertida en una exitosa abogada.

—¿Estás incómoda?

—Claro que no. Es inevitable que la gente nos observe. Somos una pareja joven y atractiva —bromeó con la intención de quitarle importancia.

—¿Lo somos? —preguntó él.

—¿Qué cosa? ¿Jóvenes o atractivos?

—Pareja.

—Lo somos. Al menos por esta noche.

—En ese caso, si solo tenemos esta noche, disfrutémosla —pidió, levantándose y ofreciendo su mano para que ella la tomara.

—¿En qué estás pensando?

—Un baile.

—¿Crees que es buena idea? Si hacemos eso puedes estar seguro de que no nos quitarán los ojos de encima.

Él rio.

—No te preocupes, Michael Bublé nunca podrá ser escandaloso.

Sienna le devolvió la sonrisa y aceptó su mano. Sin soltarse, llegaron a la pista en la que los demás bailarines se movían al ritmo de la música y se internaron en ella. Reese pasó la mano que no sostenía la suya por su cintura y la atrajo a él. Estaban tan cerca que Sienna podía sentir el ritmo de su corazón en su propio pecho, su aroma colándose por sus fosas nasales y su piel hiper sensibilizada por el contacto.

—Bailas muy bien —dijo, rompiendo el hechizo.

Era plenamente consciente de que seguían mirándose de ese modo iba a terminar besándolo en medio de la pista de baile y esa, desde luego, no era una de sus ideas más brillantes.

—Tú también.

—No es cierto. Solo me dejo llevar por ti.

—En ese caso, te dejás llevar muy bien por mí.

—Gracias. Por extraño que parezca, me resulta muy fácil hacerlo.

Reese le dio una sonrisa encantadora y tras pegarla más a su cuerpo, depositó un beso suave sobre su mejilla.

Capítulo 26

Cuando Sienna abrió los ojos el domingo lo que menos esperaba era que la causa para ello fuera el timbre. Su cita con Reese, pensando objetivamente, había ido bien, se habían conocido mejor y se divirtió.

Lástima que el final hubiera sido tan abrupto. Cuando regresaban en el coche le habían llamado desde comisaría por una urgencia, de modo que se había visto obligado a dejarla en el portal, disculparse y marcharse.

Ya en casa, Sienna no podía dejar de cuestionarse si hubiese existido tal emergencia o lo que había ocurrido era que había pedido a algún colega que lo llamase inventando una excusa para dejarla en el portal y no en casa, para evitar la despedida. Ella había estado tan obnubilada que, tal vez, había sido demasiado obvia en su deseo. Estaba casi segura de que él no quería besarla, solo ser amigable porque eran casi familia, y había pedido que los interrumpiesen para evitarle a ella el ridículo de dar un paso más allá.

Cada vez que lo pensaba le veía más sentido, así que no tenía pensado salir de casa para no volver a cruzarse con él.

El timbre siguió sonando y, dado que Hermione ni siquiera se inmutó, decidió que abriría. Después de todo, si fuera Reese el que estaba al otro lado, ya estaría maullando y rascando para que le dejara entrar.

Sin molestarse siquiera en calzarse se arrastró hasta la puerta, casi convencida de que su visitante era Melinda en busca de los detalles de la noche anterior. Lo malo era que sabía que su amiga iba a querer desollarla viva por incompetente. Sin embargo, la persona con la que se encontró al abrir la puerta fue alguien en quien jamás hubiera pensado y, aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo, que se tratara de su hermana y no de Melinda la hizo sentir mucho menos presionada de lo que tenía sentido incluso para ella.

—¿Savannah?

—Buenos días, Sienna ¿Puedo pasar? Me gustaría hablar contigo un momento —pidió su hermana.

—¿Mamá está bien? —preguntó apartándose para que entrara.

—Sí. No te preocupes.

Respiró más tranquila. Al menos podía descartar que estuviera allí porque la salud de su madre hubiera empeorado.

—Pasa a la cocina —pidió, cediéndole el paso—. ¿Quieres un café? No creo que sea capaz de mantener una conversación coherente contigo sin haber tomado uno.

—¿Te he despertado? —preguntó incómoda.

—Sí.

—Lo siento. No pensé que fuera tan temprano.

—No lo es. Es domingo. —Se encogió de hombros y se dispuso a preparar las bebidas.

Savannah, en lugar de sentarse a la mesa, lo hizo frente a la barra del desayuno. De ese modo ambas quedaron una frente a la otra.

—¿Todavía lo bebes con leche y muy dulce? —preguntó mientras abría la nevera para sacar la leche.

—Sí. Supongo que hay cosas que nunca cambian.

Sienna no iba a replicar el comentario. No tenía fuerzas para entrar en una discusión con ella. Iba a permitir que dijera lo que fuera que había ido a decir y después continuaría con su vida como había estado haciéndolo hasta el momento, a nivel laboral ya que era su representante legal.

Cuando los cafés estuvieron listos se trasladaron hasta la mesa, donde estaban más cómodas.

—Tú dirás —la instó Sienna a hablar.

Notó que Savannah estaba nerviosa porque no dejaba de enrollar su largo cabello en su dedo índice, gesto que siempre hacía cuando se alteraba por algo.

—¿Es cierto que ayer tuviste una cita con Reese?

Sienna parpadeó sorprendida. De todos los motivos por los que su hermana pudiera estar allí, que fuera por Reese ni siquiera pasó por su mente.

—Si te lo han dicho será porque es cierto —se limitó a responder.

—¿Te gusta?

La indignación se hizo bola en el estómago de Sienna.

—No puedo creer que me estés preguntando eso.

—Necesito una respuesta —insistió sin el menor indicio de vergüenza.

—¿Por qué lo necesitas?

—Primero responde.

—Me gusta. ¿Algún problema con eso?

La expresión de Savannah pasó por varias fases. La primera de ella fue de pavor, la segunda de incredulidad, la tercera de tristeza y la última de determinación.

—De acuerdo —concedió muy seria—. Supongo que si lo quieres puedes tenerlo.

—¿Disculpa? —la abogada se debatía entre estar molesta con Savannah por su prepotencia o alucinada por su reacción.

—No voy a meterme en tu camino nunca más. Es una promesa.

El comentario significaba más de lo que parecía a simple vista, entendió. Al final sus dudas sobre el interés de Savannah en Reese eran certeras y de algún modo, su hermana se lo estaba confirmando.

—También te gusta.

—No. Ya no. No si tú sientes lo mismo por él.

—¿Qué se supone que esperas que diga a eso?

La hermana mayor negó con la cabeza.

—Nada. No espero que digas nada ni que sientas que me debes nada. Es solo... que no puedo volver a estar en medio de ti y de otra persona.

—¿Estás enamorada de él?

—Por supuesto que no. Me gusta, es cierto, pero nada tan intenso como el amor —dijo, pero algo en su tono le hizo saber a Sienna que estaba mintiendo.

—¿Qué hay de Dave? ¿Ya no lo quieres?

—Por supuesto que lo hago. Es alguien muy importante para mí.

—Entonces ¿por qué quieres el divorcio?

—Nuestra relación siempre se vio ensombrecida por lo que sucedió entre los tres. Tal vez si hubiésemos hecho bien las cosas, si te hubiésemos contado la verdad, si nuestra relación hubiera comenzado con tu beneplácito, las cosas ahora serían distintas, pero no fue así... y ese peso siempre estuvo ahí, separándonos.

—No voy a sentirme culpable por ello.

—Por supuesto que no. No es tu culpa. Fue mía, nuestra.

—Lo fue, sobre todo tuya. No había nadie en quien confiara más que en ti. Eras mi hermana mayor, yo te idolatraba.

—Lo sé. Nunca seré capaz de perdonarme lo que te hice.

—Yo sí —confesó—, con el tiempo lo haré. De hecho, te he perdonado un poco, no del todo, pero es un paso.

Savannah le ofreció una sonrisa triste que estrujó la garganta de Sienna.

—Pero no te equivoques, no voy a perdonarte solo porque hayas decidido dejarme vía libre con Reese. No lo hago ni lo haré por eso.

—¡Lo sé! Tampoco lo hago por ese motivo. Es solo que siento que te lo debo...

—Tú lo conociste primero.

La vio encogerse de hombros.

—Seamos sinceras, jamás me ha mirado a mí como te mira a ti.

—¿Cómo me mira?

—Como si de verdad le gustases.

Durante largos segundos ninguna de las dos añadió nada más, cada una perdida en sus propios pensamientos, hasta que Sienna se decidió a romper el silencio, que lejos de ser incómodo, se sentía natural.

—¿Vas a ir a comer a casa de mamá?

—No iré, si eso te molesta.

La menor de las hermanas negó antes de responder.

—¿Por qué no me esperas mientras me cambio y vamos a tomar un desayuno como dios manda al Mel's? Después podemos ir juntas a casa de mamá.

—Eso sería... genial —musitó Savannah con los ojos cristalizados por las lágrimas que trataba de retener.

—Eso no significa que te haya perdonado del todo —explicó Sienna—. Ni siquiera estoy segura de que pueda hacerlo.

—Lo sé —aceptó su hermana, pero no había duda de que era un gran paso.

Ver aparecer juntas en el Mel's a las hermanas Hale supuso una conmoción para sus amigos. Tanto Melinda como Sully se quedaron tan sorprendidos que tardaron unos segundos en reaccionar. Fue este último el primero en saludar a Savannah y abrazar a Sienna para asegurarse de que estaba bien. Melinda lo hizo tras una mirada suplicante de su mejor amiga.

Después de lo que sucedió entre ambas, Melinda había roto cualquier contacto con ella y no estaba dispuesta a recuperarlo a no ser que Sienna se lo pidiera casi como un favor personal.

—Hola, Savannah. Bienvenida al Mel's —dijo forzada por las miradas que la abogada le lanzaba.

—¡Gracias! Tu cafetería es muy bonita. Nunca la había visto por dentro.

—Gracias. La decoramos Sully y yo.

Savannah asintió con una sonrisa nerviosa.

—Mel, ya me he disculpado con mi hermana, pero si tienes un momento también me gustaría hablar contigo.

—No es necesario que...

—Lo sé. Es solo una conversación que hace mucho que debería haber tenido contigo.

Melinda asintió y le indicó el camino hacia su despacho.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sully cuando Sienna y él se quedaron a solas.

—Melinda es como una hermana para mí —explicó muy seria.

—Lo sé.

—Al no tener hermanos, ella siempre vio a Savannah como la hermana mayor que nunca tuvo. Las tres nos hemos criado juntas, lo que sucedió... no solo me afectó a mí y a mi familia directa.

—Mel es mucho más sensible de lo que quiere reconocer —entendió Sully—, me alegro de que estéis tratando de recomponer vuestra relación. —Su sonrisa fue sincera y afectuosa.

—Iremos poco a poco y a ver qué sucede.

—Estoy seguro de que irá bien. Os lo merecéis por ser buena gente.

Sienna no pudo evitarlo y abrazó a su amigo, quien le devolvió el abrazo y depositó un beso

en lo alto de su cabeza.

—Algo me dice que no estás así solo por Savannah y Melinda.

—Tienes razón —concedió sin apartarse de él—, pero ahora no puedo contártelo. He de esperar a que Mel regrese o me matará por dejarla fuera.

Sully rio consciente de que tenía razón y se separó de Sienna lo justo para mirarla a los ojos.

—¿Qué te parece si te mimo un poco y te preparo un fabuloso desayuno?

Un brillo de alegría iluminó los ojos femeninos.

—Por favor.

—¿Te apetece sentarte a esperarlas o quieres acompañarme a la cocina y ayudarme?

Sienna paseó la mirada por el comedor, casi vacío, y decidió que acompañar a Sully iba a ser mucho más entretenido.

—¡Voy contigo!

—Buena elección.

Capítulo 27

Susan tuvo que tragarse el nudo que le oprimía la garganta cuando vio aparecer por la puerta de su casa a sus dos hijas juntas. Era la primera vez que las veía llegar al mismo tiempo. No estaba segura de si se habían encontrado en la puerta o a unas calles de allí, fuere como fuese las dos hablaban sin peleas de por medio. Hablaban con el afecto y la complicidad con la que lo habían hecho antes.

Demasiado curiosa por lo que estaba sucediendo se escondió tras la puerta del salón y no se movió de allí, preocupada al mismo tiempo por quebrar la paz que reinaba entre ellas:

—En unas semanas serás una mujer soltera —estaba diciendo Sienna con absoluta normalidad. En su voz no había reproche, dolor, burla ni nada más que pura objetividad.

—Lo sé, pero creo que, quizás, lo mejor es que me tome un tiempo para mí misma.

—¿Te refieres a viajar y esas cosas?

—Es una opción, pero estaba pensando en algo mucho más simple, como darme tiempo para salir con mis amigas y hacer las cosas que me gustan sin tratar de encontrar a alguien para que las haga conmigo.

—Ese es un pensamiento muy maduro.

Savannah fingió una expresión indignada.

—Soy mayor que tú —protestó— y, por lo tanto, mucho más madura. Tu tonito de sorpresa es ofensivo —bromeó.

—Lo siento, tienes razón. Eres demasiado mayor como para actuar como una adolescente —le siguió la broma Sienna.

Susan no pudo seguir viéndolas porque las lagrimas le nublaron la visión. Se las secó con dedos temblorosos y se alejó de allí, preocupada porque su presencia interrumpiera el momento de hermanas que sus hijas estaban compartiendo por primera vez en seis largos años.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Ryan—, ¿te encuentras mal?

Ella negó con la cabeza.

—Savannah y Sienna están juntas en el salón. Están discutiendo...

—¿Quieres que vaya yo? —la interrumpió preocupado.

—Como hermanas, están discutiendo como hermanas.

Su marido la miró desconcertado por unos segundos, pero la sonrisa que esta le ofreció hizo que su corazón se apaciguara.

—Creo que es posible que las cosas vuelvan a ser como antes —siguió Susan—. Quizás con tiempo y algo de paciencia.

—Seguro que sí —concedió él, besando con afecto su frente y abrazando sus hombros.

Reese no había aparecido ese domingo y, de alguna manera Sienna lo agradeció. No solo por el hecho de que no estaba del todo preparada para verle tras su cita, sino porque sentía que debía afianzar un poco la relación con su hermana antes de que un agente externo pudiera quebrar la tregua que ambas habían establecido.

No tenía previsto mentirse a sí misma y auto convencerse de que no la había echado de menos. Era su hermana, por supuesto que lo había hecho, pero el dolor por la traición había sido más intenso que el resto de los sentimientos que la embargaban cuando pensaba en ella.

Tumbada en su sofá buscó entre la multitud de cadenas algo que ver. Estaba a punto de conectar Netflix cuando llamaron a la puerta de su apartamento. Como siempre, el no movimiento de Hermione fue una respuesta en sí mismo.

Ni siquiera se preocupó por ir en pijama. Iba a tener que hablar con el portero para que no dejara pasar a la gente indiscriminadamente a su apartamento, se dijo. No obstante, al abrir la puerta se topó con cuatro sorpresas más que bienvenidas.

Las chicas y Sully estaban frente a ella con cajas de pizza y varias bolsas de lo que parecían snacks y bebidas.

—¿Nos dejas pasar? —preguntó Melinda—, esto pesa bastante.

Las palabras la hicieron reaccionar, por lo que se apartó de la puerta y estos entraron regalándole sonrisas de ánimo.

—Todos a la cocina —estaba diciendo Melinda—, estaremos más cómodos comiendo en la mesa.

Sienna cerró la puerta de su piso y los siguió. Incluso Hermione había levantado el trasero del sofá y se encaminaba sin prisas hasta la cocina, desde donde salía el sonido de las animadas conversaciones.

—¿Has cenado? —preguntó Grace.

—Todavía no.

—Perfecto, porque hemos traído de todo —explicó Sully.

—¿Y el Mel's? ¿No deberíais estar trabajando a esta hora?

Tras compartir una mirada cómplice con Sully, Melinda habló:

—Hoy hemos cerrado pronto. Necesitábamos un descanso, ¿verdad, compañero?

—Por supuesto.

Sienna no dijo nada. Principalmente porque estaba emocionada y se sentía afortunada de tener unos amigos como ellos. Melinda y Sully habían cerrado antes el bar, Faith había conducido hasta allí y Grace, seguramente, había dejado colgado a Owen solo para estar con ella porque sabían que estaba decaída. Era una afortunada y lo sabía.

La cena transcurrió entre bromas, risas y buen humor. Parecía que nadie se atrevía a sacar el tema que los había llevado hasta allí. Incluso la cita que había tenido con Reese había quedado en un segundo plano en favor de su intención de retomar la relación con su hermana.

Consciente de que sus amigos estaban demasiado preocupados por meter la pata y preguntar de más, fue la propia Sienna quien sacó el tema:

—¿Qué tal fue tu conversación con Savannah esta mañana? —le preguntó a Melinda.

—¿Ella no te lo ha dicho?

—Sí, pero quiero escuchar tu versión.

La aludida suspiró sonoramente, como si para ella fuera un esfuerzo contarle, y se dispuso a relatar el momento en el que la hermana de su mejor amiga se había disculpado con ella por decepcionarla. Tras ello habían llegado las lágrimas y el correspondiente abrazo.

—¿Te sientes traicionada por mí? —preguntó preocupada.

—Por supuesto que no. ¡¿Qué dices?! —

Ella te hizo daño y yo... he decidido perdonarla —siguió Melinda.

—Como bien has dicho, me hizo daño. A mí, en el pasado y también he decidido tratar de perdonarla. Tú eres mi mejor amiga, la más fiel... jamás me sentiría traicionada por ti —y añadió muy seria—: tú también eres mi hermana.

Todos notaron como la tensión abandonaba poco a poco el cuerpo de la morena, quien parecía haber llevado ese peso sobre sus hombros todo el día.

—Te quiero.

—Y yo a ti —correspondió Melinda estirando el brazo y asiendo la mano de su amiga.

Durante unos segundos nadie dijo nada, emocionados por lo que acababa de suceder.

—Y hablando de algo un poco más alegre —intervino Faith cuando se hizo evidente que nadie se decidía a hablar—. ¿Qué tal te fue en la cita con Reese?

Sienna hizo una fingida mueca de dolor.

—¿Tan mal? —la incredulidad pintaba la voz de Grace.

—Peor. No fue como había previsto.

—Eso no es tan malo —consoló Melinda—. Todavía habrá más oportunidades.

El resto estuvo de acuerdo.

Capítulo 28

Hacerle saber a un hombre que estabas interesada en él, sin decirlo abiertamente, estaba siendo más complicado de lo que Sienna había previsto que sería. Puede que hubiera más oportunidades, tal y como había dicho Melinda, el problema era que ella parecía no poder hacer otra cosa más que desaprovecharlas todas.

Había tardado un par de días en superar sus inseguridades y el convencimiento de que él no había querido llevarla a casa. Para ello había vuelto a invitarle a cenar, por supuesto siendo sutil, por lo que ella misma había preparado la comida y había insinuado que lo había invitado porque se había excedido con las cantidades. Después de eso se habían visto en el bar de Melinda una vez, y en otra ocasión, él había llamado a su puerta para entregarle un cuenco de sopa que él mismo había preparado. De algún modo, ambos actuaban como buenos vecinos, nada destacable.

Tras esos encuentros no habían vuelto a coincidir hasta ese mismo instante, pues Sienna se encontraba en la comisaria tratando de sacar de la cárcel al marido de una de sus clientas, quien había sido detenido por conducir bajo los efectos del alcohol tras arrollar una boca de incendios y dos contenedores de basura.

Estaba rellenando la documentación requerida acompañada por un agente que estaba siendo bastante descarado en su coqueteo.

Según le había dicho el tipo era nuevo, ya que había sido trasladado desde Lynn, y alegaba que necesitaba conocer gente por lo que la estaba invitando a tomar una cerveza después del trabajo.

—Lo siento, estoy muy ocupada ahora mismo —se excusó con la intención de no ser grosera y negarse sin más.

—Será solo una cerveza —insistió—. No te va a robar mucho tiempo.

—Sienna —la llamó Reese.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

—¿Por qué no has pasado a decirme que estabas aquí?

—No quería molestarte —mintió.

El agente frente a ella ni siquiera se giró para ver a su jefe. Había agachado la cabeza y parecía que tuviera miedo de levantarla.

—De acuerdo, pero no te olvides de nuestra cita de esta noche: cine y cena —comentó muy serio—. Si te parece bien te recogeré a las seis.

Sienna se quedó en silencio durante unos segundos, mirándole y tratando de recordar si ciertamente había concertado verse con él. Fue entonces cuando se dio cuenta que estaba tratando de ayudarle a salir airosa del galante policía y de su insistencia en invitarla a salir.

—No lo he olvidado —anunció con una sonrisa que reservaba para la persona con la que se estuviera viendo.

El agente frente a ella enrojeció y se dio rápidamente la vuelta para hablar con su jefe:

—Lo siento, señor... yo no sabía....

—Ahora ya lo sabes.

El chico asintió y se alejó sin mirarla una sola vez más.

—Gracias por la ayuda —dijo ella con una sonrisa.

—No me las des. Solo me he aprovechado de la ocasión —le guiñó un ojo.

—Entonces ¿de verdad quieres salir esta noche? —su tonó denotaba sorpresa y alegría contenida.

—Lo hago y no puedes negarte porque ya me has dicho que sí.

—No lo haré. Me apetece el plan.

Sienna no podía decir a ciencia cierta si le había gustado la película, principalmente porque apenas la había visto. La cercanía de Reese, su aroma y sus propios pensamientos disparados la habían mantenido tan absorta que no había podido concentrarse en ella.

Después habían ido a cenar a una hamburguesería y la conversación había apartado de su mente todo lo que no fuera que estaba allí con él, disfrutando de su compañía. Gracias a dios, Reese no había dicho nada respecto a la película o se habría descubierto a sí misma al no tener una opinión sobre ella.

Decida a llevar al extremo el dicho de que la mejor defensa era un buen ataque, planteó una pregunta que cambiaría el rumbo de la noche por completo:

—¿Eres consciente de que el agente ahora cree que somos pareja?

Lo vio sonreír con picardía.

—Te aseguro que él no es el único que lo piensa.

—¿Qué quieres decir?

—A estas horas medio pueblo debe de estar hablando de nuestra relación.

—¿Crees que lo haya comentado? No parecía un tipo chismoso.

—No lo digo por eso, sino porque nos han visto cenar juntos y a solas dos veces, sin contar con que vivimos en el mismo edificio, siendo exactos en la misma planta.

—¡Oh!

—¿Tienes algún problema con que lo piensen? —preguntó al verla sorprenderse. Su tono trataba de parecer normal, pero en el fondo había algo oculto que Sienna no supo identificar.

—No, claro que. Es solo que ahora nadie va a invitarme a salir —fingió que la idea era molesta—, así que vas a tener que compensarme y sacarme tú.

—Esa era la idea.

—¿Cuál? ¿Apiadarte de mi poca vida social y sacarme a cenar de vez en cuando?

—No, evitar a la competencia.

El comentario la dejó tan descolocada que parpadeó como si quisiera asegurarse de que estaba despierta. ¿Acaba de insinuar que estaba interesado?

—¿Qué quieres decir? Será mejor que lo aclares si no quieres que me haga ilusiones tontas.

—Si él podía hacerlo ¿por qué no ella?

—Me gustas.

—¿En qué sentido? —preguntó consciente de que estaba presionándolo a ser totalmente directo.

Tenía que asegurarse, tal y como le había dicho, para no hacerse ilusiones tontas. Y aunque se había propuesto no ser demasiado evidente había llegado el momento de cambiar de táctica.

—En el sentido de que estoy interesado en tener una relación de pareja contigo.

—¿De veras?

—Creí que te habías dado cuenta cuando te hablé de que me había enamorado a primera vista.

—¿Hablabas de mí?

Reese asintió encantado por la reacción de ella, quien sonreía y tenía las mejillas sonrojadas.

—Ahora te toca a ti —pidió él.

—A mí.

—Sí. ¿Yo te gusto?

—Sabes que sí.

Se encogió de hombros sonriente.

—Tenía que asegurarme. Salgamos de aquí —se puso de pie y le tendió la mano para que la tomara.

—¿A dónde vamos? —el corazón de Sienna latía acelerado y encantado.

—A sellar el trato.

La lluvia era el escenario más cliché para un primer beso, no obstante, eso no lo hacía menos increíble, pensó Sienna mientras se dejaba por llevar sus propios sentimientos. Ninguno de los dos había esperado que estuviera lloviendo cuando salieron de la hamburguesería y, aunque Reese había propuesto que regresaran adentro, Sienna se lo había impedido con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo tenías previsto sellar el trato? —preguntó nerviosa.

—Del modo en que se sellan los tratos —esquivó la respuesta.

—¿Con un apretón de manos?

—Eso es para los negocios.

—¿Entonces?

—Así.

Y se inclinó sobre ella para besarla, no obstante, Sienna se apartó y le puso la mano sobre los labios.

—Quiero que me beses ahí —señaló la desierta calle en la que la lluvia caía débil, pero sin descanso.

—¿Bajo la lluvia?

—Es lo que se esperaría de alguien tan romántico como tú.

La carcajada que salió de su garganta fue sexy y ronca, tan sexy que le puso el vello de punta a Sienna.

—Entonces vamos. Que no se diga que no te consiento —bromeó él, alejándose con ella del cobijo en el que se encontraban.

Una vez bajo la lluvia selló el trato. Sus labios todavía sabían al postre de chocolate que habían compartido, mientras sus manos la asieron por la cintura y la pegaron a su cuerpo. La llovizna caía sobre ellos, pero a ninguno pareció molestarle.

Los besos de Reese eran dulces y suaves. Como si tratara de aprenderse cada curva y recodo de su boca. Se separaron con la misma delicia con la que se habían besado.

—Necesitamos una ducha urgente.

—No me parece mala idea —bromeó ella, ganándose otro beso en respuesta.

Capítulo 29

Le estaba sentando bien vivir en Rockport, decidió Sienna. Estar cerca de su madre y de sus amigas, además de abrir su propio despacho de abogados, tratar de recuperar su relación con su hermana y, sobre todo, estar con Reese. No sentía que había tenido que renunciar a nada para mudarse a su hogar, más bien había salido ganando.

Había pasado el mejor fin de semana desde que había dejado Boston. Tras la cita con Reese no se habían separado en ningún momento, aprovechando que él tenía dos días seguidos de descanso. Incluso habían acudido juntos a casa de sus padres y habían actuado de un modo natural frente a ellos.

Susan se había dado cuenta en seguida del cambio en su relación y había preguntado, preocupada por la reacción de su hija mayor. Su sorpresa había sido no solo la confirmación de sus sospechas sino la actitud de Savannah ante las buenas nuevas. Por mucho que esta hubiera tratado de disimular su interés por Reese, Susan había estado al tanto de ello, igual que había sido capaz de ver la atracción que su hija menor despertaba en el hijo de su esposo.

Una vez que las personas importantes ya estaban al tanto de su relación, Melinda había sido la primera persona a la que Sienna había llamado para contárselo y estaba segura de que esta les había dado la noticia a Sully y a Grace, no porque fuera una chismosa sino porque estaba demasiado feliz como para poder ocultarlo. Melinda lo sentía como un éxito personal, ya que juntarles había sido su intención desde el comienzo.

En cualquier caso, la única que faltaba por enterarse era Faith y no lo sabía aún porque vivía fuera de Rockport y Sienna no había tenido tiempo para llamarla y contarle. Por ese motivo, la rubia se dispuso a ponerla al día de todo lo acontecido en cuanto regresó de su reunión con un colega fuera del despacho:

—¿Estáis juntos? ¿Cómo pareja? —quiso asegurarse la pelirroja sonriendo feliz.

—Exactamente como pareja.

—Pero ¿tú no te querías ligar a Reese para vengarte de tu hermana? —ironizó.

—Esa parte no me la habías contado —dijo una voz frente a ellas.

Habían estado tan ensimismadas con su conversación que ni siquiera se habían dado cuenta de que la puerta del bufete se había abierto y por ella había entrado Reese vestido con su uniforme.

—Reese, hola, ¿qué haces aquí?

—Venía a invitarte a comer, pero acabo de recordar que ya le había dicho a Gary que comeríamos juntos.

Sienna no tuvo tiempo de decir nada porque cuando abrió la boca para responder él ya había

salido por la puerta.

—Lo siento mucho —lloriqueó Faith—, ¿por qué siempre tengo que meter la pata? —se quejó.

—No has hecho nada malo, no te preocupes. Todo está bien —trató de calmarla, aunque lo cierto era que ella misma no se sentía mejor.

La pelirroja no pareció muy convencida porque unos segundos más tarde estaba colgada del teléfono tecleando a toda prisa.

—Faith, ¿qué haces?

—Organizar una reunión de emergencia. Después de la que he liado es lo menos que puedo hacer.

—¿Crees que es una buena idea?

—No me digas que he vuelto a meter la pata —se quejó, enfadada consigo misma.

—No, claro que no.

Sienna había estado de acuerdo con sus amigos en que lo mejor que podía hacer era aclarar las cosas con Reese, dado que le había llamado un par de veces y enviado mensajes y este no había contestado; contándole todo respecto a las dudas que había tenido inicialmente, cuando se dio cuenta de que sentía algo por él. Y es que había sido todo tan repentino que, en lugar de simplemente aceptar que le gustaba, se había inventado excusas que justificaran la rapidez con la que había caído por él.

Porque si se sentía de ese modo casi sin conocerle, ¿cómo se sentiría con el tiempo cuando su relación se afanzara y conociera más de él?

—Hermione —llamó—, te necesito.

La habitualmente esquiva gatita decidió que era un buen momento para ser obediente y bajó con elegancia del sofá en el que descansaba para pasearse por entre los tobillos de su dueña.

—Vamos a ver a Reese —anunció, agachándose para tomarla en brazos.

Sienna no supo si el suave ronroneo de Hermione se debía a que estaba entre sus brazos o al anuncio de que iban a visitar a su vecino.

Decidida a ser sincera salió por la puerta de su apartamento y se plantó en menos de cinco pasos frente a la puerta del que, esperaba, todavía fuese su novio.

Con el corazón martilleándole en el pecho llamó a la puerta con los nudillos. El timbre le parecía demasiado estridente para usarlo.

Unos segundos más tarde escuchó pasos y la puerta se abrió, mostrando a un Reese en pantalones cortos deportivos y una camiseta sin mangas.

—Hola, he pensado que lo mejor era traer refuerzos —dijo alzando los brazos en los que cargaba a Hermione.

—Pasad, por favor.

—Gracias.

Se quedó parada en el pasillo esperando que las guiara a donde fuera que él se sintiera más cómodo. Pareció comprender sus intenciones porque camino frente a ella hasta llegar al salón. Aunque la distribución de ambos apartamentos era la misma, lo cierto era que ahí terminaban las similitudes, los colores claros que marcaban la gama cromática principal en casa de Sienna se volvían grises y negros en casa de Reese.

—Reese, yo... —empezó, mientras tomaba asiento en el sofá junto a él.

—No, déjame a mí. He sido un idiota. Sé que tú no eres así. Lamento no haberte respondido al teléfono.

—No, lo entiendo.

—Te conozco desde mucho antes de verte. No debí reaccionar de ese modo tan inmaduro.

—Me enamoré tan rápido de ti que tuve que inventarme excusas para justificarlo. Nunca antes me había sucedido algo así, y he de confesarte que me asusté. Nunca he tenido mucho éxito con las relaciones...

—Sienna no tienes que...

—Lo sé. Quiero hacerlo. Quiero que sepas que soy consciente de que lo que siento por ti es real. No tiene nada que ver con nadie más que con nosotros dos.

—Nosotros dos —repitió él acercándose a ella para acariciar su nariz con la suya propia.

—Así es, solo tú y yo.

Capítulo 30

Sentía los labios de Reese tan caliente sobre su piel... Le acarició el cuello con ellos, jugueteó con la comisura de su boca y la atrajo hacia él para darle otro beso profundo. Entonces movió las manos hacia su ropa y, antes de que ella se diera cuenta, estaba desnuda frente a él.

Con los ojos brillantes de deseo le cubrió un pecho con la mano, haciendo que Sienna soltara un gemido. El mismo sonido ronco salió de su garganta cuando los dedos de ella se cerraron a su alrededor. La vio ponerse de rodillas y permitió que sus manos jugaran donde les apeteciera. La dulce tortura de ella era tan placentera que cerró los ojos, abrumado por las sensaciones.

No pasó mucho tiempo antes de que Reese también perdiera su ropa.

Decidido a jugar también, separó, con suavidad, sus piernas y se metió entre ellas; ni siquiera se les pasó por la mente llegar hasta el dormitorio. Para lo que iba a suceder el sofá era un lugar tan bueno como la propia cama que les esperaba allí. Con una suave presión Reese empezó a separarlas con cuidado. Después sus manos se deslizaron por sus muslos, empujándolos hacia arriba, abriéndola más para él.

Se cambió de posición y acarició su sexo con el pulgar. Sienna gimió de placer cuando le abrió su entrada más íntima y la tocó con los dedos. La escuchó suspirar profundamente. Reese era muy dulce para ser un hombre tan fuerte. Mientras la exploraba, Sienna tuvo la sensación de que él estuviera adorándola. Sus manos sobre ella como si se tratara de algún objeto delicado y valioso... Entonces bajó la cabeza y la adoró con la boca.

La barba incipiente le rozó la cara interior de los muslos ofreciéndole nuevas cuotas de placer. Sintió los tirones que le daba con los labios, los pellizcos de sus dientes... los suaves lametones de su lengua. Con los ojos abiertos, se quedó mirando el techo, reprimiendo sus gemidos...

—No —gimoteó al bajar la mirada—. Hermione nos está viendo —se quejó con un puchero que en lugar de inspirarle ternura a Reese inflamó, todavía más, su sangre.

Él la miró con la vista nublada por el deseo.

Sienna le hizo un breve gesto con la cabeza para señalarle el lugar donde estaba sentada la gatita, estática, mirando directamente hacia ellos. Con un suspiro de frustración Reese se incorporó y se acercó al animal, a quien cogió con afecto y terminó encerrándola en su dormitorio.

—Solucionado —musitó—. ¿Por dónde íbamos?

—Creo recordar que me estabas besando —dijo ella con picardía.

—Tienes razón —admitió con ojos ensombrecidos por la pasión.

Siguió donde lo había dejado, saboreando y provocando que Sienna se dejara llevar por

completo, ansioso por sentir el modo en que ella se rompía en mil pedazos solo para que él pudiera recomponerla de nuevo y volverla a quebrar después.

Cuando Sienna gritó al ser arrastrada por el éxtasis se colocó a toda prisa un preservativo y se posicionó en su entrada, decidido a adentrarse en ella y aumentar su pasión.

Reese la besó... la acarició... empujó más adentro... aún más adentro.

Cuando por fin se hundió del todo, ella sollozó. Sollozó y se arqueó víctima del deseo y el placer.

Reese comenzó a moverse dentro de ella. Los músculos de su espalda y sus hombros se agitaron bajo las manos de Sienna, quien inconscientemente clavaba sus uñas en él. No existía nada salvo su cuerpo y el abrasador y lujurioso deseo de fundirse en ella.

Empujar y retirarse. Arquearse y devorar su cálida boca...

El éxtasis les llegó al mismo tiempo, compartiendo hasta el final no solo sus sentimientos y sus cuerpos, sino también su placer.

Tardaron unos largos segundos, abrazados y desmadejados uno sobre otro, en recuperar las fuerzas para hablar.

—Te quiero —dijo Sienna—. No quiero que tengas ninguna duda al respecto.

—Yo también te quiero —le dio un tierno beso en la sudorosa frente— y no tengo dudas.

Ella sonrió contra su pecho y cerró los ojos, relajada y agotada. Había encontrado por fin su hogar, y lo mejor era que este no era una ciudad, sino una persona. Su persona.

Epílogo

Sienna estaba encantada con las decisiones que había tomado. La primera de todas había sido abandonar Boston para regresar a casa con su madre y desde entonces todo había mejorado, era dueña de su propio despacho de abogados, su vida sentimental no podía ir mejor, y estaba rodeada de sus mejores amigos. Y si eso no era suficiente para que se sintiera afortunada la guinda del pastel lo ponía el resultado de las últimas pruebas que le habían practicado a Susan que no podían ser mejores. La enfermedad había remitido y, aunque debía seguir con la medicación y las revisiones periódicas, el pronóstico era inmejorable.

—¿Necesitas ayuda con esa caja? —preguntó Reese al darse cuenta de su ensimismamiento.

Alzó la mirada para toparse con los ojos de su novio que la observaban sonrientes.

Hacía solo unas semanas que habían decidido mudarse juntos y puesto que el apartamento de Reese era unos pocos metros más grande, habían optado por quedarse con él. Con la ayuda de Grace habían conseguido cambiar el contrato de Sienna nombre de Faith, por lo que la pelirroja por fin podía mudarse a Rockport y evitarse los kilómetros diarios que debía hacer para ir a trabajar.

—Lo siento. Estaba pensando.

Él sonrió.

—Me había dado cuenta. ¿Puedo preguntar en qué pensabas?

—Acabas de hacerlo.

Reese hizo una mueca y ella rio, divertida.

—En lo feliz que me siento y lo afortunada que soy.

—Me veo en la obligación de darte la razón en eso —murmuró él, acercándose a ella de un modo sensual que activó el deseo de Sienna.

—Me gusta que me des la razón —ronroneó ella—. Te pones muy sexy cuando lo haces.

—¿De veras?

Ella asintió.

—En ese caso voy a tener que hacerlo más a menudo.

—Muy, muy sexy.

Reese ya había cubierto la distancia entre ambos y se estaba inclinando para besarla cuando Sienna lo frenó, poniendo la mano sobre sus labios.

La ceja arqueada de su novio la hizo reír.

—Nuestra hija nos está observando —avisó muy seria.

Reese puso los ojos en blanco, pero no protestó, de un salto se acercó a Hermione y tras disculparse con ella la encerró en el dormitorio.

—Sabes —comentó Sienna cuando lo vio acercarse—, la próxima vez sería más inteligente si los que nos escondemos en el dormitorio somos nosotros.

—¿Te estás quejando? —bromeó él.

—Es posible. Rápido, bésame antes de que lo vuelva a hacer —respondió Sienna igual de juguetona.

—En seguida —gruñó él antes de silenciarla con su boca.

Próximamente

Perdona ¿te gusto?

Melinda Cooper es una empresaria inteligente, el tipo de persona capaz de aprovechar las ocasiones y de levantar un negocio que hace aguas. No obstante, el que sea un hacha para los negocios no significa que lo sea para los sentimientos, porque de haber sido así, no habría desperdiciado la oportunidad de estar con alguien tan interesante y atractivo como el doctor Oliver Reed.

Una pena que ahora sea ella la interesada y que él parezca no querer darse cuenta.



Sobre la autora

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces: Un amor inesperado (Amazon), y tras ella siguieron la bilogía juvenil Lazos Inmortales (Amazon). En este mismo género publicó Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su propia voz.

Es autora de Íntimos Enemigos (Versátil), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil), Serie Martina (Amazon), Un beso arriesgado (HQÑ), Igual te echo de menos que de más (Amazon), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Amazon), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ), Duelo de voluntades (HQÑ), El corazón de una dama (HQÑ), Serie Nobles (Amazon), Te dije que no la tocaras más (Amazon), Quédate esta noche... y todas las demás (Amazon), Serie Damas (Amazon), Una noche bajo el cielo (Amazon), Amor sin instrucciones de uso (Amazon), Si te atreves, ámame (HQÑ), Una cita pendiente (Amazon), Serie Edén (Amazon), Te quiero, pero solo un poco (Amazon), Que la vida no dé tantas vueltas que me mareo (Amazon), Que se pare el mundo que me bajo (Amazon), ¡Hola otra vez! (Amazon), Sushi para dos (HQÑ), Cuando deseas una estrella (Amazon), Solo un deseo (Amazon), Saranghae, Oppa (Amazon), I love you, Oppa (Amazon), Quiero mi final feliz (HQÑ), Notas de amor (Amazon), Amor en crescendo (Amazon).

^[1] Es una bebida alcohólica mexicana que se prepara mezclando cerveza, jugo de limón, picante y sal.